



CRÓNICA HISPANO-AMERICANA.

Año III. Se publica los días 8 y 24 de cada mes.—Administración Central, calle del Baño, núm. 1, 3.º

Madrid 8 de Febrero de 1860.

Precios: En España 24 rs. trimestre.—En el extranjero y Ultramar 12 pesos fs. por año adelantado.

Núm. 23.

DIRECTOR PROPIETARIO, DON EDUARDO ASQUERINO. Colaboradores. Sres. Amador de los Ríos (José) Alarcon (Pedro Antonio). Alberdi (J. Bta.) Argentino. Andrade Corvo (Joao de). Andrade Ferreyra (J. M.) Arce (Gaspar Nuñez). Aribau (Buenaventura). Sra. Avellaneda (Gertr. de) Sres. Avila (A. J.) Almeida Aburquerque (L.) Asquerino (Eusebio). Ayala (Adelardo Lopez de) Alemparte (J.) Chile. Balaguer (Victor). Baralt (Rafael). Bona (Félix). Borao (Gerónimo).	Sres. Bordallo (F. M.) Borrego (Andrés). Braga (Alexandre). Breton de los Herreros (M.) Biester (Ernesto). Brederode (A. de). Bulhao Pato (R. de). Bruschy (Dr.). Calvo Asensio (Pedro). Calvo y Martín (Pedro). Caicedo (J. M. Torres). Campoamor (Ramon). Camus (Alfredo A.). Canalejas (Francisco de P.) Cañete (Manuel). Castelar (Emilio). Castello Branco (Camillo). Castellanos (J. de la Cruz). Castilho (Antonio F. de). Coelho de Magalhães (J.E.) Cesar Machado (Julio).	Sres. Castro (M. Fernandez). Canovas del Castillo (A.). Catalina (Severo). Castro y Serrano (José). Corpancho (Nicolás). Colmeiro (Manuel). Carvalho (Tomaz de). Cazurro (M.º Zacarias). Sra. Coronado (Carolina). Duran (Agustín). Eguilaz (Luis). Elias (C. Fernandez). Escalante (Alfonso). Escosura (Patricio de la) Eulate (Manuel). Estévez Calderon (S.). Estrada (Luis). Felner. Fernandez Cuesta (Nem.). Fernandez y Gonzalez (M.) Ferrer del Rio (Antonio)	Sres. Fernan Caballero. Figueroa (Laureano). Flores (Antonio). Gana (Guillermo B.). García Gutierrez (A.º) Gayangos (Pascual). Gomes d'Abreu (Dr.). Gomes d'Amonin. Gener (José). Gomez Marin (Manuel). Gonzalez Bravo (Luis). Gonzalez (Marcial). Graells (Pedro). Güell y Renté (José). Hartzenbusch (J. Eng.º). Hereulano (A.). Janer (Florencio). Jimenez Serrano (José). Lafuente (Modesto). Larrañaga (G. Romero). Lasala (Manuel).	Sres. Lastarria (J. U.) Latino Coelho (J. M.) Lemos (Joao de). Lobo (Miguel). Lobato Pires. Lopes de Mendoza (A. P.) Lorenzana (Juan). Mocanáz (J. Maldonado). Madoz (Pascual). Magalhaes Continho (J. E.) Mendes Leal Junior (J. das). Montesino (Cipriano). Mañé y Flaquer (J), Bar.º Martos (Cristino). Matta (Guillermo), Chile. Molins (Marqués de). Muñoz del Monte (Fr.º) Navarro (Carlos). Ochoa (Eugenio). Olavarria (Eugenio). D'Oliveira Pimentel (J. M.)	Sres. Oliveira Marreca (Ant.º) Olózaga (Salustiano). Ortiz de Pinedo (Manuel). Palacio (Manuel del). Palmeirín (L. A.). Palha (Francisco). Pellon y Rodriguez (J.). Pereyra da Cunha (A.). Paula Madrazo (Fr.º de) Pasaron y Lastra (Ramon) Pi Margall (Francisco). Rancés y Villanueva (M.) Rebello da Silva (L. A.) Ribot y Fontseré (Ant.º) Rios y Rosas (Antonio). Retortillo (J. Luis). Rodriguez Sampayo (A.) Rivera (Luis). Rivero (Nicolás María) Romero Ortiz (Ant.). Rosa Gonzalez (J. de la)	Sres. Ros de Olano (Antonio). Rosell (Cayetano). Ruiz Aguilera (Ventura) Sagarmínaga (Fidel de) Samper (José María). Selgas (José). Silva (Inocencio F. da). Silva Tullio (Ant.º da). Simonet (F. Javier). Sanz (Eulogio Florent.º) Segovia (Antonio María) Serpa Pimentel (A. de). Soares de Passos. Torres (Jose del). Trueba (Antonio). Vega (Ventura de la). Veiga (E. da). Velaz de Medrano Ed.º) Viedma (J. A.). Vikúña (Franc.º) Visconde de Gouvea.
---	---	--	---	--	---	---

SUMARIO.

Revista general, por D. Nemesio Fernandez Cuesta.—Mensaje del presidente de los Estados- Unidos y la isla de Cuba, por D. Felix de Bona.—Revista de Portugal, por D. A. P. Lopes de Mendonça.—Sueltos.—Ultima fase del Cesarismo, por D. Emilio Castelar.—Apuntes para la historia de Marruecos, (continuación), por D. Antonio Cánovas del Castillo.—Literatura francesa, por D. Guillermo Matta.—Filosofía de lo bello, por D. J. Valera.—La Campana de la Almudaina, por don Guillermo Forteza.—Guerra de Africa.—Pacto de union.—Silva Americana (poesía), por D. Andrés Bello.—Sueltos.—Colonización del golfo de Guinea, por D. Ricardo de Federico.—Parte oficial.

LA AMÉRICA.

¡ Honor y gloria á España ! ¡ Honor y gloria á sus valientes ! La victoria ha seguido paso á paso á nuestro bravo ejército; cada combate ha sido un triunfo, una nueva conquista digna de sus heroicos esfuerzos y de su valor tradicional.

Tetuan se ha rendido; y la bandera de la patria, ese simbolo histórico de nuestras glorias mas caras, flota hoy victoriosa sobre la misma alcazaba en que ayer tremolara el pabellon marroquí.

Al recibir tan fausta nueva, una sola exclamacion de entusiasmo, un solo grito de júbilo ha resonado en todo el confin de nuestra España, como que un mismo corazon y una misma alma nos ha alentado siempre que la patria ha necesitado de sus hijos para lavar una afrenta ó para redimirla de odiosa servidumbre.

¡ Vitores y coronas al ejército de Africa ! ¡ Vitores y coronas á esos bizarros españoles, cuyo corazon no han arredrado ni las dificultades ni los peligros ! La historia no podrá individualizar tantos heroismos, ni repetir tantas hazañas, y la corona triunfal que ciña en las sienas de sus ínclitos gefes, renovará el esplendor glorioso de nuestros bellos dias. El mundo nos mira; la Europa nos escucha, y el mundo y la Europa nos aplauden !

La espada de nuestros antepasados relampaguea la muerte en la batalla; pero es tambien la espada generosa, la noble espada del caballero, si temible en la lucha, clemente y egida de proteccion en la victoria. ¡ Honor y gloria á España ! ¡ Honor y gloria á sus valientes !

« Cuartel general de Tetuan 6 de febrero de 1860.
La bandera española tremola ya en la plaza de Tetuan.

La completa derrota y dispersion del ejército enemigo en la batalla de anteayer, dada á la vista é intermediacion de la ciudad, introdujo en ella la mayor consternacion.

Los dos hermanos del emperador pasaron por la plaza sin detenerse; tal era el pánico de que estaban poseidos.

Este estado de la poblacion produjo sus naturales efectos, y ayer por la mañana se me presentó una comision implorando mi clemencia, si bien sin poder garantizar todavia la pacifica entrada del ejército por la oposicion de los mas fanáticos.

Yo les intimé entonces la rendicion, concediéndoles un término de veinticuatro horas para allanar todas las dificultades.

Esta mañana he sabido que abandonada la ciudad por las tropas del emperador, era saqueada y victima desde anoche de los mas brutales excesos.

Me he decidido en su consecuencia á posesionarme de ella sin dilacion.

El cuerpo del general Rios ha entrado sin resistencia, ocupando la Alcazaba y castillo, fuertes y demas puntos importantes.

La poblacion ha acogido con satisfaccion y confianza á unas tropas que la llevan el orden y la tranquilidad, dando tan notables muestras de moderacion y disciplina como las dieron en veinte combates de entusiasmo y arrojo.

La plaza, aunque antigua, es fuerte, y se ha cogido en ella mucha artillería, no pudiendo fijar en estos momentos el número de piezas. »

REVISTA GENERAL.

Dos grandes batallas y dos señaladas victorias tenemos hoy la satisfaccion de aumentar al catálogo de los triunfos de nuestro ejército en Africa, coronados con la toma de Tetuan. El día 31 de enero y el 4 y 6 de febrero han sido dias de gloria para la patria.

Dejamos al ejército del general O'Donnell fortificando su base de operaciones en frente de Tetuan, apoyando su espalda en los buques, su izquierda en el rio y su derecha en fuertes reductos construidos con tanta prontitud como maestria por el cuerpo de ingenieros. Algunas escaramuzas habian molestado á las tropas sin impedir en lo mas minimo los trabajos; y cuando estaban ya ter-

minados, desembarcado el tren de sitio y todo dispuesto para tomar de nuevo la ofensiva, sintióse grande alboroto hácia el campo marroquí, viéronse humaredas en los montes inmediatos y oyéronse salvas y gritería en la plaza y en los alrededores. Era que llegaba Sidi-Ahmed, hermano del emperador con un refuerzo de 8,000 infantes y 600 caballos y con plenos poderes del Sultan para defender á toda costa la plaza, castigar á los débiles é irresolutos, alentar el ánimo de Muley, asaz decaído á fuerza de derrotas, y dar un golpe decisivo sobre el campamento español. En efecto, á las diez de la mañana del 31, nuestro ejército vió venir sobre sí la blanca y espesa nube de los marroquíes, mandados por los dos hermanos Muley y Ahmed, que estendiendo su caballería en el valle, trataron de envolver nuestras posiciones. El choque fué grande y terrible: nuestros batallones y escuadrones quisieron acortar el camino al enemigo y salieron á su encuentro mientras la artillería preparaba el éxito de sus disparos: todas las armas rivalizaron en acierto, valor y disciplina; todos los cuerpos en decision, todos los individuos en entusiasmo: la caballería estuvo admirable; la infantería, atravesando pantanos y lagunas con el agua á la cintura, demostró que eran sus tercios los hijos de aquellos tercios de Flandes y de Italia que asombraron la Europa. El enemigo fué perseguido y rechazado hasta las mismas alturas de donde por la mañana habia descendido sufriendo una pérdida inmensa de gente: por nuestra parte tuvimos unos 500 heridos.

El golpe que habia sufrido el nuevo campeón Ahmed con su refuerzo y todo, habia sido duro: sin embargo, aun le quedaba que experimentar otra mas sensible derrota. Preparado todo el día 4 del corriente, al amanecer se pusieron en marcha las divisiones nombradas al efecto y despues de un cañoneo mortífero dirigido contra el campamento marroquí, fueron sus posiciones asaltadas y tomadas por nuestras tropas sin dar al enemigo tiempo ni para levantar sus tiendas, ni para retirar sus cañones y efectos, pues tiendas, cañones y efectos todo quedó en poder de nuestros valientes. El general O'Donnell acampó á las cuatro de la tarde en el mismo sitio en que Muley Abbas y Sid-Ahmed habian concertado dias antes su plan de ataque y aquella mis-

mañana sus planes de defensa. Los marroquíes se internaron en la sierra lejos del alcance de nuestros proyectiles; y la ciudad amenazada por cien piezas de artillería desde las laderas mismas en que poco antes se hallaban sus protectores, no tardó veinte y cuatro horas en rendirse.

La noticia estendida desde Madrid á toda la Península con la velocidad del telégrafo, puso en comunicacion á la España entera. El entusiasmo unánime de la nacion es indescriptible: las calles y plazas cuajadas de gente con banderas y músicas, las salvas, los vivos, las aclamaciones, las colgaduras en todos los balcones, las luminarias, todo ha dado muestra del júbilo que embarga en estos momentos los corazones.

Aquí debemos hacer el cumplido elogio que se merecen los gefes, oficiales y tripulaciones de todos los buques, así de guerra como mercantes, y especialmente los de nuestra escuadra de Tetuan. No hay palabras con que encarecer la actividad, el ardor, el entusiasmo con que contribuyen al buen éxito de las operaciones del ejército. El general Bustillos arrostra con tan buen ánimo todas las penalidades inherentes á los temporales que la escuadra tiene que sufrir y á los malos fondeaderos; se multiplica de tal modo para atender á las múltiples y variadas necesidades de la marina y del ejército, y muestra una prevision, un conocimiento y una fuerza de voluntad tan admirables, que no dudamos en calificar su eleccion para el mando de la escuadra de una de las mas acertadas que se han hecho desde el principio de la guerra.

También debemos tributar elogios al general en jefe del ejército, tanto mas sinceros cuanto que proceden de adversarios políticos. El espíritu de partido no nos hará jamás faltar á la justicia, y es justo decir que desde 1.º de enero, en que el general O'Donnell emprendió desde el Serrallo la marcha sobre Tetuan, sus operaciones llevan el sello de la prudencia, de la prevision y de la madurez de planes que distinguen á un gran jefe militar, sereno en la accion, económico de la sangre del soldado, y cuidadoso de su bienestar y de lo que en términos militares, se llama su moral. Aconsejámosle para su gloria que en las recompensas procure no dar motivo fundado de queja: es muy comun, aun en los ejércitos mejor dirigidos, que el favor ó la casualidad se sobrepongan al verdadero mérito, y que servicios grandes, oscurecidos por la modestia, se vean pospuestos á otros muy pequeños abultados por la vanagloria ó por la amistad.

Creemos que la toma de Tetuan suspenderá las operaciones por algunos dias, mientras esta ciudad y las alturas que la dominan se fortifican convenientemente. Además de las fortificaciones necesarias, habrá que establecer en ella almacenes, hospitales y depósitos de todas clases, y verificar su union con la plaza por medio del ferro-carril cuyo material está ya desembarcado. Hecho esto, se cree que despues las operaciones de la guerra llamarán la atencion de los marroquíes por la parte del Atlántico, y que antes de la estacion de los calores, el general O'Donnell piensa estar en Fez. Cualesquiera que sean los planes del general en jefe, cuyos pormenores ni es posible saberlos ni los diríamos aun sabiéndolos, es preciso que su ejecucion se verifique antes de 1.º de junio. Los meses de marzo, abril y mayo son favorables para las operaciones en Africa; pero todo lo que no se haya hecho en fin de mayo, debe dejarse para setiembre: durante los tres meses de calor debe suspenderse todo si se quieren evitar grandes males y numerosas bajas al ejército. La experiencia propia y ajena en esta parte nos debe hacer cautos.

La guerra de Africa, por lo demas, no solo tiene las ventajas de demostrar al extranjero lo que valemos y podemos, de estender y consolidar nuestra influencia y nuestros intereses en Africa, de formar un brillante ejército y dar impulso á la marina de guerra, de unir á los españoles en un sentimiento comun y elevar sus ánimos á altas aspiraciones, sino también la de impedir que por el gobierno (el actual ú otro que pudiera sustituirle), se cometa el insigne despropósito, el desatino garrafal y mayúsculo de tomar parte activa á favor del poder temporal del Papa, en la contienda que amenaza en Italia.

Por último, Su Santidad dirige una enciclica, ó como si dijéramos, una circular á los obispos. El gobierno tenía derecho antes de que se publicase en España, y aun diremos que tenía el deber, de enviarla al Consejo real para que consultase si podría obtener ó no el *placet regium*: el gobierno, por nuestras leyes, inclusa la ley Necedal, debería haber cubierto de ese requisito la mencionada enciclica. Pues bien, ese documento se ha publicado sin él; y el primero que le ha dado á luz ha sido un periódico ministerial. Un paso mas, y quedará convertida la *Gaceta* en un *Diario di Roma*.

Esta enciclica de Su Santidad se lamenta de las tribulaciones que aquejan el ánimo de Pio IX, cuyas tribu-

laciones nacen, segun el mismo documento, de la pérdida de los antiguos dominios de la Romania. Dicese en él que Su Santidad no puede abandonar el poder temporal sobre las Legaciones porque son patrimonio de San Pedro: se protesta contra la insurreccion de los ducados que aunque no son patrimonio de San Pedro, parece que lo son de sus antiguos príncipes, y se apela á los auxilios y oraciones de los buenos católicos. Como comprenderán nuestros lectores, no es posible discutir sobre esta enciclica: se ha dado al público, pero no para discutirla, sino para venerarla. Los que no tenemos el órgano de la veneracion muy desarrollado, debemos guardar silencio. Por otra parte, San Pedro tiene las llaves del cielo, y no quisiéramos que por un quitame allá esas Legaciones nos sucediera un fracaso.

No son solamente ya las Legaciones las que están próximas á perderse para la Santa Sede: las Marcas se agitan revolucionariamente y en la misma Roma hay manifestaciones muy manifiestas contra el poder temporal. El conde de Cavour, ministro otra vez en el Piamonte, viene ya, consentido por Luis Napoleon, á continuar su política; y habiendo disuelto el parlamento de Turin, ha convocado otro en que estarán representados los pueblos de la Italia central. La agregacion vá pues, á consumarse, y la Francia y la Inglaterra la apoyan con todas sus fuerzas.

No habrá, pues, segun parece, ni Congreso europeo ni confederacion italiana, y por tanto ni presidente honorario de la susodicha confederacion. El conde de Cavour tiene trazado su camino: despues de los ducados, las legaciones, despues de las legaciones, las Marcas, despues Roma y Venecia, despues Napoles, y viva Victor Manuel rey de Italia. Es decir que el rey de Nápoles, debe poner su barba en remojo.

El gobierno de Luis Napoleon, despues de examinado lo que pasa en Italia y visto *quod erat valde bonum*, ha dirigido su consideracion al estado interior del pais y ha creído que para estender y consolidar los beneficios de la paz seria bueno hacer un tratado de comercio con Inglaterra sobre bases liberales. No de otra suerte Napoleon el tio, mientras se quemaba Moscu, redactaba en el Kremlin un reglamento de teatros. El sobrino traza ahora un plan magnifico de obras públicas, caminos, desmontes, arbolado, geórgicas y bucólicas, que vá á convertir la Francia en una Arcadia. Quiera Dios que por bien sea.

NEMESIO FERNANDEZ CUESTA.

EL MENSAJE DEL PRESIDENTE DE LOS ESTADOS-UNIDOS Y LA ISLA DE CUBA.

« No necesito reproducir los argumentos que hacia en mi último mensaje en favor de la adquisicion de Cuba mediante una compra legal. Mi opinion respecto del particular no ha cambiado. Llamo todavía seriamente vuestra atencion sobre este asunto. Mientras no se reconozca esta política, será imposible entablar negociaciones con probabilidades racionales de éxito. »

Mr. Buchanan en dicho mensaje.

Por segunda vez vemos reproducida oficialmente y en el acto político mas solemne de la República Norteamericana, la idea de entablar negociaciones con España para comprarle la isla de Cuba. Semejante insistencia, despues de la formal y universal repulsa con que fué acogida el año anterior, indica bien á las claras que se la pretende familiarizar en la opinion pública de los Estados- Unidos, en la de la misma isla de Cuba, en la de las naciones europeas y aun en la de España. Creemos, sin embargo, que este sistema, en vez de favorecer la anexion de Cuba á los Estados- Unidos producirá un efecto diametralmente opuesto; y en este sentido lejos de escribir protestas de indignacion contra ese proyecto, nos proponemos demostrar tranquilamente que su realizacion es incompatible con todas las doctrinas liberales, desde la mas radical hasta la mas moderada.

Examinaremos primero la cuestion, no bajo el punto de vista español, ni aun bajo el de la política que es propia de un sistema monárquico; la trataremos, á fin de dar mas fuerza á nuestras razones, bajo el punto de vista Norteamericano; bajo el punto de vista republicano, democrático, radicalmente liberal.

¿Un pueblo cuya base social es el derecho autonómico del individuo, cuyo medio político es el sufragio universal, puede proyectar, ni proponer á otro pueblo la venta de una provincia entera, poblada y cultivada?

Este es el primer problema á resolver.

Para aclararle procedamos por partes.

1.º ¿La compra qué significa?

¿Significa que el pueblo comprador puede disponer á su antojo de la vida y haciendas de los habitantes del territorio ó provincia comprada?

La compra en tal caso seria uno de los mayores crímenes, cometido de comun acuerdo por dos grandes naciones; seria la negacion absoluta del derecho, de la libertad y de la propiedad de los habitantes de la provincia vendida; seria la espoliacion, el robo en su mas inícuca forma; seria reconocer el derecho de que unos Estados de la Union americana pudieran algun dia en virtud de la mayoría del Congreso, y apoyados por

las fuerzas federales, vender una ó varias comarcas de la república, comprendiendo en la venta á los habitantes, como si fueran rebaños de carneros y á sus propiedades como si fueran patrimonio del Estado. La ley de una pretendida conveniencia aniquilaria la justicia invocando la razon de Estado. La existencia individual, la personalidad humana desaparecería ante la exageracion absurda del principio de autoridad, ante la entidad colectiva: el comunismo ahogaria la libertad, y una vez ahogada la libertad, la lógica inflexible del principio comunista, rompiendo una por una todas las tradiciones, todas las inmunidades, todas las leyes y todas las costumbres de independencia individual, harian caer la república en las espesas mallas de la red centralizadora, conduciéndola á la dictadura, al imperio. Despues la revolucion y la anarquía acabarían con esa poderosísima y floreciente Union americana.

Y no se nos diga que exageramos; la compra de la California á Méjico y la de otros territorios, ha producido la desaparicion de la antigua raza pobladora, espulsada, despojada y perseguida tenazmente por la nueva. La violencia y la injusticia cometidas de pueblo á pueblo, han dado ya muy amargos frutos, han introducido hábitos de anarquía y despotismo que afortunadamente no se han estendido á causa de que la antigua poblacion era escasa y pobre, ofrecía poca resistencia, y se encontraba muy lejos del centro de vida de los Estados- Unidos; pero no sucede lo mismo en Cuba, donde mas de un millon de habitantes, un comercio activo, una gran riqueza y su proximidad á la nueva metrópoli, ofrecerian desde luego resistencias decididas, resistencias que obligando á robustecer la fuerza de la accion invasora, acarrearían los hábitos de absorcion del individuo por el Estado, hasta un grado que no podría menos de poner seriamente en peligro la existencia de la misma república.

La anexion por la compra es la colonizacion, y la colonizacion en su origen supone siempre la conquista, supone el derecho del mas fuerte hollando el del mas débil, supone el despotismo, la desaparicion completa de la libertad.

2.º Y si la compra no significa que el pueblo comprador pueda disponer de vidas y haciendas en el territorio comprado ¿significará que adquiere la facultad de imponerle sus leyes, sus costumbres y su forma de gobierno?

En este caso resultaria también la colonia y con ella la esclavitud del pueblo colonizado, la injusticia, la anulacion del principio fundamental del derecho político de los mismos Estados- Unidos.

3.º Y de no dar á la compra ninguna de estas significaciones, ¿se haria para dejar á Cuba que constituyera por sí misma su propio gobierno?

En este caso ¿cómo se cambiaban la legislacion, las costumbres y los hábitos de un pueblo tradicionalmente monárquico, por las que exige el sistema republicano federal?

Una de dos, ó la República Norte-americana consentía el desorden, la anarquía, la manumision violenta y revolucionaria de la poblacion de color cubana, ó tendria que interponer todo el peso de la fuerza y autoridad federales para imponer un gobierno energético que contuviera las apasionadas luchas políticas que el tránsito brusco de uno ú otro sistema acarrearía.

Desde un sistema de centralizacion absoluta, no se pasa rápida é impunemente al de una lata libertad política. Antes que un pueblo se gobierne por sí mismo, es preciso que sus individuos se acostumbren á usar de la libertad en sus aplicaciones económicas, científicas y religiosas. De lo contrario, resultará lo que en Méjico y en varias de las repúblicas hispano-americanas: adquirieron de repente la libertad de constituir sus gobiernos; pero conservando nuestras antiguas leyes y costumbres monárquicas, el trabajo continuó esclavizado; conservando el espíritu comunista que les legara la política de su antigua metrópoli, viven desde hace cuarenta años en continuas convulsiones, alternando entre la revolucion, la anarquía y la dictadura, sin un momento de paz ni de reposo, sin fuerza en el exterior ni en el interior, sin acrecentamiento proporcionado á los adelantos del siglo y á sus respectivas poblaciones y riqueza.

Y lo mismo ha ocurrido en Francia, á la centralizacion de la antigua monarquía, sucedió la de la Convencion, á la de esta la de Napoleon I, luego la de la restauracion, en seguida la del doctrinarismo, despues la de la república democrática y social con su derecho al trabajo y sus absurdos talleres nacionales, y por último, la de Napoleon III.

Porque la Francia creyó que el secreto de la libertad estaba en la forma del gobierno, y no en las costumbres, leyes y tradiciones económicas de los pueblos; del mismo modo que el esclavo á quien de repente se concede la libertad creyendo que esta consiste en no trabajar y en mantenerse á costa del trabajo de los demas, exige que se le alimente, y confundiendo la libertad con la igualdad, quiere nivelarse á las demas clases sociales, no elevándose á la altura de las superiores, sino haciendo descender á estas hasta el nivel de las mas bajas. Porque en pocas palabras, si la igualdad ante el derecho y la ley es la verdadera libertad, la igualdad social es la supresion de las diferencias proporcionales que exigen la retribucion de las distintas categorías de trabajo ó de servicios, y por consiguiente, esta igualdad entraña la negacion de la verdadera libertad que permite á cada uno elevar su condicion, en virtud del propio esfuerzo y sin perjuicio de tercero, á la altura que pueda alcanzar con su actividad é inteligencia.

En este concepto, el gobierno de los Estados- Unidos no puede proponer la compra de la Isla de Cuba sin herir en el corazón el principio fundamental de su propia autonomia, de su propia existencia.

Quizás se objete que la compra es el medio pacífico de realizar la emancipacion de un pueblo que así lo de-

sea; pero este es otro gravísimo error. Si la Isla de Cuba estuviera saturada de ese espíritu de independencia, la Isla de Cuba sería ya una república ó un Estado de la Union americana. La fuerza de una metrópoli lejana no es nunca bastante para mantener la obediencia de una provincia. Este es un principio fundamental é incuestionable de la doctrina democrática, que reconocen así mismo todas las escuelas políticas liberales sin escepcion ninguna. En este principio se apoya Inglaterra para negarse á toda intervencion en los negocios interiores de los pueblos; faltar á él es otra contradiccion manifiesta del sistema radical del gobierno norteamericano.

Que en Cuba se deseen reformas políticas y económicas, convenido: que existen imaginaciones ardientes, jóvenes, fogosas, entusiastas, que quisieran implantar en su país natal las instituciones democráticas de la Union americana: cierto, existen. Pero ¿constituyen la mayoría de los habitantes de la reina de las antillas? Indudablemente no. En Cuba existe una base social de difícil combinacion con el sistema democrático. Esta base es la esclavitud. El trabajo en su inferior categoría es esclavo, su manumision no es fácil, al menos repentinamente: en consecuencia los intereses conservadores se levantan fuertes y poderosos á contrarestar toda idea de cambio político que amenace la destruccion de esa base. Por otra parte se teme que á semejanza de lo que ha ocurrido en Tejas, los yankees invadan el país, se apoderen de las principales propiedades, constituyan mayoría y abusen despues de su preponderancia para espoliar y aun aniquilar á los actuales habitantes de la Isla.

Existe, pues, un poderoso partido conservador que domina al que desea con mas impaciencia las reformas, y el cual no quiere renunciar á su idioma, á sus costumbres, á sus leyes y á su tranquilidad por alcanzar una variacion en el régimen político. Esto, entiéndase bien, no quiere decir que nosotros neguemos la conveniencia de que España mejore su legislacion ultramarina en un sentido liberal.

Quizás en lo sucesivo disminuya el partido conservador cubano, á la par que acreciente el radical; mas en caso de un trastorno político los habitantes de la Isla de Cuba se emanciparian para constituir un Estado independiente y no para dejar á un hermano y someterse á un enemigo.

Es decir que considerada la cuestion, haciendo todo género de concesiones á los partidarios de la compra y tratándola solo bajo el punto de vista de las doctrinas radicales y aun revolucionarias, la idea de Mr. Buchanan es contraria á las bases de la república norteamericana y á las aspiraciones é intereses del partido mas exaltado que pueda existir en Cuba.

Considerada la cuestion bajo el punto de vista de doctrinas menos radicales, la compra y venta de un pueblo nunca puede encontrarse ajustada á los principios de ningun partido liberal, siquiera sea tan conservador que toque en reaccionario. Todo partido liberal moderado tiene por base el derecho del individuo, parte del principio de la autonomia personal; se diferencia del partido radical en una cuestion de medios, de procedimiento, de camino para llegar al término deseado del optimismo liberal; modifica sus aspiraciones, las templá, se contiene y trata de contener la impaciencia de los reformistas ardientes sirviéndole de criterio la historia de las acciones y reacciones á que siempre ha dado ocasion el planteamiento de instituciones nuevas ó cualquier variacion en el orden social de las naciones. En consecuencia, no puede apadrinar el contrato de venta de un pueblo porque sería destruir el principio del derecho y de la libertad á que principalmente obedece y porque la venta supone un cambio brusco, repentino, eminentemente revolucionario y trastornador del orden social del pueblo convertido en mercadería. Para los partidos conservadores la idea de la venta de Cuba tiene el doble inconveniente de contrariar su doctrina filosófica y su criterio histórico.

No queda por consiguiente mas que un partido que con arreglo á su doctrina pueda comprar y vender provincias, que es el que reconoce como base del poder político el derecho divino vinculado en los gefes supremos del Estado. Para este partido los hombres son cosas, el derecho de conquista legítimo, la servidumbre y la esclavitud condiciones inherentes á su sistema.

Al lado de este partido deben figurar los que llamándose republicanos defienden la esclavitud en los Estados Unidos, los que han obligado á la legislatura federal á pasar una ley que elogia Mr. Buchanan y por la cual los nuevos territorios de la república norteamericana pueden ser poblados de esclavos. Dentro de un sistema monárquico y conservador se comprende el mantenimiento de la esclavitud donde se halla de antiguo establecida, donde la manumision repentina ofrece serias dificultades; pero en una república democrática y poderosa, favorecer la esclavitud en los territorios nuevamente poblados equivale á estimular el cáncer que ha de concluir con la Union federal.

En consecuencia, Mr. Buchanan, apoyando en su mensaje por razones de Estado, la referida ley que sanciona el respeto á la propiedad de esclavos en los territorios é insistiendo en la conveniencia de la compra de Cuba, se separa radicalmente de todos los partidos liberales del mundo, se coloca entre las filas de los defensores del derecho divino, y crea una monstruosa contradiccion entre la significacion del presidente de los Estados Unidos y la base democrática y liberal de la república.

Con relacion á la política internacional no es menos inconveniente la idea de la compra de Cuba. En los momentos mismos en que Inglaterra y Francia reconocen el derecho de Italia á darse el gobierno que mejor le parezca, cuando anunciada la cuestion de anexion de la Saboya á Francia proclaman los periódicos franceses imperialistas que esta anexion solo podría ser legítima y aceptable procediendo de la voluntad de los saboyanos expresada libérrimamente por medio del sufragio uni-

versal; cuando el César de la Francia, comprendiendo que el único medio de facilitar el establecimiento en la nacion que gobierna, de la libertad política, consiste en plantear previamente la económica; cuando se proclama atrevidamente en una carta imperial la necesidad de suprimir las trabas que restringen la libertad del trabajo y del comercio, es un verdadero anacronismo que el presidente del pueblo que presume de mas liberal en el mundo hable de compra ó venta de un pueblo como si se tratara de comprar ó vender un cargamento de algodón en rama.

No es menos chocante la idea de comprar á Cuba considerada bajo el punto de vista de la política interior de los Estados Unidos. El sangriento desenlace de los acontecimientos de Harper Ferry ha enconado mas y mas el odio inextinguible entre los partidarios y contrarios de la esclavitud: la anexion de Cuba daría una preponderancia legal extraordinaria á los primeros, y contra esta preponderancia, los segundos no tendrían otro medio que apelar á la guerra civil y á la separacion. La anexion de Cuba, no hay que dudarlo, sería la tea incendiaria que pondría en conflagracion la república norteamericana.

Por otra parte, ¿qué se busca con la posesion de Cuba?

¿Se busca un mercado? ¿Y no es mas fácil, que este mercado que hoy ya existe con un arancel liberal, se amplie y perfeccione bajo el gobierno español que va comprendiendo la conveniencia de mejorar el orden económico de esa rica antilla?

Ciertamente, los Estados Unidos suprimirían de un golpe los derechos diferenciales que hoy paga su bandera, los aranceles mismos de Cuba; pero el trastorno producido por el cambio paralizaria, siquiera fuera por pocos años, el movimiento mercantil y la produccion agrícola de la isla. El mercado en lugar de ampliarse se empobrecería, el comercio en vez de ganar perdería. En cambio los gastos del gobierno de la Isla que hoy se cubren con superavit por el producto de sus aduanas, tendrían que cubrirse ó con impuestos directos y locales que aumentarían la perturbacion industrial ó por subvencion de los mismos Estados Unidos. Es verdad que la venta y roturacion de terrenos rendiría mas tarde recursos; pero esta venta para ser suficiente supone una extraordinaria inmigracion de hombres y capitales á Cuba, supone que el trabajo del blanco alterne con el del hombre de color, que en consecuencia desaparezca el orgullo de raza, varíen radicalmente la organizacion, las creencias y las costumbres de aquella sociedad. Y para esto no bastan meses, se necesitan años, y tantos, que en igual periodo es indudable que Cuba bajo el pabellon español habrá hecho progresos inmensos ofreciendo á la república de los Estados Unidos un rico mercado creado sin costarle los inmensos sacrificios de hombres y capitales que hoy arrancaría de su propio territorio; sin exigir el recargo de su presupuesto para subvencionar la Isla, sin introducir un elemento desequilibrador entre los Estados del Norte y del Sur.

Y no siendo un mercado lo que debe buscar la República en la anexion de Cuba, ¿buscará un desahogo á su poblacion? Abrase una carta geográfica de los Estados Unidos y se encontrarán todavía inmensas y fértiles comarcas que demandan capitales y trabajadores.

¿Es acaso una cuestion de defensa del territorio de la Union? Absurdo es el pretexto y sin embargo constituye la principal razon del gobierno norteamericano. La isla de Cuba es indudablemente la llave militar del golfo Mexicano; pero el siglo XIX no es el siglo de las guerras de conquista: la Europa ya no puede ni quiere ir á ganar laureles militares y tierras en América. En Inglaterra la economía política ha dado nacimiento á la política internacional cosmopolita. La libertad del comercio, los caminos de hierro y los telégrafos eléctricos, haciendo solidarios los intereses y el crédito mercantil de todas las naciones del globo, imposibilitan las guerras. Europa necesita de América como América de Europa; la ruina de los Estados Unidos ó la paralización de su comercio, sería la ruina ó la paralización del comercio de Inglaterra, de Francia, de Alemania y de España. La ruina ó paralización del comercio de estas naciones europeas sería asimismo la ruina de los Estados Unidos. Nos conviene á todos que sean ricos nuestros corresponsales mercantiles para aumentar con los cambios nuestra propia riqueza y allí donde una nacion se levante á perturbar con su espíritu guerrero la marcha regular del comercio general del globo, allí irán de hoy en adelante todas las demás á sofocarla, á obligarla á entrar de nuevo en el buen camino. En este concepto codiciar la isla de Cuba como punto militar es un anacronismo, y quien lo defiende tiene la vista tan miope que no alcanza á ver los progresos gigantescos que está haciendo el principio fraternal del cosmopolitismo.

Tal vez se objete á estas razones que hemos desatendido el principal argumento en favor de la anexion de Cuba á los Estados Unidos, el cual consiste en la necesidad que siente todo pueblo civilizado de colonizar á los pueblos mas atrasados. «Inglaterra, nos dirán, tiene precision de hacer sacrificios inmensos para civilizar la India y abrir sus mercados á todos los pueblos de la tierra. Unida á Francia debe derramar su sangre y tesoros para franquear las murallas de China; Francia cumple su mision en Argelia: vosotros mismos los españoles habeis invadido la Cochinchina y Marruecos.»

Es verdad, la civilizacion se ha extendido hasta hoy por medio de la colonizacion y de la conquista; pero de hoy mas tendrá que extenderse por medio del comercio libre y pacífico. Si algunos pueblos son tan bárbaros que ciegos en su antigua ignorancia y fanatismo, tratan de privar al resto de la humanidad de los medios de cómoda existencia que ofrecen sus tierras fértiles, desiertas é incultas, la espada tendrá todavía que intervenir; mas comienza á ser dudoso que la fuerza alcance mejores resultados que la persuasion, auxiliada por el co-

mercio. Por otra parte, Cuba no está en ese periodo de barbarie primitiva, que sino autoriza, por lo menos atenua el crimen de la invasion y de la conquista. Cuba es un pueblo civilizado, de rica produccion, de comercio activo, que comienza ya á estar cruzado de caminos de hierro, que cuenta con establecimientos poderosos de crédito, que camina adelante, siquiera no sea tan de prisa como fuera de desear.

«No importa, nos replicarán, vuestro sistema colonial es opresor, tratáis á Cuba como á un pueblo de esclavos.»

No defenderemos la política ultramarina española, que afortunadamente principia á cambiar de poco tiempo á esta parte; reconocemos que en Cuba conviene plantear reformas de gran importancia; pero estas reformas deben realizarse por un orden regular y siguiendo un eslabonamiento lógico que la constitucion política de los Estados Unidos no permitiera.

Supongamos, para que el argumento tenga mayor fuerza, que se adopte por principio del régimen colonial, el de la escuela económica libre-cambista, el adoptado por el gobierno inglés y que lord Russell ha formulado en esta ú otra frase parecida.

«Debemos gobernar á nuestras colonias como un padre cariñoso gobierna á sus hijos, educándolos para que al llegar á su mayor edad se emancipen y sepan gobernarse á sí mismos.»

¿Sería conveniente que con arreglo á este principio se emancipara hoy la isla de Cuba?

De ninguna de las maneras. La América española, á fin de no extinguir la raza indígena, era regida por una legislacion de tutoria, en que el Estado absorbía al individuo. Nuestras leyes de Indias, en sus Encomiendas de indios, en sus reglamentaciones de las mitas y obrajes, eran comunistas. Los poderes del Estado se reconcentraban en cada autoridad dentro de su esfera de accion. Segun entonces se decía, lo mismo los virreyes, que los capitanes generales, que las Audiencias pretoriales y los alcaldes mayores, toda autoridad entendía en las llamadas cuatro causas de Hacienda, Justicia, Policía y Guerra. La centralizacion lo dominaba todo. El cura era un verdadero señor feudal de las poblaciones de indios que compartía con el Encomendero y con los alcaldes los beneficios del mando absoluto. Esta legislacion imprimió su sello á los hábitos del pueblo hispano-americano: esta legislacion impedía los progresos de la riqueza y de la poblacion americana; pero habiendo servido de base á sus costumbres, no podía cambiar de un golpe sin perturbar profundamente toda la organizacion social. Vino, sin embargo, la emancipacion revolucionaria del continente hispano-americano: vino repentina, se varió la Constitucion del poder público sin variar antes el régimen económico, se estableció la libertad política sobre la base de la restriccion ó del comunismo, ó llámese tutela económica del Estado, y, como dejamos dicho, las nuevas repúblicas hispano-americanas solo han obtenido por premio de su imprudencia, la convulsion continua, la dictadura ó la anarquía. Si Chile progresa, débese la escepcion á que despues de sufrir grandes trastornos, tuvo al fin la fortuna de ser gobernada por economistas profundos que establecieron la libertad económica como base de la política.

Cuba, durante ese periodo, ha mejorado mucho. Disfruta al menos de cierta libertad económica aplicada al comercio exterior; mas todavía pesa sobre su organizacion social la fatal herencia del sistema centralizador de las leyes españolas de Indias. Este sistema puede variarse, é indudablemente se variará: convendría que ya se hubieran adoptado medidas radicales encaminadas á este fin, pero el daño comprendía igualmente á la metrópoli, y mal podía esta corregir en su provincia ultramarina lo que no acertaba á enmendar en la península. De este modo, á partir de hoy, la cuestion estriba en saber si el camino de la anexion á los Estados Unidos conducirá á Cuba mas pronto á su libertad y á su botimismo político, que el de las reformas que emanan de la metrópoli, siquiera sean lentas y paulatinas. La anexion, ya hemos demostrado que trastornaría todo el orden existente; á su vez el régimen de la metrópoli tendrá forzosamente que cambiar, que proceder mas aprisa, porque las ideas avanzan, la opinion pública empuja, y cuando el mismo Napoleón III proclama la libertad del trabajo y la autonomia de los individuos y de los pueblos, es inútil resistirse á entrar en la ancha y magnífica via de las reformas liberales. Cuba, por consiguiente, progresará mas aprisa hácia el optimismo político liberal, bajo el gobierno de su metrópoli, que bajo el de la Union americana, ó bajo un sistema de independencia.

Hemos examinado la cuestion bajo todos sus principales puntos de vista, siempre por el criterio del mas puro liberalismo, y bajo todos ellos creemos haber demostrado que la venta ó anexion de Cuba á los Estados Unidos, sería la peor solucion que pudiera darse al problema político de esta reina de las Antillas.

EELIX DE BONA.

REVISTA DE PORTUGAL.

En la obra de D. Alejandro Hereulano, titulada *Origen y establecimiento de la inquisicion en Portugal*, hallamos, como dijimos en nuestra anterior revista, numerosos hechos con que poder apreciar el espíritu y tendencia de la corte romana en el siglo XVI, cuando ya se trataba de convocar el famoso concilio de Trento.

Creemos que esta obra presta un gran servicio á las generosas doctrinas de tolerancia y de progreso que distinguen á nuestra época, dando á las tradiciones del pasado su verdadera significacion histórica, para que el sentimiento nacional de cada país no se estravie confundiendo las verdaderas y legítimas glorias, con los desaciertos políticos; las nobles acciones, con los perversos designios.

Desgraciadamente, España no se vió tampoco libre de esta especie de monomanía que se apodera de ciertas imaginaciones exaltadas, y uno de sus mas eminentes escritores, el Sr. Donoso Cortés, desprovisto y atribulado ante los sucesos de las revoluciones, se acoge con trito al culto del Escorial, ese siniestro templo que, edificado sobre el modelo de las parrillas que martirizaron á San Lorenzo, es la imagen espresiva del absolutismo teocrático de Felipe II, que si tuvo la gloria de no ver el sol trasponer sus dominios, viólo en cambio brillar sin remordimiento sobre los campos assolados, las ciudades saqueadas y desiertas de Flandes, y levantarse amenazador en los bosques del Nuevo-Mundo, donde fueron exterminados á millares los indios perseguidos como bestias feroces.

Nada es tan triste como ver á esos claros ingenios postrados reverentes ante el inflexible catolicismo de la edad media. No sabiendo conciliar el progreso social con la ley de la conciencia, ven solo en las manifestaciones de la civilización moderna, errores, corrupcion y decadencia.

Pero el Sr. Herculano opina felizmente de distinto modo. A la luz de los documentos que examinó cuidadosamente, proclama con profunda convicción que la sociedad de esos tiempos, que algunos hombres ignorantes ó hipócritas se atreven á señalar como modelo, no solo estaba muy lejos de valer lo que la sociedad actual, sino que, considerada de una manera absoluta, era profundamente depravada. «No son ilusiones ó congeturas nuestras», dice el Sr. Herculano, «las que se encargan de retratar aquella época de decadencia moral; los mismos documentos, las palabras de los principales escritores de tan largo drama, nos suministrarán, como hasta aquí lo han hecho, datos para la restante narración.»

El sistema adoptado por el ilustre historiador, revela desde luego la lealtad y el gran escrúpulo con que ha examinado los numerosos documentos que le iniciaron en los secretos de la época. Las infamias, las corrupciones, las pérfidas intrigas de que se valió el gobierno portugués para introducir y establecer la inquisición con las mismas prerrogativas que disfrutaba en Castilla, están confirmadas por la propia confesion de los agentes y negociadores, que seguramente no serian tan necios que se calumniasen á sí propios.

Esos hombres venerandos, esos doctos personajes que las crónicas, inspiradas por la adulacion, nos presentan abrasados del fervor de sus creencias, «no eran en su mayor parte mas que hipócritas que hacian de la religion un instrumento para satisfacer pasiones ignobles.»

Está fuera de duda que la corte romana no cedió á las instancias del rey de Portugal, sino movida por consideraciones de conveniencia política ó mercantil. Mientras los conversos tuvieron oro para iluminar las conciencias de los miembros del sacro colegio, «los treinta y seis diablos, que tantos eran los cardenales electores, como escribía á D. Juan III el Sr. D. Enrique de Menezes, nuestro embajador en Roma, no accedian á las exigencias del rey de Portugal, y en defensa de la Bula de perdon del Papa Clemente VII, los teólogos de la Curia empleaban este evangélico lenguaje: Su Santidad cree que es mejor referir ingenuamente la verdad, que recurrir á sutilezas: Su Santidad accedió á la inquisición por medio de informaciones siniestras, y le persuadieron á cosas que prefiere callar para no hacer á los que lo solicitaron, odiosos ante sus propios conciudadanos, infamándolos ante el orbe cristiano con el sello de la deslealtad. Nosotros sufriríamos la consecuencia de ello si se patentizaran las mentiras que forjaron para perder á esta misera gente. Solo despues supo Su Santidad que los hechos eran en su mayor parte distintos de como se pintaban, y esto por informaciones de diversos individuos, dadas por escrito y verbalmente. Las barbaridades que se practican son tales, que cuesta creer cómo hay fuerzas humanas que puedan sufrir tanta crueldad.»

Estos escrúpulos de Roma eran medios de que se valia para hacerse pagar mas caras sus concesiones. Los cardenales, á los pocos años, estendian tambien la mano al oro de D. Juan III, y el mismo cardenal Farnesio, tan opuesto en un principio á las pretensiones del rey de Portugal, favoreció abiertamente su causa cuando logró obtener una pension de tres mil doscientos ducados anuales, y despues, por diversos pretextos, cantidades que equivaldrían hoy á dos millones y medio de cruzados.

«De este modo, dice el Sr. Herculano, uno de los elementos indispensables, no para calcular, sino para concebir vagamente lo que costó á Portugal la inquisición, es el hallar con alguna aproximación las sumas absorbidas por Alejandro Farnesio.»

El Papa Pablo III no tuvo tampoco á menos aceptar de manos de D. Juan III el cargo de cardenal protector de Portugal, vacante por la muerte del cardenal que lo desempeñaba, y que en aquella ocasion debia producir pingües emolumentos.

«La raza hebrea, añade el mismo autor, era, por último, un peso leve en la balanza de Roma, y fué por eso condenada. La discusion, en esta ó aquella particularidad del negocio, significaba escasamente la necesidad de guardar ciertas fórmulas convencionales de decencia, si es que ya no era una de estas transacciones con el remordimiento, transiciones que se hacen para eludir la conciencia, á la que no siempre consigue reducir con el silencio la mas descarada corrupcion.»

El distinguido historiador tuvo bastantes materiales á su disposicion: la correspondencia *Original* de don Juan III con Baltasar de Faria, embajador de Portugal en Roma, que pertenece á la Biblioteca de la Ajuda y la *Symitica lusitana*, colección preciosa de nuestras negociaciones con la corte romana.

No es el amor propio nacional el que nos lleva á afirmar que este trabajo, que su autor denomina modestamente *Tentativa histórica*, vá á lanzar nueva luz sobre la política de la Curia en el siglo XVI, rectificando al-

gunos juicios demasiado favorables y que no se apoyan en documentos de tanto crédito y valia.

Los plañideros Geremias que proclaman diariamente la agonía de la pública moral, los que sostienen que una nueva Babilonia vá á surgir de las omnipotentes creaciones de la industria y de las maravillosas invenciones de la ciencia y la civilización, deben modificar un poco su elocuencia, contemplando el cuadro que ofrecen esos tiempos ominosos, en los cuales los crímenes contra la humanidad, nacen mas bien de la corrupcion y la avaricia, que del fanatismo religioso que hasta cierto punto podría atenuarlos.

Es un error funesto, que algunos alimentan, el querer considerar á este siglo como enteramente aislado y distinto de los siglos anteriores, desmereciendo ante toda comparación con ellos, y exigiendo que la generación actual resuelva los problemas que pesan sobre el destino de la humanidad; que concilie las antinomias que se levantan en el seno de su propio progreso; y que destierre de las grandiosas tentativas con que desenvuelve sus conquistas sobre la naturaleza, las miserias morales, compañeras de la fragilidad humana.

Debemos confesar tambien que estos apóstoles, que nos predicán la abnegación y el sacrificio, figuran con gloria en medio de los espléndidos salones amueblados al gusto de la *renaissance*; se alimentan con ricos manjares y vinos exquisitos; no desdeñan oír una buena ópera ó aplaudir con entusiasmo los *battements* de alguna bailarina.

El partido neo-católico en Portugal, felizmente poco numeroso, no se distingue tampoco por su ascetismo. Como se compone principalmente de las clases elevadas, los *neos* andan en coche, aparecen en los paseos, bailan en las *soirées*, frecuentan los teatros, tienen bula para no ayunar, gozan de todas las delicias de nuestra abominable civilización, detestándola cordialmente, y lloran ¡miseros! al recordar los paladines de la edad media, las maceraciones de los frailes, esos tiempos, en fin, de pura ciencia en que se alcanzaba el cielo exterminando un hereje.

Hay en portugués un refrán (y no sé si tambien en castellano) que dice:—Bien predica Fray Tomás: haz lo que te dice, y no lo que hace. (*Haz lo que te digo y no lo que yo hago.*) Este es el consejo que damos á los pobres que se dejan seducir por las palabras de esos indigestos devotos que tan maravillosamente saben reconciliar á Babilonia con Sion.

En el periódico absolutista *La Nación*, aparecieron estos últimos dias unas mil y tantas firmas de ultracatólicos y miguelistas de diversas ciudades y villas del reino, protestando de su amor para con el sumo Pontífice, proclamando la necesidad de que conserve su poder temporal, y llevando su abnegación hasta el punto de declarar que si es necesario que los soldados del Papa recobren sus dominios y los mantengan en la obediencia de la Santa Sede, los soldados de este reino *fidelísimo*, millares de portugueses, irán á Roma como en los tiempos de las cruzadas para rescatar y defender el patrimonio de la Iglesia.

Poca fé tenemos en el ardor belicoso de estos fidelísimos siervos del Papa; y si las grandes potencias europeas sostuvieran la política de no intervencion, los medios de resistencia por parte del gobierno pontificio serian fácilmente sofocados, y estos ardientes campeones del poder temporal, no tendrían mas remedio que quedarse quietecitos en su casa. Estas arrogancias y pompas de estilo harán su efecto entre los pobres de espíritu, pero seguramente no estremecerán la preciosa epidermis de estos ilustres cruzados.

El Sr. D. Juan D'Andrade Corvo, profesor de botánica en la escuela politécnica, y socio efectivo de la Academia real de Ciencias, acaba de dar á la estampa el primer tomo de sus obras dramáticas que comprende dos dramas, *El Alliciador* y *el Astrólogo*.

El primero, es un cuadro de costumbres populares en que están presentadas con notable verdad las horribles escenas de ese tráfico legal de los colonos blancos que dejan despobladas nuestras islas en emigraciones para el Brasil y otros puntos, y en cuyo tráfico, un gran número de especuladores, faltos de conciencia, alcanzan fabuloso lucro, abusando de la buena fé de las poblaciones.

El *Astrólogo* es un drama en cinco actos que se resiente un poco de la época en que fué escrito, en los primeros años de la vida literaria del autor, cuando en la escena francesa alcanzaban gran voga las creaciones de Victor Hugo y Alejandro Dumas, padre. La accion pasa en los primeros años de la monarquía portuguesa y desenvuelve una de aquellas lúgubres leyendas de venganza, tan frecuentes en la edad media, y que se presentan á los velos de la imaginación, á un tiempo poética y reflexiva del Sr. Andrade Corvo.

La apertura del Congreso de diputados tuvo lugar el 26 del pasado, y en breve quedará definitivamente constituido. Es necesario, para ser justos, confesar que estas elecciones se han hecho con entera libertad; sin que el gobierno tuviese la impudencia de creerse investido del derecho de intervenir á todo trance, en ellas, como han hecho esos falsos Catones del partido histórico que proclamaron esta doctrina subversiva á la faz del país.

La perversion de la inteligencia, tanto ó mas nociva para los pueblos, como la perversion de sentimientos, ha llegado á su apogeo. Nunca hemos visto mas completa bancarrota de ideas, á par de tan repugnante idolatría por los nombres propios. Seducir la opinion pública con la pompa de una declamación, solo fértil de vagas promesas, es la única misión de la imprenta, tanto ministerial como histórica. Los periodistas de estos dos caducos partidos, que generalmente varían de opinion segun conviene á sus elásticas *conveniencias* políticas, se asemejan mucho á los organillos de Berbería, que cambian las piezas de música segun el registro que mueven.

Cuando los partidos se precipitan en senda tan de-

plorable, los sectarios, entusiastas otro tiempo, se convierten en especuladores, y sin una creencia que eleve sus espíritus, se acogen á su propio interés como único fin político. Las violentas recriminaciones con que de parte á parte alimentan una polémica tan grosera como estéril, son, á lo sumo, ejercicios de estilo, en donde la táctica absorbe por completo la convicción.

A pesar del talento, que no se puede negar á algunos de los ministros, confiamos poco en su iniciativa. Están muy acostumbrados á las antiguas mañas para poder reducir al silencio los intereses ilícitos y los abusos que corrompen y perturban al propio tiempo la marcha administrativa. Además carecen de la necesaria energía para llevar á cabo las reformas que podrían imprimir un vigoroso impulso al progreso de la nación.

Su único pensamiento es el de sostenerse en el mando á toda costa; y alucinados por este vértigo, se juzgan grandes estadistas, porque se ven rodeados de un partido formado de elementos heterogéneos, mas bien ligado por el interés personal que por las doctrinas, y en que figura una larga falange de realistas arrepentidos, que espian sus pasados desaciertos con pingües encomiendas, valiéndose de su dudoso arrepentimiento para mejorar de fortuna.

A. P. LOPES DE MENDONÇA.

La noticia de la toma de Tetuan ha producido en Madrid un entusiasmo indescriptible. Todas las casas han aparecido adornadas con brillantes colgaduras; numerosas banderas con los colores nacionales flotan sobre los balcones de edificios particulares; multitud de personas discurre por las calles, deteniéndose á cada instante para contemplar el magnífico espectáculo que ofrece la capital de la monarquía española; en todos los semblantes se refleja la alegría mas pura, el júbilo mas ardiente; los amigos, los simples conocidos, se acercan unos á otros para darse plácemes, congratulándose por tan fausto acontecimiento; grupos del gentes del pueblo se presentan en las plazas, ora para victorear á la Reina, al ejército, al invicto conde de Lucena y á los demas generales que tienen mando en Africa, ora para lanzar al aire fuegos artificiales; el solemne y magestuoso estampido del cañon se confunde con el alegre repique de las campanas; la gran masa de la población de Madrid, unida por un solo sentimiento, movida por un resorte eléctrico, olvida las pasadas discordias, olvida hasta el nombre de los partidos políticos para rendir el homenaje de la mas entrañable adhesión á los defensores de la honra nacional.

El heroico pueblo del Dos de Mayo saluda con una espresion de inefable alborozo á los héroes que han combatido y triunfado en Africa. En estos momentos supremos se habla solo el lenguaje del corazón, y este lenguaje le comprenden cuantos se sienten orgullosos por pertenecer á la patria de Pelayo y del Cid, cuantos sienten correr por sus venas sangre verdaderamente española.

Dentro de pocas horas la fausta nueva llegará á todas las provincias, y en todas ellas escitará un entusiasmo igual al de Madrid. En esta parte la duda nos parecería una ofensa, y siquiera nos atrevemos á concebirla.

Las noticias que ayer recibimos de la Habana alcanzan al 12 de enero. Las de España relativas á la guerra de Africa, se habian recibido allí con grande entusiasmo. Cada victoria de nuestro ejército era saludada en la fidelísima isla de Cuba con demostraciones de un inmenso júbilo. Los periódicos vienen llenos de listas de donativos y de exposiciones dirigidas al capitán general de la isla, en las cuales se designan ofrecimientos personales y de todos géneros, como otros tantos testimonios del patriotismo de aquellos habitantes.

Entre los donativos merecen citarse por su entidad, el del segundo batallon de voluntarios de la Habana, por cantidad de 14,695 pesos fuertes, y el de 2,000 pesos fuertes, que en una letra sobre Cádiz habian puesto á disposicion del capitán general los Sres. Escariza y Serpa.

El *Morning Post* recibido estos últimos dias, publica en la seccion de noticias semi-oficiales un importante artículo en que declara que se halla definitivamente resuelto que en Italia no habrá intervencion alguna y que la Italia central será dueña absoluta de sus destinos; que tendrán lugar nuevas elecciones en este país, y que la Asamblea que salga de ellas será libre de decretar ó no la anexión al Piamonte. El diario inglés añade, y esto viene á confirmarse por los despachos telegráficos, que retirarán las tropas francesas del Norte de Italia y de Roma dentro de un breve plazo. «Austria, añade el *Morning Post*, en vista de la alianza franco-inglesa, renuncia á intentar restablecer su influencia en Italia y se darán pasos cerca del gabinete austriaco para que se hagan reformas en el reino Véneto.» El *Morning Post*, concluye diciendo que en un despacho oficial del gobierno francés llegado á Londres, se promete la reduccion del ejército francés, y se asegura que la política del emperador Napoleon es enteramente pacífica.

Por lo no firmado, EUGENIO DE OLAVARRIA.

ÚLTIMA FASE DEL CESARISMO.

Todavía reina el cesarismo en Francia; pero su hora ha sonado ya, y todas las señales que se ven aparecer en nuestros horizontes anuncian su próxima ruina. Así como antes de la guerra de Italia, el cesarismo francés moría por falta de actividad y por su apego á lo pasado, y sus pactos con el espíritu de los antiguos tiempos, hoy muere por haber tomado sobre sí una obra muy superior á sus fuerzas, pues cuando una institución viola constantemente el derecho, cuando una idea se opone á la corriente invencible de todos los progresos de un siglo, por cualquier camino, va dar en su perdición, sin poder rehuir la sentencia que la condena á muerte. El César de ayer moría, porque la revolución de nuestro siglo y el espíritu de la democracia, vivo en todas las conciencias, le pedía estrecha cuenta de sus tendencias reaccionarias; y el César de hoy muere también, porque el espíritu del progreso, á que se ha entregado, arroja de sí instrumentos que solo pueden servir para el triunfo de la injusticia. Nosotros comprendemos que los hombres de lo pasado, los caracteres flacos y miserables que adoran una idea muerta y corrompida, se prosternan ante el César, como la aristocracia romana se prosternaba ante Tiberio y le besaba la mano manchada con la sangre de sus padres; pero no podríamos comprender que hombres que adoran una idea tan viva, una causa que está protegida por todas las fuerzas del siglo, el principio generador de toda esta civilización, fueran á saludar á un tirano, porque vencido de una evidencia irresistible, haya caído ante sus altares de hinojos, como caía el fiero sicambro ante los altares del verdadero Dios. Nosotros, ni ayer transigimos, ni mañana, ni nunca transigiremos con el que ha diezmado nuestros ejércitos y ha roto nuestras leyes, y ha proscrito á nuestros grandes oradores y poetas, y ha creído en un momento de orgullo poder decir, al revés de Luis XIV: «Yo solo soy la revolución.» Pero hecha esta protesta, innecesaria en nosotros, levantemos un poco la púrpura que envuelve el cesarismo, á ver si es posible emprender el misterio que encierra entre sus pliegues ese gran sudario teñido en la sangre de los mártires del 2 de diciembre.

La lógica es real; la lógica es la ley de los hechos y la ley de las ideas. Reconocido un principio en el espíritu, de ese principio se deducen necesariamente todas sus conclusiones por una ley inquebrantable. Asentado un principio en el espacio, ese principio da todas sus consecuencias, como el tallo da la espiga, y la espiga da el grano de trigo. El proceso lógico de una idea se ve siempre en los hechos, aunque las sombras en que se oculta la impura realidad no dejen alcanzar su encadenamiento, ni el eslabon que une un hecho con otro hecho. Desde el punto que se ha sentado esta idea capital de la realidad de la lógica, idea madre de grandes problemas, la historia se ha elevado á ser una filosofía, la ciencia social ha tomado un carácter tan sistemático y riguroso como las puras matemáticas, y la economía política ha bebido un espiritualismo de que nunca se gloriará bastante este gran siglo que ha reconciliado la naturaleza con el espíritu y las ciencias experimentales y prácticas con la mas sublime y ethérea metafísica. Y la realidad de la lógica se ve mas clara que nunca en ese gran hecho aun no explicado, aun no comprendido en el hecho trascendental del cesarismo. El cesarismo, que aparentemente subía contra la revolución las gradas del vacío trono de Francia, al sentarse en ese trono, vió que el espíritu de la revolución que imaginaba hollado por sus piés, se cernía sobre su cabeza. En tal momento invocó para legitimarse el principio que desde 1789 trae agitadas las sociedades humanas, como la inspiración agitaba á la Pitonisa de Delfos en su hermosa tripode. Los hombres que no han creído nunca en la realidad de la lógica, espíritus apocados, creyeron que la palabra revolución se había desvanecido en lo vacío, como arrojada solo para coonestar la mas negra de las traiciones. Pero los que han creído siempre en la Providencia, aguardaron á que la palabra *revolución*, proferida por el César, diera sus frutos, con la misma fé con que el labrador espera ver brotar la semilla que ha arrojado en la tierra, á pesar de que el frío invierno la cubre con una sábana de nieve. Sus esperanzas no han sido vanas. La revolución se sirve de Luis Bonaparte como el guerrero se sirve de la maldecida espada que en el campo de batalla ha arrancado del cadáver de su enemigo.

Es imposible hoy, absolutamente imposible, evitar la universalidad de la idea democrática que reina sobre todos los espíritus. Todo cuanto á nuestros ojos pasa y sucede tiende á unir una clase con otra clase, un pueblo con otro pueblo, en el hogar del derecho universal. La imprenta ha hecho descender el espíritu de la ciencia, guardado antes para seres privilegiados, sobre todas las frentes, y ha iluminado la conciencia del pueblo; la tribuna ha sido el eco de todos los deberes sociales; el vapor y la electricidad han condensado en una el alma de todas las naciones; las máquinas, estinguendo la servidumbre del trabajo, han logrado que el pobre obrero levante al cielo su frente, inclinada hácia las sombras de la tierra; el sentimiento de la dignidad individual ha mostrado á todas las clases sociales la igualdad fundamental de nuestra naturaleza, destruyendo los absurdos privilegios de la sangre y de la cuna; y las dos formas del arte mas propias de nuestro siglo, la música y la elocuencia, que hieren á todos los corazones, han poderosamente contribuido á esta gran fusión de los espíritus, preparada ya hace siglos en la esfera religiosa por la divina revelación del cristianismo. Y esta revolución que ha pronunciado en la esfera de la ciencia la palabra «libertad del pensamiento», y en la esfera de la política la palabra «libertad del ciudadano», y en la esfera de la economía la palabra «libertad del trabajo», esta revolución tan sintética, tan universal, es servida por sus mismos enemigos.

El que dude que la revolución se lleva tras sí á sus enemigos, mire cómo Napoleón la sirve con su dictadura, y la sirve contra su voluntad. No se puede prescindir, cuando se estudia la historia, del carácter fisiológico de ciertas razas, que muchas veces detiene al espíritu como barro de la tierra caído sobre sus gigantes alas. Nuestra raza latina ha llegado en todas las épocas de su historia á sus mas maravillosas conquistas por la unidad. Esto no puede negarlo el que estudie su larga vida á través del tiempo y del espacio. La unidad romana le sirvió para fundir todas las razas y para dar ese carácter de universalidad á su derecho, que lo ha levantado sobre el movable oleaje de los siglos. La unidad católica reunió el pensamiento con la vida, en su moral; la religión con la ciencia, en su teología; el espíritu griego con el espíritu moderno, en sus artes. La unidad monárquica reunió el noble con el pechero, haciendo bajar al uno de su aislado castillo, y salir al otro de su privilegiado municipio. Y esta tendencia á la unidad tiene tales raíces en nuestra raza, que cuando vino el gran día de la revolución, el día de 1793, la república democrática, á pesar de que proclamaba la libertad, erigía una dictadura, inmensa, gigantesca, que á un tiempo hacia rodar por el suelo la cabeza de los aristócratas con una crueldad cesárea, y lanzaba sus ejércitos contra todos los reyes del mundo, y los venía con una prontitud dictatorial, y levantaba con los materiales calcinados por la tempestad el nuevo edificio, como si obedeciera á un solo pensamiento, como si tuviese una sola conciencia. Y en una raza de esta naturaleza, si es difícil la atonía, el decaimiento es muy fácil, facilísimo el cesarismo. Napoleón vió que la revolución zozobraba, que la revolución estaba vacilante, y arrojó á lo profundo sus fórmulas, sus leyes, sus Asambleas, y se levantó en su lugar diciendo, como nuestros antiguos heraldos: «La revolución ha muerto: viva la revolución; ha muerto la democracia republicana: viva la democracia cesarista.»

¡Y cuántas analogías tiene la revolución cesarista francesa con la revolución cesarista romana! Allí había una aristocracia que, á la sombra de sus laureles, intentaba amortizar en sí el derecho. Allí había una clase media que peleaba al lado de los Gracos, cuando los Gracos eran vencedores, y al lado de sus verdugos, cuando los Gracos eran vencidos; que se convertía en cortesana á un tiempo de Mário y de Sila, que pronunciaba elocuentes discursos por la boca de Ciceron, defendiendo la república y adulando á César; que esplotaba todas las revoluciones y proscibía ó mataba á todos los revolucionarios como Druso, Saturnino y Catilina; que pronunciaba la palabra *comicios* para alucinar al pueblo, y después quería los comicios solamente para los ricos; que se oponía á la aristocracia porque le estorbaban sus privilegios, y al pueblo porque le herían sus derechos; que peleaba por una libertad precaria y egoísta; que ni supo vivir como habían vivido los grandes tribunos, ni morir como habían muerto los grandes aristócratas. Allí se levantó un César que mató la República en el paso del Rubicon, pero que también mató á la clase media en la batalla de Farsalia; un Augusto que desarmó al tribuno, pero también desarmó al eterno enemigo del pueblo, al Senado; un Tiberio que arrancó la tribuna de los Ros-tros, pero también arrancó la lengua á la aristocracia; un Neron que sustituyó su voluntad á la voluntad de la ley, pero también hizo gratuita la justicia; un Domiciano que segó las cabezas de todos los privilegiados, pero también estableció la igualdad de todos los ciudadanos; y el pueblo, prostituido, como todos los esclavos, aplaudía desde la cávea la muerte del eterno tirano que había hollado su cabeza, y el enaltecimiento de un nuevo amo que, si le quitaba libertad, le daba pan. Y sin embargo, el cesarismo, con toda su fuerza, aunque se creía eterno y omnipotente, no hizo mas que preparar con la aplicación de la filosofía estoica al derecho, el advenimiento de la idea cristiana; y con la gran latitud dada á los derechos de la familia contra el socialismo antiguo, la libertad individual que traían del Norte las razas germánicas.

En la revolución que últimamente agitó á la Francia se repitieron circunstancias muy semejantes. Los legitimistas creyeron que iba á renacer la antigua monarquía de las cenizas amontonadas por la revolución. La clase media, vencida en 1848, volvió á levantar su cabeza amenazadora en la Asamblea legislativa. Los orleanistas cada día arrojaban una nueva piedra en la corriente del progreso para detener su majestuoso curso. La escuela neocatólica lograba un triunfo viendo la espada de la República francesa asendada al pecho de la República romana. Cavaignac y sus compañeros de armas habían ametrallado al pueblo. La libertad de la prensa había sido violada en periódicos de gran crédito en la opinión. El espíritu propagandista, que es el alma y la vida de las revoluciones francesas, había sido ahogado por las funestas palabras de Lamartine. El sufragio universal, la conquista de 1848, había sido adulterado por la mayoría reaccionaria de una Asamblea que debía al sufragio universal su vida. El partido democrático, ahogado en el seno de su propia madre, de la República, ni podía unirse á la mayoría de la Asamblea, porque se unía á la reaccion orleanista, ni podía separarse de la mayoría de la Asamblea, porque se acercaba á la reaccion bonapartista. Mientras tanto, el pueblo, engañado de nuevo por la clase media, proscrito casi por los doctrinarios de quienes había triunfado, miraba con desden la ruina de instituciones que habían venido á ser un remedo de las instituciones de Luis Felipe. La reaccion se declaró en todas las esferas de la política por la deslealtad de unos, por la impaciencia de otros, por la torpeza de todos. Napoleón fué la reaccion hecha hombre; Napoleón pudo herir la República, pero no pudo herir lo que era la esencia de la República, la revolución; pudo dispersar una Asamblea, pero no pudo desvanecer el espíritu del siglo. La Francia eligió entre la reaccion orleanista y la reaccion bonapartista, esta última, por ser mas revolucionaria. La República no había muerto. Ya la vereis algun día

levantarse trasfigurada de su sepulcro. Su largo sueño le devolverá las fuerzas que perdió en una vida tempestuosa y estéril.

La fuerza de la idea revolucionaria se vió en las declaraciones del imperio. En verdad, la nueva dictadura arrancó de cuajo la tribuna destruyó la imprenta, violó el hogar doméstico, dispersó á los representantes del pueblo, faltó á todos sus juramentos, ametralló en las calles de París á inocentes niños, á infelices ancianos; derramó el terror por todas partes; alejó del suelo de Francia á sus mas ilustres hijos; pero proclamó con arrogancia los principios revolucionarios; consagró el sufragio universal, último resto de la soberanía del pueblo; mató las esperanzas de los doctrinarios; puso su planta sobre la frente de la clase media, que se creía ya de nuevo coronada con la diadema que cayera de la frente de Luis Felipe, y tendió su manto sobre la clase obrera, tan maltratada y tan herida, buscando un fundamento para su política en el amor del pueblo. A pesar de esto, el emperador, al día siguiente de su victoria, no sabia qué destino cumplir, ni qué idea personificar. La sombra de su predecesor pasó un instante por sus ojos y amenazó á Inglaterra. Esta fué una fase de su vida, y pronto se persuadió á creer que la herencia de Napoleón era un legado muy lleno de peligros. Pensó después en captarse la benevolencia de la escuela doctrinaria; mas vió que sus pontífices le volvían la espalda en el instituto y en la universidad, y que sus esfuerzos solo conseguirían traer aquella monarquía que para él solo fué un calabozo. Halagó mas tarde los instintos de la escuela neocatólica; aspiró á ser el Carlo-Magno de nuestra época, y á que el Papa ungiera su frente con el óleo sagrado de la edad media. Pero conoció que el derecho divino era como un áspid en la frente de un Bonaparte. Y por fin, después de buscar vida en todos los principios políticos, ha decidido que la electricidad de la revolución de un movimiento, siquier sea galvánico, á ese imperio que se viene á tierra á impulsos de su propio peso. Esta es la última fase de su vida.

Esta última transformación del cesarismo es la transformación cercana de la muerte. Poco antes que el imperio romano se convirtiese al cristianismo, había una cruz en el palacio de un emperador: después de convertido el imperio romano al cristianismo, la cruz se levantaba sobre el sepulcro del imperio. La libertad podrá ser invocada por Napoleón como un elemento de vida; pero la libertad le dará muerte. El imperio no puede servir á la revolución sino suicidándose. La revolución no puede querer, ni aun como instrumento, el imperio, porque necesita tener puras y limpias sus manos, para consagrarse al culto de la libertad. A la justicia solo se va por la justicia; el derecho solo puede triunfar por el derecho. Luis Napoleón, aunque haya libertado á Italia, nunca, nunca será amnistiado por la conciencia humana. Cuanto hay de malo en él es suyo, exclusivamente suyo. Si algo ha hecho de bueno, es del espíritu de su tiempo. La dictadura bonapartista toca á su término, y dice, como Juliano el Apóstata en el lecho de su agonía: «Venciste, revolución, venciste; y yo, tu verdugo, he sido tu instrumento.»

¿Qué ha hecho el imperio que no hubiera hecho la democracia? La democracia hubiera fortificado el sufragio universal sin convertirlo en instrumento de tiranía; hubiera elevado al pueblo, no por el privilegio y la guerra, sino por la asociación y la libertad; hubiera reconciliado todas las clases en el derecho; hubiera abierto de par en par las puertas de Francia á todas las ideas, y hubiera dado el ideal de la revolución á todos los pueblos, sin alamar á las nacionalidades, sin turbar los horizontes europeos con amenazas de dominación universal, sin violar un derecho, sin verter una gota de sangre. Y en la política exterior la democracia hubiera desarmado á la Rusia, mas no para sostener un imperio caduco y fatalista que emponzoña el Bósforo; hubiera resuelto la cuestión de los Principados Danubianos que vanamente piden de rodillas el derecho á sus príncipes; hubiera roto las cadenas de Italia, sin cometer la inconsecuencia de emancipar á Milan y Bolonia y dejar en la esclavitud á Venecia y Roma.

Por consiguiente, la democracia para nada quiere, para nada necesita del César. ¿Qué ha dado Napoleón á la Francia? Una esclavitud sin ejemplo, el silencio de los sepulcros, el relajamiento moral, la pérdida de su dignidad como pueblo, artes materialistas, un millón de esbirros, una cadena para todos los que trabajan por la libertad, una mordaza para todos los que profieren la palabra *derecho*, el olvido de todas las nociones de justicia, las guerras insensatas, la inseguridad de no saber qué pensamiento cruzara por la mente del César, un delirio, una fiebre de vida sensual, una poesía materialista y atea, porque si arroja el resplandor del cielo almas como la de Victor Hugo, ese resplandor es para el Faraon francés el fuego celeste en que va envuelta la cólera de Dios.

EMILIO CASTELAR.

APUNTES PARA LA HISTORIA DE MARRUECOS.

POR D. ANTONIO CÁNOVAS DEL CASTILLO.

(Continuación)

VI.

Tras los califas de Córdoba vinieron á gobernar el Mogreb, los príncipes Almorávides, de cuyos principios y grandeza dan larga razon las páginas del *Cartas* (1), que tan cuidadosamente va siguiendo este relato. En la parte meridional de Mauritania, tocando con el gran desierto de Sahara, habitaban cabilas ó tribus bárbaras que apenas tenían de mahometanas otra cosa que el nombre. Sabedor de tal ignorancia un cierto Ab-

(1) Como los lectores notarán, omito comparar las versiones que dá este autor de algunos sucesos con las de las crónicas castellanas. En lo sustancial no están discordes unas y otras, y tiene mayor interés la relación original del historiador árabe.

dalla-Ebn-Yasim, natural de Sús, doctísimo letrado, y movido por las exhortaciones de un peregrino de aquella tierra y de algunos de sus allegados y amigos, partió allá y predicó con gran celo y fortuna la doctrina alcoránica. Acudieron á oírle turbas innumerables de aquellas cabillas, y principalmente de las de Gudala y Lamtuna, las cuales mostraban tal fervor en su enseñanza, que Abdalla, conmovido y entusiasmado, dió en llamarles *almorábitin* (1) ó *santos*, de donde se derivó el apelativo de *almoravides*. Ni se contentó este con la predicación religiosa, sino que poco á poco les fué comunicando los conocimientos y noticias que en ciencias y artes poseía. Luego los *almoravides* cobraron gran ambición, y determinaron salir de sus soledades y yermos, y extenderse por el mundo; viendo con la reciente cultura cosas que no habían imaginado, y deseando otras en que no habían parado mientes jamás. Caminaron, pues, formados en poderosa hueste, hácia el interior de Mauritania; y como esta estuviese á la sazón tan desvalida, porque los califas de Córdoba no podían ya acudir á ella, y por ser sobrado flacos los gobernadores ó príncipes tributarios de Fez, lograron en poco tiempo hacerse dueños de la mejor parte del territorio, señoreando también las costas y ciudades marítimas. Abu-Beer, su caudillo, viéndose en tal estado y apto para fundar una formidable potencia, determinó edificar ciudad nueva y á propósito para poner en ella su corte. Tales el origen de la fundación de la gran ciudad de Marruecos, que hoy dá nombre á todo el imperio.

Pero Abu-Beer no pudo llevar á ejecución sus altos pensamientos. Habiendo vuelto al desierto á combatir ciertas tribus enemigas de la suya, dejó encargadas las cosas del nuevo estado á su primo Yusuf-Ebn-Taxefin, el cual se dió tan buenas artes, que ganado el amor de los soldados y el respeto del pueblo, vencedor de muchas batallas y dueño de tesoros inmensos, no parecía ya posible despojarle del mando que intrinsecamente tomara. Discreto anduvo Abu-Beer cuando al volver le cedió voluntariamente todas las tierras conquistadas en Mauritania, reservándose tan solo el gobierno de las antiguas *cabillas* y las vecindades del arenal de Sahara; que fué convertir en virtud una necesidad invencible. Yusuf se apoderó de Fez, extendiendo de una parte y consolidando de otra sus conquistas. En vano Alcásim, hijo de Moanser, quiso disputárselas; porque con su levantamiento no logró otra cosa sino que la ciudad de Fez, donde se fortaleció, fuese entrada por armas, y muerto lo mejor de su vecindario, quedase desolada. Era Yusuf intrépido y temeroso de Alá, muy parco en la comida y de poca ostentación en vestidos y pompas mundanas; astuto y sabio, y tan ambicioso como apto para las conquistas y el gobierno de los pueblos. Dueño ya de Mauritania y viendo que, rendido Toledo al rey Alfonso, y amenazada Sevilla, no quedaba á los desdichados reyezuelos de España otro amparo que su alianza sin cesar implorada, determinó proseguir la ordinaria obra de los conquistadores, que es pasar el angosto estrecho, y someter á un propio cetro las fronteras orillas. No le faltó á Yusuf en esta empresa fortuna: desembarcó en la isla Verde, y de allí en la costa de Tarifa, y adelantándose hasta Castilla y Estremadura, venció á Alfonso VI de Castilla en la jornada de Zalaca, tomó muchas ciudades cristianas, redujo á su obediencia los reyes moros de la tierra, y así pudo contarse en la hora de la muerte por señor de un imperio que remataba al Norte en la ciudad de Fraga, no lejos del Pirineo, y al Sur en los montes y yermos de la Etiopía. Sucedióle su hijo Ali, príncipe dignísimo de tal padre, aunque harto menos dichoso, el cual, reñenadas ciertas conspiraciones y revueltas, pasó á España á proseguir la guerra contra los cristianos. De allí le distrajo un levantamiento que, nacido de pequeños principios, amenazaba ya terribles efectos. Causábalo cierto Mohammed Ebn Tumert, natural de Sus-aláica y de origen oscuro, aunque él se decía de familia árabe y descendiente del Profeta, y aun su Mahdí ó Mesías prometido. Este, habiendo abrazado con frenética fé las máximas de Abu-Hamid, filósofo de Bagdad, que predicaba el conocimiento de un solo Dios y condenaba las ordinarias costumbres de los mahometanos, pretendiendo hacerlas más puras y santas, como fuese al propio tiempo de ánimo ambicioso y esforzado, determinó fundar imperio donde asentar y establecer su doctrina. Anímole en esta empresa el saber que Hamid, su maestro, solía decir de él en sus ausencias: «Conozco, en la fisonomía y continente de ese extranjero, que el cielo le destina á fundar un imperio: si ahora va á los confines de Mauritania, allí ha de lograrlo sin duda alguna.» Con esto vino Mohammed á Fez, y luego á Marruecos, y predicando y á la par censurando los vicios de los reyes y xeques de la tierra, logró allegar inmenso gentío que por todas partes le seguía y le veneraba por santo. Entonces él, en recompensa de su celo, los decoró con el nombre de *almohades* ó unitarios. Alarmado el príncipe de los *almoravides*, Ali, le mandó salir de Marruecos, donde á la sazón estaba; mas no logró nada con eso, porque el impostor se aposentó en un cementerio, á las puertas de la ciudad, acompañado de Abdelmúmen, su discípulo, y allí acudia mayor número de gente que antes á escuchar sus preceptos y oraciones. Determinada su muerte, tampoco pudo lograrse, porque él, sabedor de tal intento, huyó hácia las montañas del menor Atlante. Allí habitaban los *mazamudas*, *cabillas* ignorantes y belicosas, las cuales, no solamente le dieron seguro, sino que á su voz se levantaron contra los *almoravides* y comenzaron á guerrear con ellos. Esto fué lo que supo Ali en España, donde había ilustrado su nombre con muchas victorias, entre otras la de Uclés, que costó la vida al infante D. Sancho; y vuelto al Africa, convirtió todas sus fuerzas contra los *almohades*; pero fué tanta la fortuna de estos fanáticos innovadores, que ról en campo sus aguerriadas huestes, tuvo que reducirse á defender algunas fortalezas. Ni la muerte de Mohamad el falso Mahdí detuvo un punto las empresas de sus discípulos. Sucedióle en el imperio Abdelmúmen el mas querido de ellos, quien se apoderó de toda la Mauritania, y luego enviando guerreros escogidos á la parte de España, acometió las provincias que allí poseían los *almoravides*. Allí murió de tristeza, y su hijo Taxefin, no mas afortunado que él, aunque valerosísimo y vencedor en muchas ocasiones de cristianos, gozó poco tiempo del mando. Traianle harto apretado los *almohades* en la fortaleza de Oran, y como intentara sorprender con pocos de los suyos el campo de los sitiadores, las sombras de la noche, que escogió por confidentes, lejos de favorecer su empresa, le fueron muy adversas; porque perdió el camino, y engañada con lo oscuro la mula que montaba, se despenó por las alturas que dominan la playa. Allí, á la lengua del agua, pareció al día siguiente Taxefin horriblemente destrozado: príncipe famoso en nuestra historia y dignísimo de otra fortuna. Con lo cual, el señorío de los *almohades* no encontró apenas resistencia: Fez y Marruecos cayeron en sus manos, aunque no sin largos cercos y sangrientos combates, muriendo en la última de estas plazas Ybrahim-Abú-Yshac, hijo y heredero de las infelicitades de Taxefin: Sevilla y Málaga, Córdoba y Granada,

que se mantuvieron algun tiempo contrarias, al cabo dieron entrada á los tenientes de Abdelmúmen, y así el imperio vastísimo de los *almoravides* vino á poder de sus enemigos los *almohades*. Había durado aquel imperio ochenta y cuatro años y cesó en el de 1145 de la era cristiana.

VII.

Abdelmúmen, que puede reputarse como el fundador de la dinastía de los *almohades*, era hombre de prendas, como lo probaron sus hechos, habiendo subido á tan alto estado desde el taller humilde de un alfarero, que fué su padre; y cierto que sin su valor y talentos militares no habría logrado Mohammed el Mahdí establecer en el Mogreb las doctrinas que enseñaba, derrocando el poder colosal de los *almoravides*. Pero la historia puede acusarle con razon de muy cruel y de tan fanático en la reforma anunciada por su maestro, que entre otras cosas mandó quemar cuantos libros de versos halló en sus estados. Dueño del imperio, empleó Abdelmúmen el resto de sus días en sosegar algunas insurrecciones de otros falsos santos ó codiciosos soldados, de las cuales no fué poco nombrada una en Ceuta, que obligó al nuevo príncipe á demoler los fortísimos muros de aquella plaza; y en sojuzgar la parte del Mogreb-el-Aula ó Yfriqueja, arrojando de algunas plazas marítimas de por allí á ciertos aventureros cristianos ó al rey de Sicilia, segun la version de Conde (1), que era quien las tenía ocupadas hacia algun tiempo. A lo último de su vida pensó en pasar á España á la guerra santa, y juntó para ello grandísima armada y ejército innumerable de africanos; pero la muerte atajó sus propósitos.

Realizólos su hijo Yusuf, apellidado Abú-Yacub, que le heredó en el trono, el cual ganó muchas victorias, plantando por mucho tiempo la silla de su imperio en la ciudad de Sevilla, adonde edificó gran mezquita y puente de barcas y otras obras de no menor alteza. Este logró dominar la tierra de España desde el Mediterráneo hasta el Océano, hallando solo valladar su valentía en los muros de Tarragona, Toledo y Santaren. Hallábase delante de la última plaza cuando sus capitanes, equivocando una orden suya, ordenaron cierta noche la retirada del ejército y tomaron el camino de Sevilla. Despertó Yusuf al amanecer, y se encontró sin ejército, con pocos guardas etiopes y andaluces, y algunos servidores en su compañía. Mandó entonces levantar precipitadamente las tiendas, y ya iba á ponerse en marcha, cuando los guerreros de Santaren, apercebidos del caso, abrieron las puertas y saliendo contra él, le rodearon y acometieron por todas partes. Con todo eso, no se amilanó el rey; antes puesto delante de las mujeres que como concubinas le seguían, y alentando con la voz y con el ejemplo á los suyos, se defendió bravamente hasta obligar á los cristianos á volverse á la ciudad. La ira de ellos fué tanta, que mataron á los piés del príncipe á tres de sus mujeres; y éste tan esforzado, que postro por su mano á seis de los contrarios. Pero Yusuf no pudo loarse con la victoria, porque habiendo recibido una herida grave en el combate, murió de ella no muchos dias despues en las cercanías de las Algeciras. Así refiere este hecho el *Cartas*, y así lo describen también las historias portuguesas (2) diciendo que «casi sin levantar la espada con mirarlos (á los sarracenos) fueron vistos desamparar los cuarteles, y desamparados de sus propios corazones correr por la campaña sin orden, con miedo huyendo.»—Reinaba á la sazón en Portugal D. Alfonso I, con 90 años de edad, segun se supone.

Sucedió al muerto Yusuf su hijo Abú-Yusuf-Yacub, apellidado el *Vencedor*, por sus muchas victorias contra los cristianos, entre las cuales fué la principal aquella tan nombrada de Alarcos, en donde perdió Alonso VIII la flor de sus caballeros y soldados. Los historiadores árabes aseguran que Abú-Yusuf vino esta vez á España, estimulado por una carta que desde Algeciras le envió á Africa el rey Alfonso, y decía de esta manera: «Príncipe muslim: si por ventura no puedes ó no quieres dejar esas tierras y venir á estas playas á verte conmigo en el campo, enviame navios bastantes en que yo me pase allá con mis guerreros, y lograráselo el gusto de que liñdiemos como mejor te cuadre; y sea á condicion de que el vencedor se ponga con los de su nacion debajo de la ley del vencedor.» Si esto fué así, caro pagó su reto el rey castellano. Luego murió Yusuf y le sucedió su hijo Mohammed-Annásir, á quien nuestros cronistas apellidan Mahomad el Verde. Quiso éste proseguir las conquistas de su padre, y llamando á los guerreros de las *cabillas*, y á cuantos hombres podían traer armas en sus estados, juntó ejército tan poderoso como otro no se había visto jamás entre los muslimes, puesto que llegaba á seiscientos mil combatientes de á pié y de á caballo, y con él desembarcó del Africa en España. Salieron á su encuentro los príncipes cristianos, coligados por el comun peligro que les amenazaba, y encontrándose los ejércitos en las Navas de Tolosa, tuvo lugar aquella famosísima batalla que hizo decir al *Cartas* estas melancólicas palabras: (3) «desapareció la fuerza de los musulmanes de Andalucía desde aquella derrota: en adelante no les quedó estandarte victorioso: se levantó el enemigo con dominio y soberbia sobre ella: se apoderó de lo mas de ella.» Se vé, pues, que no es tan exagerada como se ha supuesto, la relacion que hacen de esta batalla nuestros historiadores. Mahomad se retiró á Marruecos; si algun esfuerzo hubo en su corazon, lo apagó tamaño desastre: confuso, temeroso y avergonzado se encerró en su palacio, y allí dió su vida á los placeres, hasta que dos de sus servidores le privaron de ellos con un tósigo. En los principios de su reinado había logrado refrenar algunas revueltas y anunciado ciertas virtudes; pero sus ulteriores desdichas y vicios deshonraron para siempre su memoria. Almostansir, su hijo, que le sucedió en el trono, vivió en placeres y liviandades, y murió mozo. Despues de este rey, el imperio fué todo revueltas y parcialidades.

Porque como Almostansir no dejó hijos, hubieron sus parientes de disputarse el trono. Los de Marruecos obligaron á aceptar el imperio al anciano Adelwáhed, tio suyo, hermano de su abuelo; y al propio tiempo se proclamaba por soberano en Murcia otro de sus tios, hermano de su padre, á quien llamaban Abú-Mohammed-Aládel. Sin duda con los débiles reinados de Annásir y de Almostansir, los xeques y caudillos de las *cabillas* habían alcanzado sobradas licencias, frisando antes en atrevimiento que no en honrada libertad su conducta. Ello es que los mismos que habían levantado por emperador de Marruecos á Abdelwahed, forzando su voluntad para que aceptase, le depusieron á los pocos dias; y no contentos con esto, le dieron muerte, prestando en seguida obediencia al príncipe Aládel ó el Justiciero, que tal significa ese nombre. Así corrió por primera vez la sangre de Abdelmúmen: funestísimo ejemplo para lo futuro. No tardó en alzarse contra Aládel un primo hermano suyo, llamado Abú-Zaid, señor de Valencia, denominado el de Baeza, por haber proclamado su rebelion en aquella plaza, el cual llamando en su socorro á

los castellanos, dió harto que hacer á su adversario, puesto que derrotó en un combate á Abulalá, hermano de Aládel, que vino en contra suya. Y esta fué la primera vez, al decir de sus escritores, que llamaron los muslimes á los cristianos para emplearlos en sus contiendas civiles: señal segura, si otras faltasen, de que entonces andaba ya en decadencia su espíritu nacional, y de que su imperio no estaba lejos de total ruina. Pero si Abulalá no se había mostrado feliz capitán en el campo, no quiso parecer mejor hermano, y al frente del ejército que mandaba se proclamó emperador. No bien lo supieron los xeques y principales de Marruecos, se levantaron contra Aládel, prendieronle, y como se negara animosamente á reconocer á Abulalá, que era aclamado de todos por soberano, le quitaron en suplicio bárbaro la vida. Los rebeldes enviaron al punto embajadores á Abulalá, ofreciéndole el trono; pero antes que volviesen con la respuesta, arrepentidos de ello, nombraron por emperador á Yahya, hermano de Almostansir, que era sin duda de los parientes de este quien mas derechos tenía al imperio. Abulalá, denominado Almamon, que se juzgaba ya seguro en él por la embajada que le habían enviado de Marruecos, sintió mucho la afrenta, y determinó mover guerra á su sobrino; mas este, que era sagaz y determinado, aunque mozo, se le adelantó enviando ejércitos á España que lo combatesen. Duró la guerra por muchos años con varia fortuna entre ambos competidores, ora en la parte de acá, ora en la parte de allá del Estrecho; peleando por Almamon, y dándole las mas de las veces la victoria un escuadron de doce mil aventureros castellanos al mando de un capitán á quien llamaban los árabes Farro-Casil, dado que otro debía ser su nombre, y se ignora.

Al fin Almamon logró dominar en Marruecos y en la mejor parte de Mauritania, arrojando á Yahya á los desiertos, de suerte que á él debe considerársele como verdadero emperador. Era aquel príncipe natural de Málaga y hombre de prendas, pero iracundo y cruel, como lo demostraron sus hechos. El puede decirse que acabó con el imperio de los *Almohades*, á los cuales persiguió cruelmente; degollando á muchos de ellos y proscribiendo sus usos y leyes; á tal punto, que llegó á maldecir el nombre del falso Mahdí en el púlpito de la mezquita de Marruecos, mandando que fuesen quemados sus libros y destruída en todo lugar su memoria. Al propio tiempo protegía sobremanera á los cristianos que ayudaban sus empresas, permitiéndoles edificar iglesia dentro de la ciudad de Marruecos, y concediéndoles otras muchas preeminencias, en desfavor todas ellas del Islam y en contra de los preceptos del Profeta. En un imperio levantado á la voz de la religion por los *almoravides* y *almohades* no podían pasar tales hechos sin ruido, y así fué que de una parte se rebeló contra Almamon su hermano Abu-Muza, fiel mahometano, en la ciudad de Ceuta, de otra se alzó con las provincias de Yfriqueja un cierto Abu-Mohammed Ebn Abi-Hafss, que los gobernaba, y en las de España fué aclamado como soberano independiente Mohammed-Ebn-Hud, también estos dos celosísimos creyentes y observadores de la ley alcoránica. Mirando la ruina que causó la conducta de Almamon, párase el ánimo sin acertar á explicar ni comprender sus móviles. Acaso un novelista sabría representarlo como encubierto cristiano, y por consecuencia jurado enemigo del Islam; y tal ficcion parecería mas verosímil con recordár que la muger que con él compartía el lecho de ordinario era de familia cristiana. Aunque á la verdad esto de amar á las mugeres cristianas fué tan comun entre *almoravides* y *almohades*, que de ellos nacieron los mas famosos de sus príncipes. De todas suertes es indudable que Almamon trajo grandes desdichas al islamismo; aprovechóse de ellas el glorioso San Fernando para ejecutar sus maravillosas conquistas, ahuyentando de los ejinos de Sevilla, Córdoba y Murcia el imperio musulmíco, y considerándole de esta manera, no puede menos de recordarlo con regocijo nuestra historia.

Muerto Almamon, le sucedió un hijo suyo apellidado Abdelowáhed Ar-raxid, al cual presentaron unos alárabes la cabeza de Yahya, asesinado en el desierto por ellos. Tras él vino su hermano Ab-l-hasan Ali, y luego uno de sus parientes llamado Abu-Hafss, y por último Abu-Dabbus, que siendo capitán famoso entre los *almohades*, se pasó al campo contrario, ofreciéndole á la nueva dinastía de los Benimerines la mitad del imperio si le ayudaban á ganarlo.

Y así sucedió; pero no tardaron en originarse contiendas sobre el repartimiento de las tierras, las cuales pararon en que los Benimerines se alzasen con todo, protestando que Abu-Dabbus les negaba lo prometido. De la ambición de los nuevos conquistadores bien puede creerse que fuera pretexto, y no otra cosa, para señorearse del imperio. Durante aquellas contiendas civiles y guerras extranjeras figuraron constantemente en los ejércitos *almohades* los aventureros cristianos que había traído Almamon de Castilla. Los hechos de aquella gente fueron maravillosos, al decir de la historia africana; su amistad era buscada y temido su nombre: su influjo tal, que solos supieron mantener aquel resto del poder de los *almohades*, desde Almamon hasta Abú-Dabbus, contra enemigos tan formidables como lo combatían. Pero al fin todo cayó; y el imperio vastísimo, que contaba á un tiempo por capitales á Sevilla, Marruecos y Fez, desapareció del mundo para siempre. Aquí acaba el mejor periodo de la historia mauritana: el imperio del Mogreb-el-aksa, ó el Africa occidental, había en él tocado el punto mas alto de su fama, grandeza y poderío.

VIII.

Eran los Benimerines de la mas noble tribu ó *cabila* de los Zenetes, su origen árabe y habitaban los campos dilatados que se extienden al Sur de la Mauritania desde la provincia de Yfriqueja hasta Sugilmesa. Gente poderosa, acostumbrada á vagar por los desiertos sin pagar tributo á príncipe alguno ni obedecer ningunas leyes: ignorantes de la agricultura y comercio, dados solamente á la caza y ganadería, alimentándose con las frutas silvestres y la leche y miel de sus campos. Todos los veranos solían entrar algunos de ellos á apacentar sus rebaños en los fértiles prados de la Mauritania, volviéndose, llegado otoño, á su tierra. Pues acontecióles cierto verano que hallaron los pueblos desiertos, sin cultivo los campos, siendo guarida de fieras las casas de los antiguos habitantes. No acertaron los rudos Benimerines la causa de desolacion tan grande, puesto que no había llegado á sus oídos la matanza de las Navas de Tolosa, donde había perecido la flor de la gente mora, quedando en grandísima despoblacion y ruina toda su tierra; pero como vieron tan notables riquezas y comodidades abandonadas, parecióles bien establecerse allí, y enviaron á decir á sus hermanos que acudiesen á aprovechar el hallazgo. Y con efecto, vinieron turbas innumerables con sus camellos, yumentos y tiendas, y tranquilamente poblaron muchos lugares (1). La confusión del imperio era tan grande á la sazón, que segun el precioso *Cartas*, tantas veces citado, el soberano no era ya reconocido

(1) Quiere decir los que viven en las rábitas y hacen la guerra de frontera.

(1) Historia de la Dominación de los Arabes. Tom. 2.º, cap. 41.
 (2) Véase Faría y Souza: Epitome de las historias portuguesas.
 (3) En estas frases no siga la traducción de Moura sino la de Bacas Merino, que hay en un tomo de Mss. de la Academia de la Historia.

(1) De esta singular relacion del *Cartas* cuyo autor recibió fresca todavía la tradicion de las *Navas de Tolosa*, se deduce que ni el arzobispo D. Rodrigo, ni los demas escritores españoles, exageraron tampoco el estrago que se hizo en aquella ocasion en los musulmanes.

en los campos, limitando su jurisdicción y poder á las ciudades; hervían las tribus en discordia, no había mas amistad en los pueblos; reputábase el menestral por tan alto como el noble, despojaba el fuerte al flaco, y cada cual ejecutaba cuanto pensaba sin temor ó respeto. Gobernaba á la sazón la cabila de los Benimerines, Abdelhaq, capitán valiente y astuto político, el cual, como viese tal ruina, determinó levantar sobre ella su imperio. Logrólo sin grande esfuerzo, venciendo fácilmente á los decaídos almohades en varios encuentros, y trayendo á su partido con rigor ó halagos á muchos de los antiguos habitantes. Y sucediéndole sus hijos Abú-Said, Abú-Moarráf y Abú-Yahya, prosiguieron unos tras otros la comenzada obra, asentando este último la silla de su imperio en Fez. Al fin vino Abú-Yusuf-Yacub, otro hermano de los anteriores, y en su tiempo rendida Marruecos, se pudo dar por definitivamente establecido el imperio de los Benimerines. De Yussuf cuentan los libros que era príncipe de gallarda presencia, y muy esforzado, al propio tiempo que cortés, humilde y generoso. Dijose de él que nunca fué contra ejército que no venciese ni contra país que no subyugase. Vencidos los almohades, hubo todavía de sostener encarnizadas guerras contra un cierto Yagmorasan, llamado en nuestras crónicas Gomaranza, oriundo también de los de Zeneta, que se había levantado con Tremecen, Sugilmesa y otros lugares, y pretendía tener su parte en la fácil presa que el Mogreb ofrecía. Después de haberlo derrotado en campal pelea, Yussuf se concertó y ajustó paces con él para pasar á España, donde deseaba, como tantos otros conquistadores musulimes, ejercitar el valor y la fortuna. Pasó en diversas ocasiones, ora para combatir con los cristianos, ora para ayudar al rey Sábío contra su rebelde hijo; venció grandes batallas, tomó fortalezas y arrasó los campos y lugares cercanos de Córdoba y Sevilla. Mas no dilató por acá su imperio; antes bien, como se hubiesen levantado en Andalucía Ebn-Alahmar por rey de Granada y Ebn-Axquilo, por señor de Guadix y de Málaga, procuró averniarlos y fortalecerlos, cediéndoles sus conquistas. Solo el odio á los cristianos, la sed de gloria, y mas tarde los tratos con el desventurado D. Alonso, movieron, pues, su brazo en España, si ya no es que sintiendo flaco al Islam y mirando tan acrecentados y pujantes á los contrarios, juzgase que para defender de ellos la costa de Africa valia mas levantar un estado independiente que no sojuzgar y mantener provincias del lado acá del Estrecho. Tal supuesto parece verosímil recordando que ya entonces los reyes de Castilla aprestaban armadas, é intentaban empresas contra la costa africana: armadas no siempre vencidas, y empresas que podían traer algún día fatales efectos á todo el Mogreb, aun dado que la primera que desembarcó en Salé, reinando ya Yussuf, tuviese infeliz resultado. Y á la verdad que, fuera obra de su sagacidad política ó fuéralo solamente de su templanza y escasas ambiciones, Yussuf prestó á la dinastía del Mogreb-al-aksa ó Marruecos, y aun á las de toda el Africa occidental un servicio grande y poco apreciado hasta ahora, con ayudar tanto á la fundación y engrandecimiento del reino de Granada. Sin aquel valladar poderoso llegaron mucho antes los castellanos al estrecho gaditano, y pasando cuando no habían apartado aun sus ojos de la morisma, habrían subyugado quizás la Berbería entera.

Mas no olvidó Yussuf, por levantar el reino de Granada, cuanto podía importarle á su imperio el tener fácil entrada en la Península por si la ocasión requiriera nuevas expediciones, y á este fin conservó debajo de su mano las plazas de Tarifa y Málaga, y otras que podían reputarse por llaves de España. A Málaga con su *Alcazaba* la poseía por cesion que de ella le hizo su señor Ebn-Axquilo; mas perdióla no mucho tiempo después por artes de Alahamar, que con suma de dineros ganó al alcaide que la guardaba. Y cierto que el príncipe granadino no pudo llevar mas adelante su desagradecimiento porque ayudó también al rey de Castilla para que se apoderase de Tarifa, y suscitó contra Yussuf y su hijo, sus bienhechores y aliados, las iras de Yagmorasan, aquel antiguo enemigo de los Benimerines. De esta suerte y poco á poco vinieron á perder los soberanos de Mogreb-al-aksa los últimos restos de su poderío en España; sucediéndoles en la continua guerra contra los cristianos, y en la defensa de Islam por estas partes, la poderosa dinastía de los Alahmares, aquella que plantó los árboles de Generalife y levantó los palacios de la Alhambra.

Muerto en tanto Abú-Yusuf-Yacub tras un reinado glorioso y largo, le sucedió su hijo Abú-Yacub, el cual tuvo tanto en que entender con las discordias civiles que se movieron en sus estados. Sin embargo, queriendo recobrar la *isla Verde* y Tarifa para cumplir los antiguos pensamientos de su padre, mandó á España un poderoso ejército, que puso cerco á la plaza. Defendióla Alonso Perez de Guzman el Bueno, de cuya firmeza y heroico sacrificio nada le queda por decir á la historia: suceso singular aun entre los mas famosos, y de aquellos que ennoblecen á una nación entera. Ni en esta expedición ni en otra que hizo en persona en Andalucía, logró el príncipe africano efecto importante; y así, apartando sus ojos en adelante de la tierra española, se consagró á afirmar su poder en Africa. Levantáronse contra él con diversos pretextos Omar y Abú-Amer, hijos de un deudo suyo por nombre Aben-Yahya; redujolos á su obediencia, y uno y otro venían á visitarle en Fez bajo seguro, cuando fueron saqueados y muertos en el camino por su hijo mayor, llamado también Abú-Amer, y heredero de su trono. Tales títulos no libraron al hijo del merecido castigo: Abú-Yacub lo mandó destrerrado á las montañas del Rif, donde estuvo hasta su muerte que aconteció antes de la del padre: rara virtud en tal siglo y entre gentes crueles. Continuando luego la guerra contra el hijo de Yagmorasan, familia tan enemiga de la suya, le venció y cercó en Tremecen, y allí le tuvo estrechado catorce años. Para mayor seguridad del sitio levantó Abú-Yacub una ciudad delante de la ciudad sitiada, á la cual puso Nueva-Tremecen por nombre, y edificó también un soberbio palacio, donde recibía las embajadas que de los pueblos mas lejanos venían á traerle tributos. Allí murió cierta noche, mientras dormía, á manos de un eunuco llamado Lasaad, que lo atravesó por el vientre de una estocada. A lo último de su reinado los ingratos Alahmares, no contentos ya con los dominios de España, enviaron una expedición al Africa que se apoderó de Ceuta.

Su nieto Abú-Tzabet, hijo del príncipe Amer, le sucedió en el trono. Este levantó el cerco, ajustando las paces con los de Tremecen, y cediéndoles los territorios conquistados, menos la nueva ciudad, que por los muchos tesoros empleados en ella se reservó para sí. También Abú-Tzabet tuvo que refranar á algunos descontentos, y murió cuando atendía á recuperar á Ceuta. Logrólo su hermano Suleiman, cuyo reinado, aparte de algunas rebeliones, no ofreció cosa importante. Osman ó Abú-Said, hijo de Yusuf y hermano de Abú-Yacub, sucedió en el trono. En tiempo de este príncipe escribió el sabio Abú-Mohamed-Assaleh su *Grande historia de Marruecos* y el compendio titulado *El Cartas*, que ha llegado hasta nosotros. Fielmente hemos seguido hasta aquí sus páginas, alumbrándonos su docta relación para recorrer los laberintos y disipar las sombras que la historia del Mogreb-el-aksa ofrece á cada paso. En adelante las noticias escasean, falta la luz, el hilo

se pierde, y apenas por estrecha senda llegamos á aproximarnos á la verdad. Todo es duda, confusión é ignorancia. Y es que el imperio aquel, apartado siempre en lo sucesivo de España y de Europa, vino luego á tanta decadencia y se sepultó en barbarie tan profunda, que apenas produjo mas historiadores ni sabios que pudieran transmitir los hechos que vieron ó supieron á las generaciones futuras.

Parece que habiendo dado Abú-Said á su primogénito Omar el gobierno de algunas provincias del imperio, este se levantó contra él, y hubo entre padre é hijo grandes batallas. Llevaba Omar, como mas joven y determinado, lo mejor de la contienda, y sin duda hubiera rendido al padre á no sobrevenirle la muerte cuando mas vida ofrecían sus cortos años. Así pudo reinar tranquilamente Abú-Said hasta su fallecimiento. Abú-l-hacem, su hijo segundo, ocupó entonces el trono de Marruecos; y como fuese hombre de no vulgar aliento, imaginó todavía pasar á Andalucía, y sujetarla de nuevo al dominio de su dinastía; pero no consiguió desu expedición otro fruto que escarmentar á los africanos para que no pensasen mas en volver á España. Su hijo Abdelmelic, que pasó primero el mar, fué vencido y muerto cerca de Arcos; y él en persona con el rey de Granada, su aliado entonces, fué vencido por D. Alonso el octavo en la famosa batalla del río Salado, junto á Tarifa, y en las playas mismas del Estrecho, sin poder dar un paso adelante. El africano desbaratado, huyó á Gibraltar, y de allí pasó á su tierra, donde solo encontró llantos y reprimendas, de sus vasallos por la provocada desventura. El imperio de los reyes africanos en España había caído por obra del tiempo, y era locura querer resucitarlo. Ya los príncipes cristianos eran hartos poderosos para que las invasiones de los de Africa pudieran arrojarlos á las antiguas montañas; hallábanse fortificados los lugares y bien aparejada la defensa; ni era ocasión de contar como antes con el auxilio de los moros que poblaban la tierra, porque, sobre ser pocos y flacos, no solían preferir la vecindad ó dependencia de los africanos á la de los castellanos, mucho mas tratables que ellos. Vuelto, pues, á Marruecos Abú-l-hacem, examinó sus ejércitos contra los estados de Tremecen, y luego contra los de Túnez; por manera que redujo á su obediencia todo el Mogreb Occidente de Africa. Mas pronto se le puso en contra la fortuna. Alzáronse contra él los pueblos reconquistados, y venciendo en campo, le obligaron á huir con poco séquito; y entretanto su hijo Abú-Zayan, con ayuda y favor del rey de Castilla, se proclamó por soberano de Fez. Abú-l-hacem se sostuvo algún tiempo contra todos; pero al fin tuvo que huir á las montañas de Henteta, adonde murió de pesadumbre. El reinado de Abú-Zayan no ofrece cosa notable sino es el haber asesinado al rey de Granada traidoramente con una marlotá emponzoñada que le envió de regalo; y muerto, sus deudos llenaron el Mogreb de guerras civiles. Si Abú-Becr triunfó, no fué sino para disfrutar poquísimo tiempo del trono. Despojóle de él un cierto Ybrahim, deudo suyo, con ayuda de los árabes españoles; pero este mismo fué depuesto por otro usurpador á quien llamaban Mahomad-Abú-Zeyan. Al fin, entre tantas usurpaciones, hubo un hijo que sucediera á su padre, el cual fué Muley-Said, hijo de Abú-Zeyan, príncipe por cierto de poco valor y menos fortuna. Perdióse en su tiempo Ceuta que fué asaltada y tomada por los portugueses, con lo cual, rabiosos sus vasallos, le mataron á puñaladas. Y sobreviniendo dos hermanos de Muley-Said que pretendían á un tiempo el trono, hubo entre ellos muy porfiadas contiendas, hasta que los musulimes convinieron en poner sobre el trono á un hijo del último príncipe y de una cristiana española, nombrado Abdelhaq, con lo cual los tios abandonaron sus pretensiones y hubo paz por algún tiempo. Logró este príncipe una señalada victoria contra los portugueses, que, estimulados por la toma de Ceuta, con menos poder que atrevimiento, habían desembarcado de nuevo en la tierra de Africa y sitiaban á Tánger. Pero al fin Abdelhaq fué asesinado, como tantos otros, en su palacio, y roto ya los frenos de la obediencia, menospreciada la autoridad de los príncipes, desatadas las pasiones de la muchedumbre, y confundidas y revueltas todas las cosas, cayó con él la dinastía de los Benimerines, y el Mogreb-al-aksa quedó entregado á la mas espantosa y destructora anarquía.

A todo esto los reyes de Granada habían acabado de apoderarse de las pequeñas plazas mauritanas que aun conservaban los africanos en España, hasta el punto de no dejarles una sola almena, y un cierto Abú-Fares, señor de Túnez, había sujetado á su obediencia no pocas provincias y ciudades pertenecientes al reino de Fez. Tan miserable espectáculo ofrecían por dentro y por fuera las cosas del imperio mauritano.

(Se continuará.)

ANTONIO CÁNOVAS DEL CASTILLO.

LITERATURA FRANCESA.

LAS CARTAS DE EVERARDO POR P. LANFREY.

(Conclusion).

Tendríamos que estendernos, mucho mas de lo que nos es permitido en las columnas de una revista literaria, si hubiésemos de presentar ante los ojos del lector todos los rasgos valientes y las audaces pinceladas que Everardo traza, por la mano de Lanfrey, para mostrarnos como en relieve, los caracteres morales de esa sociedad y los distintos grupos de luz y de sombra que en ella y por ella se agitan. No puede decirse que tratamos de escribir un artículo crítico de la obra, porque el nuestro es mas bien una página individual de nuestra cartera de viaje, impresiones simpáticas de lecturas favoritas y de estudios personales, que no tienen el arreglo y el orden que los artículos críticos exigen. Ademas hay obras que se escapan al análisis rápido y de las que es preciso citar estensamente, reimprimirlas casi, para que puedan ser perfectamente comprendidas por todos. En tal caso y en la imposibilidad de hacerlo mejor, habremos hecho demasiado si con la comunicación de nuestras impresiones, logramos tentar la curiosidad de algunos y despertar en ellos el deseo de conocer un buen libro que explica muchas de las anomalías sociales de la Francia, su deformada vida interior y la duración del Imperio.

Everardo abandona su aldea y vuelve á París. Quiere vencerse por sí mismo, y ver de nuevo con sus propios ojos si sus temores han sido una vana quimera, una susceptibilidad de su temperamento activo, pensando buscar entre ruinas y escombros las cenizas ocultas de todos los entusiasmos juveniles. En su larga y penosa Odisea, Everardo peregrina por los antiguos lugares, antiguas murallas y antiguas calles que la barreta ha demolido, y á las que un nuevo dueño ha dado nuevas formas. Va en busca de los hombres, y en la fisonomía de estos, como en las murallas y en las calles, encuentra la nueva expresión, la nueva efigie de un nuevo amo. La plana y el cetro, el albañil al servicio del emperador, han querido levantar esas colosales masas de piedra al lado de monumentos históricos, como diciéndole á la historia, ¿no es verdad que somos muy grandes? Pero la historia, no la historia ofi-

cial, esa camarera complaciente de los caprichos palaciegos, sinola historia austera, verídica; justicia que castiga y conciencia que juzga, sentenciará sobre esa *grandeza de esclavos* y abatirá el orgullo de esos pigmeos. No, la historia justa no abolverá al hombre del 2 de diciembre, por mucho que trabajen para levantarle un pedestal los apologistas y zurcidores de biografías hazañescas, y por muy alto que graznen á su gloria los poetas bonapartistas. Hace muy poco tiempo que hallándonos en Bruselas, nos estremecíamos de horror al leer las páginas del diario de un deportado político á Cayena, escapado de allí milagrosamente después de mil peligros. El libro temblaba en nuestras manos, y nos preguntábamos con dolor, ¿cómo es posible que estas atrocidades, cometidas mansamente por los sicarios, sirvan de corona de triunfo, ahora, en pleno siglo XIX, en este siglo sulcado por las revoluciones, luchando siempre, agitando sin descanso y marchando adelante hacia la democracia por la justicia, hacia la libertad por el progreso? ¿Será preciso creer que Tiberio y Calígula, el crimen y la loca imbecilidad, se han estrechado en un abrazo de rabia para enjendrar al último monstruo?

Y el monstruo reina y gobierna absolutamente. Infinitos son los que se disputan la honra de vestir su librea y de estornudar, cuando él estornuda, en la corte del sultan de la fábula. Otros se abaten y desesperan; estos charlan y no hacen nada; aquellos filosofan y se disfrazan con un estilo de alcaoba, y una gran parte de políticos desacreditados, corren de aquí para allá, embrollando los hilos y conspirando en secreto para convertir en favor propio, en ventaja positiva, lo que ellos llaman patriotismo. En todas partes, en todos los países, tanto del viejo como del nuevo mundo, se encuentran esta especie de seres anfibios, hombres de dobles caras que de nada ni por nada se avergüenzan, y que reniegan de la virtud porque hacen de ella mercadería.

Everardo busca á la juventud, asiste á las reuniones de sus amigos, de esos mismos amigos que tanto le reprochaban su ausencia, y entre ellos se encuentra mas solitario, con menos calor de vida y de entusiasmo. El bulle-bulle de esa vida parisense, vida de algazara y de mareo sensual, lo fatiga y lo enferma. En ese movable escenario del vicio, como primer protagonista, Everardo es un personaje sin rol, un fantasma aparecido que no puede figurar en la comedia. La juventud se agolpa en las veredas, en los cafés, en los paseos, en los teatros, no como Camilo Desmoulin para arrancar del árbol del Palacio Real la cavarda de la libertad, sino en busca del cebo que azuza á las malas pasiones y gasta el alma en la orgía. Consecuente con sus principios, la escuela llamada *realista*, que surge siempre de todas las decadencias literarias, como surgen las mediocridades en las épocas cesáreas, ofrece á la juventud bellos ejemplos y espectáculos dignos de sus teorías; y no se sabe á quien conceder la palma de la admiración, si al cinismo de los autores, ó al de los espectadores. La escuela romántica, si no ha sido una grande escuela, ha producido grandes genios, y tenía, sobre todo, la ventaja de levantar los sentimientos del hombre, aspirando á un ideal, no muy verdadero si se quiere, pero á lo menos dándonos en ello un sabor benéfico de vida espiritual y mostrándonos en la infinita vaguedad de sus concepciones, un punto luminoso, aurora quizás de un renacimiento feliz. La escuela romántica creaba, y sus escritores tenían esa fuerza interior que anima las creaciones del pensamiento, creaciones que viven, podría tal vez decirse, como una humanidad figurada, al lado de la humanidad típica ó humanidad modelo.

Apartado de la vida el ideal, y el hombre se animaliza; apartado del arte y el arte se esteriliza y desaparece. La vida sin ideal es una alma sin luz, una ciencia sin objeto, una sociedad sin progreso, un mundo de cuerpos que se mueve por leyes físicas y que está sometido á la limitación que esas leyes ordenan. Ese mundo y el mundo del espíritu, solo el ideal los recorre, solo el ideal los une y los transforma por las diversas evoluciones que realiza la inteligencia humana, en pos siempre de ese ideal que es luz en el alma, verdad en las ciencias, progreso y libertad en las sociedades, infinito de la humanidad é infinito de Dios. El arte sin ideal es una copia vulgar y un mecanismo sin arte. Una fisonomía se reproducirá con la exactitud de la plancha ó vidrio fotográfico; pero le faltará siempre el rayo viviente que alumbra los retratos de Velazquez y Van Dyck. Un maestro de la escuela realista trazará en su drama ó novela realista, una escena de seducción y de amor á las mil maravillas, real, como el comprende la palabra, y tanto, que huele á las escenas de lupanar; pero no alcanzará jamás á la sublime realidad de Shakespeare en Ricardo III, ó á la de Göthe en el Conde de Egmont. Sirviéndonos de una comparación científica que completa muy bien nuestro pensamiento, diremos que los verdaderos realistas trasmutan el carbon en diamante, y que los falsos realistas de la escuela moderna, ignorantes de los secretos químicos del arte, soplan sobre un carbon apagado que nunca deja de ser carbon. La realidad del arte no es la que la escuela *realista* entiende como tal; no es esa la naturaleza; y solo las mediocres van á surtir en el bazar del vicio de tan malos modelos y de tan pobres copias. ¡Si viésemos siquiera á Manon Lescaut, esa locuela inconstante, tan pródiga de su dinero como de su amor, pero mucho mas de aquél que arroja sin contarlo en las manos del infeliz! ¡Si oyésemos siquiera á Mimi Pinson, que ama tanto á su amante, con el gracioso gorriote echado con desgaire sobre la oreja, y cantando alegremente la canción del amor! Pero la escuela realista ha desfigurado todos estos tipos. Manon Lescaut se ha convertido en la vibora mortal de la prostitución mas soez, en la mujer insaciable y egoísta, desecho de una sociedad corrompida; y la simpática Mimi Pinson, en un antipático ser; mercachille con faldas, prostituta económica, que suma, resta y divide, que canta como un ganso y sabe hacer escrituras como un notario.

Everardo va trazando en sus cartas el itinerario de su viaje social y marcando los diversos tipos de hombres que representan ó que pretenden representar algún principio, como se dice comunmente. El advenedizo de la fortuna ó de la intriga, el filósofo de moral acomodaticia, secretario de un eclecticismo de mil fases; el periodista ambiguo, que como el murciélago, es cuadrúpedo y volátil, según el tiempo; el político zorro y tigre, embaucador de traiciones y embustidor de iniquidades, como diría Quevedo, todos estos tipos se atraviesan en su camino y los estudia y los observa. ¡Y con qué ingenio! con cuánta penetración, la pluma de Lanfrey, que escribe severa en tantas páginas, se detiene á veces con cierto desden irónico para dibujar un perfil satírico! Su estilo toma entonces un aire volteriano y hiere con esas mil puntas aceradas que oculta la frase del gran crítico del siglo pasado. Citáramos largamente, si tuviéramos espacio, sobre todo el retrato del Doctor Pánfilo, original que se encuentra muy á menudo, tan maestramente acabado por la pluma de Lanfrey, que todos los que lo hayan leído habrán esclamado conmigo; yo he conocido al Doctor Pánfilo. ¿Quién que haya tenido, de un modo ó de otro, alguna intervención en el movimiento social y político de su patria, no ha encontrado á estos doctores de toda ciencia, de toda organización y que son los perpetuos renegados de las causas dignas? El Doctor Pánfilo, es de esos hom-

bres que, como dice Lanfrey, fundan cultos, como si fuesen negocios, que combinan en iguales dosis agiotaje y misticismo; ya religiosos, ya banqueros y viceversa, y que refunden en su propio ser á Roberto Macaire y á Mahoma;» tipo por cierto que no ha dejado de ser muy común en varias épocas.

Escuchemos lo que Everardo dice de la crítica, y de cuál debe ser el puesto de ella, si quiere obtener las coronas que tanto ha exigido y que no ha merecido la moderna crítica, según tales opiniones; y según otras que las ha merecido porque ha sabido roer el hueso con poco trabajo. «El objeto más elevado y la empresa más árdua de la crítica, son las de sustituir un ideal, superior á aquel que estudia. Ella debe ser lo que nuestros padres la hicieron: el enderezador de los entuertos del género humano. No es una virtuosa, es una guerrera. ¿Esperais acaso que con vuestros motivos variados, con vuestro alambicamiento, con vuestras ingeniosidades, haya de retroceder la marea espantosa que amenaza confundir á toda una civilización? ¿Creis que la ola va á pararse para admirar el pulido contorno de vuestras paradojas? Mucho lo dudo, pues los tiempos de Orfeo han pasado!..... «La crítica, cuando se haga militante y activa, soldado y juez al mismo tiempo, entonces será un principio vital y fecundo. Pierde su poder y su moralidad, resignada á quedarse pasivo espectador. No basta tampoco que sea un exacto espositor, porque si es verdad, como se pretende, que exponer y describir fielmente las cosas vale una refutación, ellas se refutarían por sí solas, pues la pintura no es jamás tan parecida á la realidad. Que empuñe, pues, con energía la espada de la justicia; sin la lucha nada se obtiene en el mundo, y la causa de la justicia y de la verdad no se levantará de su abatimiento, si la crítica se resigna á vivir en esa indiferente y ociosa contemplación.»

El desconsuelo penetra en el alma de Everardo y empieza á echar de menos los días de su soledad, en los que sus facultades activas se esplayaban por ese campo inmenso de la naturaleza, tierna consoladora de las almas que sufren. En medio de los hombres y en el flujo y reflujo de esa sociedad sin conciencia propia, su alma padece los tormentos del águila encerrada en la estrecha jaula de hierro que martiriza sus alas en sus gruesos barrotes. Fué á buscar el punto de la acción humana, el punto de apoyo de la masa para dar movimiento á su fuerza dormida, y vuelve fatigado y descontento con muchas esperanzas de menos y muchos dolores de más. Como los aventureros del siglo XVI, iban en busca del oro á la América, y volvían de ese viaje penoso, mancos, chirrados y harapientos; tuertos ó ciegos muchos de ellos, arrancados los ojos por la certera flecha del indio, ó muertas las pupilas por la refracción de los rayos solares en las nieves de los Andes, así vuelve Everardo, mohino y melancólico el semblante, y apretando en su corazón, para que no se escapen también los últimos sentimientos, las últimas riquezas de su vida de hombre. «El tiempo pasa, dice, y no me trae mas que desaliento. A donde quiera que vaya, tropiezo irremisiblemente, con la sospecha ó el miedo, con estériles simpatías, y sobre todo, con la indiferencia. Jamás podrán conocer el fondo de inalterable quietud que hay en el alma humana, los que no han vivido en estos últimos años.... Autores de dicharachos que se creen prodigios de audacia, charlatanes que se dan por víctimas del bienestar público, comadrerías que se llaman valor civil, epigramas que pasan como conspiraciones, especulaciones que querían pasar como patriotismo, neutralidades que son connivencias; y oposiciones, complicidades, hé aquí, exceptuando algunas abnegaciones que son mas nobles porque son sin esperanza, hé aquí todo lo que en el presente forma la fuerza efectiva sobre la cual se puede contar. ¡Oh! esto me explica muchos enigmas históricos. ¡Ah! qué sublime dicha debió ser, amigo mío, la de nombrar *cónsul* á su caballo!»

«Estoy cansado de vivir, dice mas adelante. ¿Cómo he perdido esa fuerza infinita de amar que bullia dentro de mí como una fuente de fuego? Se ha helado en mi pecho y pesa en mi corazón exánime como la lápida en una tumba. Ha muerto el prestigio de la ilusión que quería abrasar al mundo y hasta la curiosidad, este postrero y triste suplemento de la esperanza.... Hay cosas que envejecen al hombre de cien años, en un solo instante, y esto ha sucedido á la generación que ha visto lo que yo he visto. Dichosa sería aun si hubiese sido un testigo irresponsable, juguete de una voluntad mas poderosa que la suya, pero no ha sido así. Detrás de ella deja los acontecimientos que no le permiten ver su pasado faz á faz, porque no ha hecho nada para impedir que sucedan. Le son familiares los anales de todas las épocas, los repite vengado ó no vengado y con pueril y vanidosa complacencia; pero no se atreve ni siquiera á levantar los ojos hacia su propia historia. Y marcha así, encorbada por un peso invisible, queriendo olvidarse, sumergida en infimos y oscuros abismos, y sin rastro alguno de belleza. Prosigue tu camino, pobre esclavo! pero no mires para atrás, porque ¿quién sabe si algun demonio enemigo de tu calma, te empujará á retroceder y á lavar con toda tu sangre tus afrontas?..»

Esa inacción forzada, esa agitación inútil en un espacio insonoro que permanece mudo, como si le habitase una humanidad anónima, van destruyendo en Everardo la energía viril que antes lo sostenía. Las organizaciones mas vigorosas decaen ante la inercia que consume todos los esfuerzos, en su espantoso vacío. Vuelve sus miradas hacia otros tiempos para buscar los héroes que admiraba, aquellos hombres de la revolución, por ejemplo, cuya estatura crecía gigantesca en la tribuna de la libertad y cuyos años se contaban, no por las fés de bautismo, sino por los servicios prestados á la patria y á la causa de la humanidad y de la justicia. Pero la contemplación de estas grandes figuras de la historia no sirve de bálsamo para sus heridas. Cada una es un vivo reproche de su inacción, cada una le acusa de esa carencia de heroísmo y del abandono completo de una causa justa, y entonces dice, que «una extraña locura, desconocida, amarga mezcla de pesar y descontento, de orgullo y de fallida ambición, se apodera de él y trastorna su inteligencia; y una envidia que no tiene nombre... ¿cómo decirlo? Estoy envidioso de todos los que han hecho algo de grande...»

Un corazón que, como el de Everardo, se entaña en los sufrimientos de la humanidad, de tal modo que parece que circulan por él todas las fuentes de la vida y que jime con todos sus gemidos, solloza con todos sus sollozos y estalla con todas sus indignaciones; un corazón que recoge en sí mismo todos los latidos de la humanidad, es imposible que pueda dar lugar á otras pasiones más misteriosas, más dulces y por lo mismo más individuales. ¿Quién que haya vivido, no os ha experimentado sublimes tormentos del amor? ¿Quién no ha sentido palpitar su corazón, como una avecilla asustada, al primer beso de una mujer querida? Pero ah! esas formas del amor desaparecen, y el amor renace bajo otras formas femeninas, como el ideal del arte siempre renovado, siempre superior. Los celajes de las primeras ilusiones se disipan ó se coloran caprichosamente, nadando en golfos de luz, y cada martirio es una trasfiguración. Pero el amor á la humanidad, el amor á la patria, son absolutos; se alimentan de nosotros mismos y nos

dominan completamente. Ese amor no cambia y se eleva a medida que se eleva la inteligencia del hombre, hasta que lo introduce en la vida universal de los seres, vida de las vidas y pasión de las pasiones. Everardo dejará con rostro enjuto la morada de sus mayores, tenderá una mirada de gratitud á las viejas murallas y á los árboles seculares, testigos impasibles de tantas horas de zozobra y de ansiedad, y dirá un tierno adiós á sus hogares que guardaron la cuna de su inocente infancia y que no guardarán su sepultura.

Y ¿adónde va? Ha dicho como Ulrico de Hutten, mi querida es la libertad, y marcha en pos de sus huellas. El coronel Pisacane organiza en su destierro una expedición en favor de la Italia y Everardo toma parte en ella. Ni Pisacane ni Everardo tenían ninguna esperanza de triunfo, pero ambos querían sellar con su sangre la protesta de la libertad contra el despotismo; ambos tomaban en sus manos el estandarte ultrajado de la Italia, en cruzada heroica contra sus verdugos coronados y sus verdugos sacerdotales. «El triunfo ó la derrota, dice en su última carta, no nos importa. Lo que importa y lo que queremos es que no se establezca la prescripción en el mundo, en pró de la iniquidad. Ya te he dicho, que el único medio que nos queda para arrancar á los espíritus del marasmo, es la acción. Las palabras se han deshonrado y la elocuencia ha perdido su prestigio. Es preciso mostrar á las naciones, soldados del derecho y las heridas que brotan sangre; así todo revés puede ser una victoria. Dicese, ¿para qué sirven esos sacrificios sin éxito? Sirven para conservar los grandes recuerdos, para reencender la llama que se estingue y para salvar esa misma idea de sacrificio sin la cual nada puede hacerse... Mañana parto, Horacio; acuérdate de cómo te he querido. Suceda lo que suceda, no me compadezcas. Si no nos volvemos á ver, piensa en mí sin entristecerte, como se piensa en el guerrero que encuentra una buena muerte en la embriaguez de la lucha. Que mi memoria siempre traiga á la tuya varoniles pensamientos; así es como quiere ser sentido tu

EVERARDO. »

Pocos días después, tuvo lugar el desembarque en las costas de Sicilia. Hubo dos combates; Everardo cayó de los primeros y espiró solo en la playa solitaria.

Nosotros no le lloraremos porque para nosotros no es el éxito la medida de los grandes actos. Si condenamos las causas justas que han sido vencidas, coronamos al crimen; y nosotros creemos que el puñal de Catón es mas elocuente y que su noble pecho herido habla con mas convicción, al dictador insolente, que las tan fraseadas y áticas oraciones del orador de Túsculo. No se crea por esto que somos partidarios de esos *suicidios heroicos*, que si hacen algun daño á los déspotas, también les hacen el bien de quitarles enemigos, y enemigos temibles, del medio de su senda; pero los admiramos y no nos atrevemos á condenarlos. Nosotros creemos que el heroísmo está en la resistencia, en el perpétuo y decisivo *no* del hombre digno contra los avances del déspota, y en el perpétuo y decisivo *no* del ciudadano contra los avances de la iniquidad. La resistencia trae la acción y ésta la muerte del despotismo, que solo vive de la inercia y la corrupción. Si pusiera París toda la fuerza que malgasta en una sola noche en correr tras del vicio; si pusiera, decimos, toda esta fuerza activa en favor de las buenas ideas, en favor de la Francia que se derrumba, como la Bizancio de los enanos, el trono y la corte de Napoleón III, flotarian, como troncos podridos y sin dueño, en ese torrente invencible. Cuando un pueblo indignado, va á las *cacerías reales*, caza los ciervos imperiales en ménos tiempo y con mas pompa que en las mascaradas de Compiègne!

Los elogios que pudiera tributar al autor de las *Cartas de Everardo* serian débiles, comparados con las simpatías que el autor y su libro me inspiran. El autor se ha salvado de las redes de una sociedad funesta y ha podido flajelar á esa sociedad con toda la independencia del hombre honrado. Su libro hace pensar, instruye y levanta el pensamiento; tres cosas que no abundan en los libros de la moderna literatura francesa, si no se van á buscar al destierro, donde Quinet, Luis Blanc, Victor Hugo y tantos otros, conservan todavía en lo interior de su alma, como el Spartaco de Quinet, la conciencia de la libertad, en un mundo esclavo. Lanfrey les ha probado á todos esos filósofos y escritores, á todos esos políticos y bolsistas, embebidos en su propio vientre, que ahora son la flor y nata del Imperio, cómo se hace el juicio de una época y cómo la historia juzgará á esos tipos ante-humanos que han hecho gala del escándalo, ideal de la prostitución y templo casero de su religión, la bolsa ó el lupanar.

No dudamos que en Francia habrá muchos que sufren con Everardo, y para ellos esa obra habrá llegado como un consuelo. Tampoco dudamos del porvenir, y creemos firmemente que el porvenir dará el triunfo á las ideas democráticas, porque son las únicas que pueden saciar á la humanidad, ávida de justicia y de virtud. Sobre todas estas tinieblas remontará el sol de la luz, y la verdad derramará sus esplendores desde un cielo sin rayos de cólera y sin maldiciones de odio; cielo de pureza radiante y de amor fraternal! Cada siglo, cada año, cada día, van destruyendo anillo por anillo las cadenas de Prometeo; el buitre envejecido no acierta á roer sus entrañas, y el Dios comienza á estender libremente sus miembros augustos. Nunca la humanidad ha sentido las conmociones que siente ahora; cruza una especie de terremoto que la estremece en el nuevo y viejo mundo; las nacionalidades sacuden su letargo y despiertan en el derecho; los déspotas llevan ambas manos asustados á sus coronas, tiaras ó diademas y agarran el cetro ó el cayado, pero el terremoto continúa; y cayados y cetros, coronas, diademas y tiaras se ofrecen como holocausto en los altares de la libertad!

GUILLEMO MATTÁ.

FILOSOFÍA DE LO BELLO.

DISCURSO PRONUNCIADO EN EL ATENEO DE MADRID POR EL SEÑOR DON JUAN VALERA.

Señores: cuando noches pasadas me presenté aquí por vez primera y empecé á esponer mi teoría sobre lo bello, harto noté que mi natural cortedad y mi falta de facultad, de tersura y de elegancia en el decir, no consentían que el asunto de que trataba, tan sublime y tan agradable de suyo, os pareciese agradable y llamase poderosamente á mis palabras vuestra benévola atención que tanto codicio. Mas á pesar de este que debiera yo aprovechar como desengaño y reconocer como escarmiento de mi audacia, vengo de nuevo á molestaros y á suplicaros que me prestéis oído, si no por mí que no lo merezco, por el argumento elevadísimo de mis lecciones.

Aunque mi propósito era hablarlas y no leerlas, os ruego que me permitáis hacer una escepcion en favor de la lección de hoy y de las dos ó tres que se le seguirán inmediatamente. Dejarme sentar por escrito las bases de esta filosofía de lo bello; y después, sobre terreno firme y seguro, podré desenfada damente emplear la palabra para levantar todo el edificio, que

de otra suerte pudiera vacilar, desmoronarse y venir fácilmente á tierra.

Procuré demostrar en mi primera lección que lo absoluto, fecundando el conocimiento que por los sentidos recibimos de las cosas exteriores, es el origen de toda doctrina: esto es, que el entendimiento es la causa instrumental; lo absoluto, la causa primordial; y el universo visible, ó digase la realización del pensamiento divino, la causa ocasional de la ciencia.

Dije que lo absoluto venia al alma y la visitaba y la iluminaba para ver y comprender las cosas; pero que lo absoluto no se dejaba comprender por el alma. Esta, como encerrada en una cárcel oscura, no veía dentro de ella sino el rayo de sol que venia á esparcir sobre los objetos sus resplandores divinos; pero no veía ni alcanzaba á comprender el sol de donde esos resplandores divinos dimanaban.

La aspiración constante del alma humana á ver y descubrir ese sol, es lo que se llama filosofía, cuando á ese sol queremos llegar con el entendimiento; religión, tomada esta palabra en su sentido mas genérico, cuando queremos llegar á él con la fé; y arte, cuando por medio de la imaginación nos levantamos hacia ese objeto de nuestro insaciable anhelo y de los propios resplandores, que sobre las cosas creadas vierte la luz increada, formamos un espectro luminoso y un fantasma bellissimo que adoramos como representación, manifestación y forma mas diáfana y pura de la idea eterna en sí misma inenarrable, irrepresentable é incomprendible.

Los sabios de la antigüedad siguieron una doctrina muy parecida á la que acabamos de esponer, y por eso, sin duda, Pitágoras y Platon definieron la filosofía—Un apetito de sabiduría divina,—ó mas atrevidamente—Un asemejarse á Dios en cuanto al hombre le es posible.

Por desgracia esta posibilidad es muy corta y mezquina por medio del entendimiento. No negaré con todo, ni me incumbe dilucidar aquí el punto oscuro de que esta posibilidad sea bastante á constituir por sí sola, en la ascension pausada de la razon colectiva del linaje humano, lo que se llama progreso. Quiero creer y suponer que lo sea; pero creo asimismo que la fé y la imaginación pueden inmediatamente, y sustrayéndose á esa ley del lento y constante desarrollo de la razon, ir en busca de lo absoluto, remontándose muy por cima del entendimiento mismo. Así es que en la religion y en el arte, considerando solo las facultades que los crean, no cabe progreso: mas le hay ó puede haberle, si se considera que el entendimiento enriquece y corrobora á la fé y á la imaginación con sus conquistas.

Estoy, por consiguiente, muy lejos de imaginar, como imaginan algunos, una especie de antagonismo entre la filosofía y la religion, entre la ciencia y el arte. Algunos imaginan que la ciencia está en razon inversa de la poesía, y que mientras mas se descubre, menos campo le queda á la imaginación por donde estenderse y volar y dar ser á sus creaciones. Entienden que la poesía, como la religion, es hija del misterio, y suponen que desvanecido el misterio y hallada la razon de las cosas, la poesía se disipa y el arte muere.

No tienen en cuenta estos la distancia portentosa que hay aun que salvar para que el entendimiento, dado que sea posible que alguna vez llegue hasta su término y objeto, se apodere completamente de la idea. Mientras el entendimiento esté, como está aun, tan lejos de ella, solo la fé y la imaginación podrán llenar, la una con sus símbolos, la otra con sus ficciones, el espacio infinito que media entre ambos. Por esto yo, en vez de proclamar la muerte del arte, le aseguro larga, dichosa é importante vida. Por esto creo que el arte no es un mero entretenimiento, sino una ocupación muy seria, una ocupación que tiene algo del sacerdocio y aun de la profecía cuando se ejerce dignamente. El alma, en su aspiración hacia el bien en toda su pureza, hacia la hermosura sin mancha y hacia la verdad sin nubes que velen sus fulgores, há menester de la religion que la aliente iluminando el vacío que la separa de ellos, y há menester del arte para que pueble ese vacío con sus fantásticas creaciones.

Acontece á menudo que instintivamente y como por un impulso divino, que mucho tiene de revelación, presidente de un modo vago el alma de la humanidad una verdad nueva; y antes de que el sabio se apodere de esta verdad y la formule en su lengua científica y rigorosa, el poeta ó el artista, cuya alma está mas en contacto con la del pueblo, se apodera de ese presentimiento vago y le dá vida y un ser mas determinado y una forma duradera, con la cual no se pierde en el punto de nacer, sino que persiste y sirve de guía y de esplendente faro á la ciencia. Aun podemos decir con Horacio, *dicta per carmina sortes*, si no queremos negar al linaje humano la espontaneidad y la iniciativa. Los dioses, según refieren los antiguos poetas, asistian, en los tiempos primitivos, á las bodas de los héroes. En estas bodas,

Carmina divino cecinerunt omine parca:

pero los dioses no han abandonado aun la humanidad, los dioses asisten á su fecundo, y tal vez cada dia mas estrecho consorcio con el espíritu eterno; y no son ya las parcas, sino las musas jóvenes é inmortales las que desenvuelven el hilo sin solución de continuidad de la vida de los esposos, y vaticinan en sus cantares la gloria futura y las hazañas por siempre memorables de lo que ha de nacer de ese consorcio místico y perpétuo.

Siendo, pues, el arte tan alto empleo de la vida humana, es natural y necesario que sobre él se filosofe: pero el arte tiene por objeto, ó mejor diré, tiene por causa principal lo bello, ya meramente inteligible, ya realizado en la naturaleza. El alma, sin lo bello inteligible, que viene á ella inmediatamente, no comprendería lo bello sensible, que viene á ella por los sentidos, ni se movería á imitarle, esto es, á revestir su idea de un elemento fantástico y de una forma, por medio de la cual puede su idea, objetivándose, desprenderse del alma para ponerse en relacion con las almas de los demás hombres y ganar vida inmortal é independiente del alma que la creó, encerrándose de un modo misterioso en un escrito, en un mármol ó en un lienzo.

En lo bello, por lo tanto, pueden considerarse tres momentos de ser: uno meramente inteligible, y entonces es objetivo, porque está en lo absoluto y no en nosotros; otro entendido ó comprendido, y entonces puede juzgarse subjetivo: otro, por último, realizado en la naturaleza ó en el arte, ó digase objetivado en el universo visible: pero en los tres momentos, ó aunque admitamos aquel en que percibimos lo bello y nos parece como que forma parte de nuestra alma, siempre, si interrogamos detenidamente nuestra conciencia, nuestra conciencia nos dice que lo bello es independiente de nuestro ser, y que si no es otro ser, sino un modo, este modo emana de otro ser mas alto que el hombre: por esto, en la lección pasada, definí lo bello, *el resplandor del ser*. Todas las bellezas del mundo y la belleza del alma humana, sin la cual no comprenderíamos las del mundo, están en él y en el alma humana, por participación ó como reflejo de la belleza divina.

Negué en la lección pasada los tipos inteligibles de Goethe, que no son mas que las ideas ejemplares de Platon ó algo parecido á la vision en Dios de Malebranche, porque no creo

que pueda haber existencia distinta en las ideas de las cosas materiales, desprovistas de forma, y porque, si bien entiendo que Dios abarca todas las cosas en una sola idea, entiendo que nosotros no podemos ver distintamente, ni esa idea, ni en esa idea todas las cosas. Nosotros en la idea no vemos sino la luz. Para ver los colores y las formas y la hermosura que esta luz pone en las cosas, es menester tender la mirada sobre las cosas mismas. Y si de algun modo se puede decir que vemos en Dios todas las cosas, no es porque veamos en Dios sus ejemplares ó arquetipos, sino porque las cosas todas están en Dios y Dios en ellas por alto y misterioso estilo.

El hombre, cuando crea una obra de arte, se desprende de ella, y aunque guarde en sí la idea ejemplar de la obra, se separa de la obra misma. Media ademas notable diferencia entre la obra del arte del hombre y su ideal artístico; porque la materia en que el artista trata de informar su idea, no depende completamente del artista, ni se presta á sus intenciones: pero no así las obras de Dios, las cuales se identifican por completo con su idea ejemplar, siendo unas mismas con ella, y las cuales, si bien tienen una realidad propia, no dejan con todo de tener á Dios en sí, ni dejan de estar en Dios, de quien toman de continuo la razon de su existencia, viniendo á ser la creacion de Dios un acto permanente, como la del artista es un acto momentáneo.

En lo que si hay identidad entre la obra del Supremo artífice y las de los artífices mortales, es en que tienen que revestirse de una forma sensible para ser percibidas por los hombres. Dios tiene en su idea las ideas todas de las cosas; mas para el hombre no se determinan y distinguen estas ideas hasta que se realizan en las cosas, que tambien están en Dios. El hombre tiene asimismo en su pensamiento las ideas todas que ha adquirido: mas estas ideas permanecen allí y no se trasmiten hasta que no se encarnan en un signo ó en una forma material que pueda oírse ó verse. La idea formulada por un artista se desprende de él y adquiere vida propia. La idea formulada por Dios, hemos dicho ya que permanece en Dios. En él está la idea absoluta, y la idea absoluta contiene en sí el universo; mientras que el hombre ó la humanidad entera no puede apoderarse mas que de la idea general, de la idea lógica que ha llegado á la generalidad por esclusión, y que nada, por consiguiente, contiene en su seno. Así se concibe hasta donde es posible en un misterio tan alto, como es creador el entendimiento divino, de cuya idea dimanar todas las cosas y en cuya idea permanecen: mientras que el entendimiento humano solo crea de un modo imperfectísimo y valiéndose de la imaginación. Esta vuelve á revestir á la pobre idea general de todas las calidades, condiciones, ser y vida propia de que el entendimiento, al generalizarla, la habia despojado.

Definida ya la belleza y declarada objetiva, y despues de haber afirmado que la meramente inteligible viene á nosotros de Dios y nos sirve de canon, de pauta y de norma para medir y apreciar la belleza sensible, paso á decir cómo entiendo yo que esta belleza sensible entra y se pinta y se figura en el fondo de nuestra alma, creando en ella un mundo de ideas que despues realiza el artista ó el vate.

Señores: si he entrado en la alta metafísica es porque no puedo prescindir de entrar en ella. Como aficionado á la poesía y á la crítica he querido hallar una razon filosófica de mi crítica y de mi poesía y he llegado á la estética, que ahora pretendo explicar: mas para apoyar y sostener esta estética es menester una filosofía fundamental ó por lo menos algunos principios dimanados de esa filosofía.

A nadie, sin embargo, le puede ser mas difícil que á mí el sentar esos principios de filosofía fundamental. Yo soy racionalista, si por racionalista se entiende el que desecha toda autoridad que no sea la de su razon para todo lo que no se demuestre que es de revelacion divina: y sin embargo, á pesar de mi racionalismo, no me satisface ni convence ninguno de los sistemas filosóficos inventados desde Descartes hasta ahora, como consecuencia del sistema de Descartes. El método subjetivo me parece estéril ó inclinado fatalmente al error. Reconozco, con todo, que el punto de partida del pensador tiene que ser el pensamiento mismo, la reflexion, el sujeto: pero, pasada la primera reflexion, debe el pensamiento salir de sí mismo para contemplar el objeto inmutable y necesario en quien está el ser y la causa y la razon y la ciencia.

Yo no puedo aceptar ni las ideas innatas de Descartes ni las nociones necesarias y la virtud representativa de las modernas de Leibnitz: pero admito las formas del entendimiento, las categorías de Kant, y admito, como condicion ó elemento subjetivo de las percepciones y de los juicios, la conciencia del yo en el tiempo y el espacio. Mas aun así, apenas hago el primer juicio, ya diciendo: yo pienso, luego existo; que se puede reducir á soy, luego soy, ó á soy igual á soy ó á yo igual á yo; ó apenas digo con Fichte, A = A; cuando veo interiormente que este signo de igualdad está puesto en mi entendimiento, no por el entendimiento mismo, sino por algo que está fuera del entendimiento y que es Dios, que es lo absoluto. Para mí esto no es una demostracion, ni lo es para nadie; pero es mas que una demostracion, es una evidencia imperativa.

Kant podrá destruir en la *Crítica de la razon pura* todas las pruebas de la existencia de Dios; pero jamás me quitará esta evidencia. Creo, pues, que en posesion de esta evidencia, no puedo para filosofar encerrarme en el yo, sino salir inmediatamente fuera de él y hasta ver en cierto modo fuera de él las leyes mismas del entendimiento. Yo no puedo menos de reconocerme contingente y efímero. Si existo ó pienso ahora, hace poco ni pensaba ni existía; dentro de un minuto puedo dejar de existir y de pensar: pero la ley que me hace afirmar que A = A ó que yo soy porque soy, quedará existiendo y no podrá destruirse aunque yo me destruya: luego no la pone el yo, sino que Dios la pone.

No hay, pues, en el yo sino sus facultades y entre ellas el entendimiento con sus formas y la conciencia de nuestro ser limitado y de un ser infinito que está fuera de nosotros.

La idea de lo infinito no es innata; pero es sincrónica á la aparicion de la conciencia. Yo no puedo concebir nada sin concebir implícitamente lo infinito. Lo infinito es una calidad y no puede darse sin un sugeto: luego Dios es el ser, el sugeto en que esa calidad reside.

De la idea que tenemos de Dios nacen los primeros principios, y combinados estos con la noticia que los sentidos nos dan del Universo visible, producen la ciencia; esto es, el conocimiento de las cosas, las cuales vienen á nosotros en ideas y forman en el alma como un Universo invisible á semejanza del exterior Universo; porque como dice un sabio español, poeta eminentísimo: «la perfeccion de todas las cosas y señaladamente de aquellas que son capaces de entendimiento y razon, consiste en que cada una de ellas tenga en sí á todas las otras, y en que siendo una, sea todo y cuanto le fuere posible: porque en esto se avecina á Dios que en sí lo contiene todo. Y cuanto mas en esto creciere, tanto se allegará mas á sí haciéndosele semejante. La cual semejanza es, si conviene decirlo así, el pio general y el fin y como el blanco adonde venían sus deseos todas las criaturas. Consiste, pues, la per-

feccion de las cosas en que cada uno de nosotros sea un mundo perfecto, para que por esta manera, estando todos en mí y yo en todos los otros, y teniendo yo el ser de todos ellos, y todos y cada uno de ellos teniendo el ser mio, se abraza y eslabone toda aquesta máquina del Universo y se reduzca á unidad la muchedumbre de sus diferencias, y quedando no mezcladas, se mezclen, y permaneciendo muchas, no lo sean; y para que estendiéndose y como desplegándose delante de los ojos la variedad y diversidad, venza y reine y ponga su silla la unidad sobre todo.» Mas para que este deseo se logre, no basta el entendimiento que clasifique, distinga, comprenda y aune, sino que asimismo se ha menester la imaginacion que cree, allá en lo interior de nuestro ser, ese Universo ideal, y se ha menester, por último, el deseo de crearle, que mueve y estimula á la imaginacion al trabajo.

Tenemos, pues, no solo como condicion del arte, sino tambien de la misma ciencia, á la imaginacion y al amor.

Pero ¿qué podré yo decir del amor que ya no lo hayan dicho, por admirable manera, Platon, Leon Hebreo y Fonseca, platónicos españoles, y tantos otros que han empleado su ingenio y su vida en decir las merecidas alabanzas del amor y en enumerar y describir sus excelencias y maravillas? Solo diré que el amor, á mi modo de ver, es educable y perfeptible, así en el individuo, como en el género humano. Calderon dice por boca de una dama,

A ciencias de voluntad
Les hace el estudio agravio,
Pues amor para ser sabio
No va á la universidad:

mas yo creo, aunque me pese contradecir al poeta, que el amor se perfecciona. El amor grosero de los tiempos de la Iliada, no es el amor de nuestro siglo: ni el primer amor del muchacho es tan noble como el amor del hombre ya formado. El alma se purifica con el tiempo y se hace digna de recibir al verdadero amor. Por eso amamos á la muger en la mocedad; pero mas tarde el amor, lejos de extinguirse, se ennoblece y se magnifica; no se reposa en un objeto caduco sino que se estiende sobre muchos objetos. El amor se ordena, en suma, á la patria, á la humanidad, á la ciencia, á la hermosura inteligible, y á Dios, manantial purísimo del mismo amor, de la ciencia y de la hermosura.

Esta es una razon mas, no solo para creer en la inmortalidad del arte, sino en su mejoramiento y adelanto. El amor es objeto y estímulo del arte y el amor se perfecciona. Si hemos de creer en el progreso moral de la especie humana, debemos creer tambien en que cada vez habrá mas almas dignas de ser visitadas por el verdadero amor y por consiguiente mas almas de artistas. Porque recordando aqui la sublime fábula del fabulista Frigio, haré notar que Júpiter envia al amor á los hombres para redimirlos y hacerlos felices y darles lo que Esopo llama una locura divina: mas el amor se desdenea de herir las almas vulgares, que deja al cuidado de los amores terrenos, hijos de las ninfas, y hierre solo, él, hijo de la Venus-Urania, las almas levantadas y celestiales, despertando en ellas una virtud creadora de innumerables bienes y de sobrenaturales prodigios.

Sin duda, despues de leer esta hermosa fábula del amor, imaginó Aristóteles aquella divina sentencia de que el amante es mas dichoso, mas noble y mas perfecto que el amado; porque, consistiendo el ser del alma en la energía, y siendo principio de la energía el amor, mas gozará y mas completará su existencia el que ame que el que sea amado.

El amor que vamos describiendo, no debe poner la mira en el deleite ó en el agrado de la cosa amada, sino en su misma hermosura. El amor interesado, el amor que busca su fin y su satisfaccion en algo que no sea la hermosura misma, no es amor artístico. Ni el amor nobilísimo de la gloria que le hace decir á Zorrilla:

Que me importa morir como un mendigo
Para vivir cual Pindaro ó Homero,

puede considerarse como verdadero amor de poeta ó de artista. Este debe amar la belleza porque es bella sin atender á la utilidad ó al deleite que pueda darle el objeto donde la belleza reside. De otra suerte lo bello se confundiría con lo agradable ó deleitoso; perdería su carácter de objetivo y de absoluto y se transformaría en una calidad subjetiva que no hallarían todos en los mismos objetos. Se podría entonces aceptar y generalizar como sentencia sería el chiste de Voltaire de que para un sapo, nada hay mas bello que su *sapa*, ó lo de Ciceron, cuando dice que si bien los lunares son manchas ó imperfecciones de la piel, el poeta Alceo nada habia hallado tan hermoso como un lunar que tenia en el dedo meñique cierto jovencito.

Se deduce claramente de lo espuesto hasta aqui, que el amor artístico ha de ser desinteresado y espiritual: ha de decir del objeto amado, con Santa Teresa, con San Francisco Xavier ó con cualquiera que sea el autor del famoso soneto á Cristo:

No me tienes que dar porque te quiera;
Porque, si lo que espero no esperara,
Lo mismo que te quiero te quisiera.

Pero se ha de preaver el artista de caer en un exceso de misticismo á fuerza de espiritualizar el amor. Este misticismo sería tan perjudicial al arte como el materialismo mas grosero. Enamorada el alma de la belleza inteligible y pura y temiendo profanarla al revestirla de una forma, acabaría con el arte y muy singularmente con el arte que imita la forma humana, bajo la cual figuran siempre los artistas á los personajes divinos. Así sucedió en la edad media. En aquel período, la pintura y la escultura fueron por lo general monstruosas y horribles cuando trataron de representar la forma humana. No niego yo que en algunas pinturas anteriores á Giotto y á Cimabue en Occidente, y en algunos cuadros devotos bizantinos haya cierta expresion ideal: pero la forma de los Cristos y de las Madonnas no tiene nada de hermoso. El misticismo y el ascetismo han acabado con la belleza del cuerpo, y los de aquellas imágenes parecen de momias y de desenterrados. Hay sobre ellos, y en particular sobre el de los Cristos, una profusion de llagas, cardenales, manchas de sangre, heridas y huellas de los azotes, de los clavos y de las espinas, que verdaderamente causa horror.

Resabios de este antiguo defecto se notan aun en nuestras artes de los siglos XVI y XVII. Yo he visto un Cristo muerto de Morales, llamado el Divino, el cual cuadro, si no fuera por devocion, que la inspira muy grande, le llevaria á uno á volver la cara y á taparse las narices, creyendo oler la podredumbre de la carne y ver correr por ella los gusanos. Posee esta imagen de nuestro Redentor, muerto en los brazos de su madre, una gran princesa, la muger mas hermosa, mas elegante y mas amiga y condecorada de la hermosura, que ha habido en Europa en nuestros dias. En la misma sala en que está el Cristo hay una admirable copia del Amor y Psiquis que se besan y abrazan; cuadros de la escuela italiana que, aun siendo de asunto devoto, por una perversion contraria y mas criticable aun del artista, están exhalando sensualidad; allí está además la Magdalena penitente de Canóva, que apenas se ha

despojado aun de sus galas y que si bien hace ya penitencia, todavia no mueve á que la hagan los que la miran. Allí está el retrato mismo de la señora del Palacio, obra bellísima de Teneranni, retrato no vestida tan á la ligera como el de Paulina Bonaparte que se vé en Roma en la villa Borghese y que representa á *Venere vincitrice* con la manzana de la hermosura en la mano; pero retrato bastante á la ligera para que se revelen en él las formas blandas y amorosas de su original. Hay allí, por último, lánguidas y voluptuosas pastoras de Watteau y niñas inocentes y arrobadas de Greuze; y justamente, en medio de todo este deleitoso acopio de objetos profanos, ha ido á colocar la Princesa al lastimero, sangriento y macerado Cristo muerto del divino Morales. Por fortuna está velado con una seda y solo se descubre á algunos curiosos ó cuando la Princesa tiene desengaños, que ni á las princesas faltan, y quiere meditar un rato sobre la vanidad de la vida.

En resolucion, señores: aunque el amor, como elemento subjetivo del arte, debe ser desinteresado y algo espiritual, todavia ha de conservar cuerpo y consistencia, guardando un justo medio y no evaporándose en el misticismo. Ciertos místicos aborrecen el arte, y si de alguno se sirven y si alguno cultivan es el de la poesia lírica, cuando descienden, por decirlo así, á adornar de ritmo y de artificio de lenguaje sus oraciones jaculatorias.

Porque, señores, en el deseo de revestir la belleza pura de una forma sensible hay ya algo de materialismo, lo cual, si dá ser al artista, al místico le repugna y ofende. El místico no solo vuela á Dios con la fé, sino que le llama á sí, y Dios visita su alma y se une estrechamente con ella. El artista, por el contrario, reviste lo que el conoce de Dios,

L'amorosa idea
Che gran parte d'Olimpo in se racchiude, de una forma material que la hace perceptible á los profanos y á sí mismo, que suele ser profano tambien.

No quiero yo sostener que los místicos todos aborrezcan la hermosura del arte y de la naturaleza, sino que en cuanto á místicos suelen aborrecerla, aunque tal vez como hombres y como artistas la amen. Esto ha dado ocasion para que muchos pensadores alemanes y señaladamente los neo-hegelianos mas avanzados hayan sostenido que el cristianismo inclina el ánimo á ese aborrecimiento. No recordaron que el apóstol le reprochó cuando dijo, *caro concupiscit adversus spiritum et spiritus adversus carnem*, y no recordándolo, supusieron que en odio al naturalismo de los griegos, en odio á aquel panteísmo animado y gracioso, que diviniza la naturaleza y esparce y divide esta idea, á la vez natural y divina, en fuerzas y virtudes personificadas en los dioses, el cristianismo endió la naturaleza, marchita y contaminada por el pecado, y de los dioses del Olimpo y de las ninfas del mar, de los bosques y de las fuentes hizo otros tantos diablos tentadores, y aunque tentadores, feos.

Heine refiere, en apoyo de esta aversion, una historia tomada, sin duda, de una antigua crónica del Concilio de Constantza. Dice que algunos padres del concilio iban un dia paseando por las orillas del lago y discurren sobre cuestiones teológicas, cuando á deshora oyeron cantar entre las ramas de un árbol á un precioso pajarillo, cuya voz melodiosa los distrajo de sus profundas meditaciones. El primer pensamiento que tuvieron los padres fué el de dar gracias á Dios que tan lindo músico habia criado; pero el mas sabio, el mas esperimentado y el mas virtuoso de los padres, movido como por un aviso del cielo, se puso á exorcisar al pajarillo. Entonces este ahuecó y enroqueció la voz y dijo en palabras inteligibles, tal vez en latin, que él era el mismísimo diablo que habia venido á distraerlos y á llevar su atencion de las cosas espirituales y divinas, á las sensuales y terrenas.

¿Quién no conoce además la leyenda de Goethe, titulada *La novia de Corinto*, traducida al castellano por Heredia, y escrita en el mismo espíritu de odio al cristianismo, tachándole de enemigo de los sentimientos naturales? ¿Quién no conoce aquella otra leyenda del ya mencionado impio poeta Heine? Pinta este el luminoso, sereno y espléndido banquete de los dioses que se regalan con néctar y ambrosia, que se deleitan con los cantos de Apolo, que oyen la armonia rápida de las acordes esferas, cuando se les aparece de pronto un judío, lleno de sangre, triste en el fondo del corazon y con los dedos del caliz de la amargura en los labios; pone la cruz de su suplicio sobre la riquísima mesa del banquete, obra portentosa de Vulcano, y acaba con toda aquella alegría, deleite y embriaguez de los sentidos.

Pero, señores, es menester que confesemos que estos críticos del cristianismo con respecto al arte son exagerados y parciales y se prevalecen de las exageraciones de algunos místicos para fundar sobre ella su critica. El cristianismo depura y espiritualiza el amor, mas no hasta el estremo de hacernos despreciar ó aborrecer por amor todas las cosas materiales. ¿Quién amaba mas á la naturaleza y al arte que el maravilloso Francisco de Asis, patriarca así de santos como de artistas y de poetas, cuyas glorias nos ha hecho patentes, en estos últimos años el inspirado Ozanam, uno de los mas doctos y mas amables apologistas modernos del cristianismo? Todo el arte cristiano, desde Dante y desde aquel

Dolce di caliope labbro,
Ch'amore, nudo in Grecia, nudo in Roma,
D'un velo candidissimo adornando,
Rendea nell grembo a Venere celeste;

todo el arte cristiano, desde entonces hasta ahora, protesta contra esa censura. Los mismos místicos ortodoxos, como el citado San Francisco de Asis, y los heterodoxos como Boehme y Swedenborg, han amado y aman la naturaleza y el arte.

El amor místico no es, por consiguiente, contrario al amor artístico, sino un grado mas en la escala de perfeccion del amor. El único modo de que el arte acabase seria, sin duda, que todos creyésemos en el misticismo; mas no porque el misticismo sea contrario al arte, sino porque es su complemento y el término infinito de su progreso y desarrollo. El arte es una preparacion, un medio, una *propedeutica* del misticismo.

Así como tenemos sed y hambre y las satisfacemos y aquietamos con bebida y manjares y nuestro cuerpo se harta, así en los ojos tenemos sed y hambre de la hermosura visible y en los oídos hambre y sed de armonías; pero esta necesidad, esta mengua de nuestro ser se satisface con lo material del arte, y una vez satisfecha la necesidad, muere y se estingue en nosotros el amor ó el deseo que es mortal y limitado, como de esa necesidad y de esa mengua nacido. No así el amor de la belleza inteligible que no muere nunca. La sed del alma por alcanzarla se satisface, mas no se apaga uniéndose con ella; antes se inflama y persevera mas el alma en el amor, mientras mas estrechamente enlazada está con su divino objeto. Esta es una de las excelencias por donde se adelanta la religion al arte.

Es otra, que en el arte no vemos nunca simultáneamente toda la belleza, sino por partes, siendo difícil que con la memoria y con la imaginacion podamos reproducir el total de la obra artística en nuestro interior, de un modo tan gallardo como la hemos comprendido por partes en cada una de las

impresiones sucesivas. Así, por ejemplo, cuando contemplamos la hermosura y magestad de la cabeza del Apolo no vemos ya la robustez, anchura, y brio del pecho y de la espalda, ni la elegancia de las manos; y cuando leemos el segundo canto de la Eneida, ya se nos ha borrado de la mente la viva impresión que las bellezas del primer canto nos produjeron. Pero el objeto divino irrumpe, penetra y se apodera del alma del místico con ímpetu amoroso, y entra en ella por completo y con dulce violencia, si es lícito decirlo así; de suerte que el alma vé la belleza toda simultáneamente, aunque por ser tan pura ni puede describirla ni representarla: mas allá interiormente, sin representación ni forma la vé en toda su pureza y con todos sus resplandores y se abraza con ella y la goza.

Llegados los hombres á este estremo de perfección angélica, las artes no tendrían razón de ser y acabarían: pero no siendo probable que los hombres todos lleguen un día á la bienaventuranza en la tierra, se puede conjeturar y aun afirmar, como ya hemos dicho al principio de esta lección, que las artes han de ser inmortales, haciendo ellas el consuelo y la gloria de lo mas selecto de la raza humana y supliendo con la imaginación lo que no se logre con la fé y con el milagro.

Dejo declarado, señores, cuál ha de ser y cómo ha de ser la primera calidad del artista; el amor. En la lección siguiente trataré de otras de sus calidades esenciales, como la imaginación y el talento.

J. VALERA.

LA CAMPANA DE LA ALMUDAINA,

DRAMA ORIGINAL EN TRES ACTOS Y EN VERSO DE DON JUAN PALOU Y COLL.

I.

Isla dorada llaman á Mallorca sus naturales, y bien pudiéran llamarla *Isla de oro*. Una sonrisa de Dios la hizo brotar llena de hermosura en medio de las aguas del Mediterráneo. La cobija con amor un cielo de azul claro, laorean aires puros y deleitables y sus entrañas dadasos pagan con usura la santidad del hombre. En las cumbres de sus montañas altísimas crecen el romero, el boj, el tomillo, el lentisco, el brezo, el enebro y la alhucema, cual si quisiesen aromatizar de cerea el trono del Señor: más abajo se asientan y fortalecen espesos bosques de pinos y encinas; en las laderas los olivares hacen ostentación de su fruto bendecido, y en las faldas mil viñas, huertas y jardines lujosamente despliegan su pomposa ufania. El marinero percibe desde lejos el olor suavísimo de los limoneros y naranjales que piadosos le traen las auras del mar. Corren por todas partes las aguas, ora sueltas y libres entre olmos y álamos blancos, ora aprisionadas en multitud de acequias toscas vestidas de yedra y musgo. El caserío de pueblos y aldeas, tan pronto se encarama desparramándose por los riscos y pendientes, cual bandada de palomas que hacen alto, como se ajunta y recoge en hondos valles á manera de ovejas que se apiñan á los gritos del pastor. El frecuente contraste que forman las magnificencias del cultivo con los horrores mas sublimes de la naturaleza salvaje, dá á los paisajes de la isla un carácter maravilloso de originalidad. — ¿Qué mucho que trinen ruseñores en un vergel tan floreciente y deleitoso? ¿Qué mucho que en tan poético pais haya poetas de valia?

Rigurosa justicia es, y nada mas, dar entre ellos el asiento de preferencia á uno de los restauradores mas beneméritos del habla lemosina, Mariano Aguiló, que ha versificado siempre en este antiguo y glorioso idioma, en menoscabo de la extendida celebridad que merece, pero con singular provecho de sus propias concepciones. Digno rival, á veces, de Tomás Moore, deslumbra con la espléndida de su fantasía exuberante, otras parece inspirado por la musa de Schiller; tal es la profunda intención de su lirismo y la magistral sobriedad que en sus baladas históricas y tradicionales resplandece. Quien haya leído *Esperanza*, *Una visita á los muertos*, *El entendimiento y el amor*, *A un ciprés*, *A Dios*, *D. Alfonso de Castelnegro* y las poquitas composiciones poéticas que ha dado á luz aquel escritor, no encontrará ciertamente sobrado nuestro elogio. — José María Quadrado, que goza de indisputable nombradía en España como apologeta católico, historiador y publicista, es entrañablemente patético, en *El último Rey de Mallorca*, ideal y levantado en *Aspiración*, y revela gran fuerza dramática en *Armadas y Españoles*. Los verdaderos amantes de las letras patrias deploran que ingenio de tanto valer no cultive la poesía con ahínco y constancia. — Tomás Aguiló, afeccionado tempranamente en la dura escuela del desengaño, toma por inspiración su quejumbroso aburrimiento y traduce en estrofas la flojedad y cansancio de su alma. Unas veces se entusiasma con las purísimas ilusiones de un amor petrarquista, otras imita con notable acierto, y no pocas se encumbra á muy altas esferas, circunstancia inconcebible en quien tiene á Renjifo por maestro. Paciente joyero del ritmo, infatigable buscon de consonantes *difíciles* y mas disertador que poeta, ha sabido llorar con todas las reglas del arte y enardecerse sin soltar nunca las andaderas gramaticales. Debemos añadir, sin embargo, á fuer de justos, que algunas de sus *Rimas varias* y sus *Baladas mallorquinas* son joyas de subido quilate y felicísimas excepciones de la soñolienta monotonía que por lo general distingue sus composiciones. — Miguel Victoriano Amer no ha necesitado mas que rimar los latidos de su corazón para encontrar en los agenos dulce y tierna consonancia. Con dos alas de oro se eleva su musa á las regiones de luz; con la caridad y la esperanza. Sencillo, apacible, resignado, sus versos son, por decirlo así, la respiración tranquila de su alma. ¡Feliz quien la tiene tan hermosa con Miguel Victoriano! ¡Feliz quien, como él, no sabe cantar sin mirar el cielo, ni mirar el cielo sin cantar! — Las poesías de Gerónimo Roselló se caracterizan por lo delicadas y primorosas. En sus *Hojas y flores* hay sonetos de admirable textura, romances lindísimos, odas de robusta entonación y elegías llenas de sentimiento. — Victoria Peña y Joaquín Fiol debieran dedicarse con empeño á la poesía. Dotada de una de bastante imaginación y de exquisita sensibilidad el otro, la modestia excesiva de sus pretensiones literarias les impide utilizar debidamente dotes de tan alto precio.

No hace mucho tiempo que el menos conocido de los poetas baleáricos era D. JUAN PALOU. Los *celadores* de la literatura mallorquina no se habían dignado estenderle pasaporte para el Parnaso. Su nombre era el de un simple mortal para aquellos semidioses. Ahora todos le conceden un puesto de honor en su olimpo. Ahora el deslumbrante resplandor de su gloria eclipsa las demas. Las nieblas del desden y de la duda se han disipado. El drama de PALOU se pasea triunfalmente por todos los teatros de España, con la tranquila seguridad del que ha hecho prisionera á la victoria. ¿Por qué *La Campana de la Almudaina* ha obtenido un éxito tan asombroso y universal?

Aparte de las dotes extraordinarias que lo avaloran, debe

á circunstancias especialísimas la unanimidad, sin ejemplo, con que ha sido aplaudida. Para señalarlas no se necesita ser un fenómeno de sagacidad; basta conocer superficialmente los vicios radicales de que adolece la escuela dramática de mas reciente voga en el teatro español; y las necesidades estéticas que el público sentía cuando se puso en escena *La Campana de la Almudaina*.

El drama romántico se inauguró en España con una obra memorable que, siendo producto del espíritu mas irresistible de imitación que en la literatura europea modernamente se ha enseñoreado, conserva un sello profundo de nacionalidad. Concepción tan original y grandiosa ha tenido una prole bastarda, en mengua de la escena española, nodriza de las demas en épocas de gloriosa recordación. Los mancomunados esfuerzos de la cultura social y del buen gusto lograron arrojar al crimen del teatro que cedió completamente el puesto al vicio cuya indulgente condición y dorado libertinage le rodean siempre de simpatías. Mas tarde, temeroso el drama de que su negra reputación le malquistase para siempre con la gente sesuda, determinó formalmente moralizar su conducta hasta entonces escandalosa, llevando á todo trance en la boca *virtud* y buena doctrina. Por fin, dando un paso mas, ha lavado sus iniquidades con una confesión general en regla, ha entrado seriamente en negociaciones con Dios, y de sirena pecaminosa, se ha convertido en *misionero apostólico*.

Desde entonces su *devoción* edifica, y su fervor religioso le hace acreedor, en concepto de muchos, á la borla de doctor *seráfico*. ¡Oh milagros de la gracia! Algunos ascetas de Quevedos y guante blanco, aspirando sin duda á los honores póstumos de la beatificación, ocupan nuestro teatro y no está lejano el día en que veremos poner en escena *Los diez mandamientos de la ley de Dios* y *Los cinco de la Iglesia*, *Los soliloquios de San Agustín* y *El Flos Sanctorum* por añadida. ¿Y quién sabe si tendremos la fortuna de ver á la entrada de los teatros españoles una pila de agua bendita y de ganar asistiendo á ellos, indulgencia plenaria?

Lejos, muy lejos estamos de ridiculizar la reacción saludable que ha sido la causa primordial de nuestro *drama religioso*; lo que conceptuamos absurdo, es la forma que actualmente se dá á un impulso tan bello y regenerador. Cualidad esencial de las composiciones teatrales es la *acción*, no la *oratoria*. La moral debe brotar espontáneamente de la acción dramática, ó mejor, flotar en ella como una celeste aureola. En las producciones á que aludimos acontece lo contrario. Su acción es nula ó desaparece en un océano de disertaciones en verso asonantado, campanudas, huecas, interminables; y su *moraleja* ó *quod erat probandum*, cuando no de falsa, peca de enojosamente trivial y se prepara, se anuncia, se discute, se motiva con impertinentísima minuciosidad. Por otra parte, ¿cuántas máximas heterodoxas, cuántos desvarios, cuántas blasfemias pueden escaparse á escritores de sospechosa piedad, cuya fé es puramente *question d'argent*, cuya *bandera religiosa* es una *bandera mercantil*!

Cansado el público español de no oír en el teatro mas que sermones en romance destartado, discreto lírico, diálogos sempiternos y sentenciosas majaderías; mal hallado tambien desde mucho tiempo con las fechorías del melodrama que solo acertaba á producirle ataques nerviosos; y sediento de verdaderas emociones, no pudo menos de acoger con frenético entusiasmo la obra de PALOU que tan cumplidamente llenaba sus deseos. Aconteciale á este público, el mas desorientado y acomodaticio de Europa, lo que á un catador que detesta tanto los licores azucarados y flojos que su mala estrella le depara, como las bebidas alcohólicas que solo convienen á groseros y estragados paladares. El drama de PALOU ha sido para él un vino generoso de exquisito sabor y fortaleza, igualmente distinto de los licorillos ruines que despachan los flamantes *evangelizadores* del teatro, como de las repugnantes pociones melodramáticas.

Indicada esta circunstancia extrínseca que tan poderosamente ha contribuido al éxito extraordinario de *La Campana de la Almudaina*, examinemos ahora sus cualidades intrínsecas hasta donde alcance nuestro juicio inesperto y bisoño.

PALOU, con no menos atrevimiento que fortuna, ha fundido en la producción que nos ocupa, la historia, en el crisol de su poderosa fantasía, trasformandola á su antojo. Si tal ejemplo se generalizase, no solo quedaría bruscamente anulado el *drama histórico* y rota la cadena de sus legítimas tradiciones, sino que popularizariase ideas falsas de las edades que fueron, acrecentándose mas y mas la desapoderada anarquía que reina en la actual escena española. Sin hablar de aquellos sublimes Ezequieles del arte, Shakespeare, Goethe, Schiller y otros genios inmortales, cuyas creaciones son mas verdaderas que la historia misma; Corneille, Racine y Voltaire que ajustaron sus concepciones imperecederas á principios convencionales y á una etiqueta dramática, ceremoniosa y glacial, Víctorio Alfieri, que hizo cómplices á los tiempos pasados de su pasión demagógica y de su odio elocuente contra todas las tiranías; hasta los mismos melodramatúrgos que han sido y son los falsificadores mas descarados de la historia, nunca han variado radicalmente los sucesos ni creádoslos á su sabor por mas que hayan desfigurado los caracteres que intentaban retratar PALOU, cuya alteza de juicio raya tan alto como su ilustración, no desconoce seguramente cuán pernicioso sería esta libertad, aunque con su drama la haya, en cierto modo, autorizado. Fútil de todo punto sería, la escusa de que *La Campana* no lleva el título de *drama histórico*, pues, sabido es que: *le nom ne fait rien á la chose*.

En compensación de este defecto radical, la obra de PALOU tiene un valor dramático á todas luces subido. Su cualidad predominante es aquella fuerza avara de sí misma que suele constituir el sello característico de la verdadera potencia intelectual. Tan genuina robustez artísticamente moderada por cierto instinto secreto y maravilloso, se armoniza en este drama con una delicadeza suave de sentir sobre manera exquisita. ¡Consortio admirable que recuerda aquel panal de miel que encontró el mas fuerte de los hebreos en la boca del león! En la *Campana* los caracteres se desarrollan con vigorosa espontaneidad, estalla el diálogo con reconcentrada energía, la palabra hierve sin soltar el freno á su expansivo impulso y la acción camina con paso firme y seguro á su originalísimo desenlace. Imponderable es su mérito psicológico; si se atiende á la doble y complicada lucha que traban entre sí pasiones llevadas á su apogeo de exaltación y sentimientos intensísimos. Para aquilatar dote de tanta valía basta analizar ligeramente las dos grandes figuras fundamentales del drama: Doña Constanza y el gobernador Centellas. El carácter de la primera nos parece trazado con maestría y es sin duda uno de los mas bellos que se han visto en la escena.

Hay un amor de amores, inmenso, profundo, inagotable como las entrañas de la Divina Misericordia; esencia suya son la ternura y la fortaleza; lágrimas, abnegación y sacrificio perenne lo nutren, y tambien misteriosas venturas y alegrías inefables; todos los idiomas lo apellidan *santo* y su símbolo inmortal está en el cielo. ¡Bendito sea el amor de madre! Este sentimiento llevado á su grado superlativo de tensión, señora

despóticamente el alma de la reina viuda. Su Jaime es á un tiempo para ella recuerdo vivo de su desventurado esposo y esperanza de la dinastía cuyas glorias y blasones cubre el luto con su gasa funeral. El ardiente deseo de contemplar á su hijo sentado algun día en el trono ensangrentado de sus mayores, infunde á Doña Constanza, sin igual heroísmo y bizarría y dá á su sentimiento maternal el portentoso alcance y tenacidad de la pasión. En este bellísimo carácter entran como elementos constitutivos su amor de madre, su orgullo de reina, su ambición de reina y de madre y la ternura que siente por Isabel, hija adoptiva suya.

Centellas tiene el corazón labrado al fuego de una lealtad indomable. Pero el amor que le inspira una hija largos años buscada con afán, y cuyo inesperado encuentro coincide con el peligro terrible, inminente de perderla, si su lealtad no entra en vergonzosas capitulaciones, hace bambolear su herroqueño corazón con tremendas sacudidas. Por otra parte una irresistible simpatía mezclada de gratitud le atrae involuntariamente hacia Doña Constanza.

Esta, lucha á brazo partido con la voluntad del gobernador. Ora sagaz y astuta, ora radiante de centelladora energía, busca afanosamente en el corazón del aragonés la misma poderosa cuerda que en el suyo propio vibra, para socavar los cimientos de su constancia y poner su planta victoriosa sobre el cuello de su obstinada lealtad. ¡Qué sublime terror, cuando los dos llegan á tener pendientes las vidas de sus hijos idolatrados de la vibración de aquella campana cuya cuerda pasa alternativamente á sus manos crispadas!

El instinto de madre hace ver á Doña Constanza que enardeciendo hasta el frenesí el cariño paternal de Centellas con la amenaza terrible de asesinarla él mismo si toca la campana, le vencerá sin remedio. Por esto dá el golpe de gracia á la moribunda lealtad de Centellas gritando con voz aterradora:

¿No quieres? ¿No?

¡Pues bien, tocárela yo!

Movimiento de suprema exaltación, grito mas de victoria que de lucha. Ninguna intención tiene de tocar aquella campana cuyo tañido llevaría la muerte al seno de su hijo. Lo único que quiere es acabar de una vez su triunfo haciendo estallar á pedazos el corazón de Centellas, bajo la presión de la mas horrorosa angustia.

Sobre manera lógico nos parece este bellísimo carácter, circunstancia de incalculable mérito si se atiende á lo que suben en él de punto las pasiones que lo forman y animan. No brilla esta preciosa cualidad en el carácter de Centellas. ¿Cómo se comprende que este milagro de lealtad, se crea irresponsable del crimen de traición que pesa sobre él en concepto de su soberano, por el abrazo de una hija que antes se conceptuaba capaz de sacrificar en el ara de su honor? Recuérdese aquel arranque salido del fondo de sus entrañas:

¡Si por azar

en ser traidor yo soñara,
la existencia me arrancara
por no volverlo á soñar.

Mas ved:

(Vuélvese de improviso y dice señalando el cuadro de la mujer de la izquierda.)

Si ella respirara

y el fruto de nuestro honor,
en holocausto á mi honor
conmigo las inmolara.

Estos rasgos, unidos á otros muchos, quedan desmentidos altamente con su conducta final. Por demás intenta justificarse con la frívola escusa formulada en estos versos:

Yo á mi rey no soy traidor:

¡mi rey es traidor á mí!

¿Qué noble de aquella época en la que el monarca siempre tenia razón, hubiera juzgado la conducta de su soberano de *potencia á potencia* como lo hace el espejo de lealtad Centellas, que tan alto ha hecho sonar en el drama la suya? Sentimos que haya escapado á la certera sagacidad de PALOU, que vista la *frescura* con que el gobernador se disculpa de lo que debía forzosamente ser en concepto suyo el mayor de los atentados posibles, las bellas expresiones con que blasona de su acrisolada fidelidad, se rebajan al nivel de fanfarronadas. Los demás caracteres son de insignificante ó nula importancia, menos el simpático Tornamira que en un solo rasgo dá á conocer su hidalga condición. Dice así:

TORN... ¿Y le habeis curado? (á Centellas)

Const... ¡Si!

Y esta tarde á Palma torna.

TORN... ¿Y podrá reñir?

Qué hábito de sentir limpiamente, qué nobleza revela esta pregunta: ¿Y podrá reñir?

Un lirismo sóbrio y de gran valía enaltece á la *Campana*. Recuérdese la admirable comparación del sol que dora las nubes que quieren tapar su luz, los versos en que pinta Doña Constanza el cariño que profesa á Isabel y los ardorosos arranques de amor filial de D. Jaime.

Lunares nacidos de las mismas cualidades que en la *Campana* resplandecen, hacen resaltar con mas viveza las perfecciones que la adornan. El lenguaje peca algunas veces de incorrecto y de poco castizo. La robustez y energía del estilo rayan á menudo en aspereza.

PALOU ha pasado en un solo día de la oscuridad á la luz, encontrándose de súbito frente á frente al sol de su gloria que ni aurora ha tenido. España ha saludado al joven dramaturgo con hurras de universal admiración y aplauso. Mallorca, sacudiendo sus hábitos de vida material, ha dado el tierno espectáculo de una madre cariñosa que llorando de gozo ciñe las sienes de un hijo amado con la corona de laurel que le granjearon sus triunfos. Desde el fondo de nuestro corazón enviamos la enhorabuena mas entrañable á la *Isla dorada* que tan hermosamente ha galardonado las fatigas de uno de sus hijos que mas la honran!

GUILLEMO FORTEZA.

GUERRA DE AFRICA.

Ejército de Africa.—Estado mayor general.—Excmo. señor: Habiendo designado al segundo cuerpo de este ejército al mando del teniente general conde de Reus, para tomar la vanguardia del movimiento que debía verificarse en el día 14 del actual para el paso de de las gargantas de Cabo Negro, emprendió su marcha antes de amanecer, pasando de noche el puente construido sobre el río Asmir.

Formada en ordenadas columnas la primera división de este cuerpo al mando del general Orozco, á la que se había agregado la compañía de ingenieros y una de montaña, avan-



zó á posesionarse de las primeras alturas de la serie de asperezas que constituyen el promontorio de Cabo Negro. Entre tanto la segunda division, al mando del general D. Enrique O'Donnell, pasaba el desfiladero, se organizaba bajo el mismo orden y seguía los movimientos de la primera para protegerla en caso necesario.

La division Orozco logró penetrar felizmente en la cañada rodeada de elevadísimos montes de muy difícil acceso por su frondosa y agreste vegetación, sin que fuera obstáculo á la decidida marcha de los batallones la imponente y considerable barrera que la naturaleza presenta en estos sitios; cortados por profundos barrancos en que la maleza se eleva á grande altura; y venciendo tantas dificultades y la tenaz resistencia del enemigo, quedó separada la primera línea.

Desde este momento empezó una serie no interrumpida de combates y triunfos para nuestras tropas, arrollando al enemigo en todas sus posiciones, que con admirable presteza é incansable perseverancia escalaban hasta las mas elevadas crestas de la sierra, desde la que se descubría el estenso valle de Tetuan, y en la que los batallones de Castilla y cazadores de Simancas ondeaban con gloria sus banderas, quedando dominada la cordillera y situados los batallones de la primera division del segundo cuerpo sobre los altos vericuetos que de izquierda á derecha cubria del modo siguiente: el batallon cazadores de Figueras en el extremo izquierdo; despues el segundo batallon de Castilla, á cuya continuacion se extendía el primero de Córdoba y la compañía de montaña del primer regimiento afecta al segundo cuerpo, que colocada en batería en la cresta de la posicion batía y molestaba con sus certeros fuegos un reducto que bien guarnecido habia construido el enemigo en un mogote que cubria la salida del valle. Por la derecha ocupaban las pendientes y elevadas cimas el primer batallon de Saboya, el segundo de Córdoba, y nuevamente, prolongándose por las de este costado, los batallones de cazadores de Simancas y Arapiles y el primero de Castilla. La toma de estas últimas posiciones fué costosa, quedando, entre otros muchos heridos, el teniente coronel Crespo y comandante Villegas, de los últimos batallones citados.

Entre tanto que esto sucedía me adelantaba con mi cuartel general, habiendo prevenido á la brigada Cervino, del tercer cuerpo, que venía cubriendo la marcha de la artillería, que adelantase hasta la primera posicion para cubrir la marcha de las tropas y dejar dispuesto todo el segundo cuerpo para las operaciones que meditaba, y para emplearla en apoyo de él si la necesidad lo exigía.

Bien pronto, al reconocer las posiciones del enemigo, al ver las fuerzas que en ellas tenía y las que aparecían por la derecha, que supuse ser las que habia en el campamento de las Lagunas, comprendí que trataba de defenderlas con vigor; y como por la retaguardia no habia ya cuidado, previne al jefe de Estado mayor general que se quedara para hacer pasar el resto del ejército por el desfiladero; que desde luego avanzase el resto del tercer cuerpo, verificándolo cada brigada de por sí para evitar el retraso que de otro modo habria de espermentarse.

Dictadas estas disposiciones, me trasladé al centro de nuestra línea, en donde el combate se mantenía vivo, donde el enemigo concentraba sus fuerzas, y en donde los batallones de la segunda division que la guarnecían, no solo sostenían con bizarría el puesto que se les habia confiado, sino que adelantaban terreno sostenidos por la brigada Cervino, que hice avanzar para que cubriendo las primeras posiciones dejase espeditas todas las fuerzas del segundo cuerpo: al mismo tiempo hice adelantar la tercera compañía de montaña del primer regimiento, que colocada convenientemente rompió su fuego con viveza y acierto.

Rehecho el enemigo en las alturas del segundo estribo á que habia sido lanzado, volvió al ataque con nuevo vigor, que contuvieron los batallones de Simancas, Chiclana, Arapiles y Alba de Tormes; y cargando este seguido por los de Córdoba, Saboya, Toledo y Princesa; se les hizo abandonar esta segunda y fuerte posicion, que quedó definitivamente en nuestro poder.

Mientras esto sucedía por nuestro centro, la extrema derecha estaba seriamente amenazada por numerosos fuerzas que á cada momento se aumentaban, tanto con infantería como con caballería; pero el general D. Enrique O'Donnell, que se hallaba en ella, colocándose al frente de los batallones segundo de la Princesa, cazadores de Simancas y cuatro compañías del de Chiclana, marchó con valentía á él, lo desalojó, lo arrolló y tomó en pocos momentos todas las posiciones que ocupaba.

Apagados por completo los fuegos del enemigo y acercándose la noche, di el orden al general conde de Reus para que regresara al campamento, cuyo movimiento llevó á cabo con el mejor orden y precision, escalonando y protegiéndose los batallones en sus movimientos de retroceso, con la notable circunstancia de que el enemigo, ni al iniciarse el movimiento, ni en su ejecucion, hizo un solo disparo, contra su acreditada costumbre, dando con ello claros indicios de que se le habia hecho sentir seriamente nuestra superioridad.

Nuestras pérdidas consisten en dos jefes, 10 oficiales y 148 individuos de tropa heridos, y 13 muertos de esta última clase. El enemigo dejó sembradas de cadáveres sus posiciones, y su pérdida entre muertos y heridos, no bajará de 800 hombres.

En esta jornada, Excmo. señor, he tenido la satisfaccion de poder apreciar de nuevo lo que valen nuestras valientes tropas, dirigidas por generales tan acreditados como el conde de Reus y los de division Orozco y O'Donnell.

El general conde de Reus al reseñarme el comportamiento de todos, me hace además una especial mencion del brigadier Serrano, del coronel de Toledo D. Antonio Navazo, de su jefe de Estado Mayor el coronel D. Gabriel de Torres, de los jefes y oficiales de este cuerpo y de sus ayudantes de campo, los cuales se condujeron todos con la mayor bizarría.

Dios guarde á V. E. muchos años. Cuartel general del campamento sobre el valle del Asmir 13 de enero de 1860.—Leopoldo O'Donnell.—Excmo. señor ministro de la Guerra.

Ejército de Africa.—Excmo. Sr.: El día 7 del actual levanté el campamento que ocupaba el ejército al pié del monte Negron sobre el valle del rio Mnuel, poniéndolo en marcha entre el citado monte y la playa en direccion á Tetuan. El movimiento se verificó sin obstáculo alguno, y al anochecer acampaban todas las tropas y su material en las colinas que cierran por N. el valle pantanoso de Asmir, formando las últimas estribaciones del monte Negron.

A la una de la tarde del siguiente día se presentaron algunos grupos de moros por las alturas que se enlazan hácia el O. con nuestro campo: apenas apercibido de su movimiento el general conde de Reus, que con el segundo cuerpo de ejército de su interino mando cubria aquel frente, dispuso que los dos batallones del regimiento de Castilla, los de cazadores de Alba de Tormes y Chiclana, y finalmente, el regimiento infantería de Toledo con el brigadier D. Luis Serrano, jefe de la primera brigada de la segunda division, ocupasen las posiciones avan-

zadas de nuestro campamento, quedando las restantes fuerzas del segundo cuerpo sobre las armas y dispuestas á acudir adonde fuese necesario.

El enemigo rompió el fuego en su acostumbrado desorden, presentándose siempre en grupos aislados mas ó menos numerosos, y con alguna caballería que escarecía aisladamente sin presentar nunca masa de importancia.

Nuestras guerrillas contestaron con éxito, distinguiéndose las de Castilla, que avanzaron con decision á ocupar las posiciones de extrema izquierda; pero viendo que el fuego iba adquiriendo bastante intensidad por ambas partes, hice lanzar algunas granadas por las baterías que se hallaban ya en posicion, cuyo efecto acabó de contener al enemigo, que se retiró al anochecer sin haber vuelto á pisar las posiciones que invadió al principio, y de donde fué rechazado por nuestras tropas, las cuales se replegaron en buen orden á su campamento.

Nuestras pérdidas consistieron en un individuo de tropa muerto, dos oficiales y 28 individuos de tropa heridos, y un oficial y siete de tropa contusos.

Dios guarde á V. E. muchos años. Cuartel general del campamento sobre el valle del Asmir 13 de enero de 1860.—Leopoldo O'Donnell.—Excmo. señor ministro de la Guerra.

Hé aqui la comunicacion detallada del comandante general de las fuerzas navales de Africa sobre la ocupacion de los fuertes de Tetuan y desembarco de la division Rios. Dice así el general Bustillos con fecha del 17:

«Excmo. Sr.: A las seis y media de la mañana, como he tenido el honor de participar á V. E. en comunicacion telegráfica, me puse en movimiento dirigiéndome con los buques de guerra y trasportes al S. de cabo Negro, donde debía desembarcar la division Rios.

Me coloqué á la cabeza de la línea, hallándome á las ocho sobre la boca de la ría, donde hice un disparo á la torre que hay en ella, con objeto de ver si respondían, tanto desde allí como desde una batería colocada al N. á corta distancia. No contestándome al cañonazo, eché inmediatamente en tierra 100 hombres de tropa y marinería á las órdenes del capitán de fragata D. José Polo de Bernabé, para que se apoderasen de los fuertes, no habiendo tenido necesidad de desembarcar toda la tropa y marinería, que para el caso de que los moros se hubieran defendido tenía preparada, y para el cual hice venir las guarniciones de los buques perdidos, con mas 50 hombres de la del navio. Acto continuo hice la señal para que precipiara el desembarco de las tropas de la division Rios, dirigiéndome yo con la cañoa á la torre de la boca de la ría, acompañado del mayor general de estas fuerzas.

La marinería desembarcada escaló la citada torre, cuya puerta no pudo abrirse por fuera, y arboló en ella nuestra bandera, encontrando siete cañones de hierro del calibre de 24, montados sobre cureñas del sistema Grabaubal, unas 500 á 1,000 balas del mismo calibre y una bandera.

En la batería del N. se hallaron tres cureñas del citado sistema, 25 granadas de 68 sin cargar y 13 balas sólidas de 32. Dispuse que quedara en la torre un destacamento de tropa y marinería, y que el resto de la gente que habia desembarcado regresase á sus respectivos buques.

Mientras esto tenía lugar, desembarcaba la division Rios una milla al N. de la torre, empleándose en esta operacion, dirigida por el capitán de fragata D. Manuel de la Rigada, las lanchas que con este objeto traje de Málaga y Algeciras remolcadas por botes de los trasportes y escampavías del resguardo.

Este desembarco tuvo lugar con toda prontitud, estando terminado á las diez y cuarto. A estas tropas se unieron en seguida una batería de montaña y acémilas procedentes del ejército.

Dispuse en seguida que los trasportes vinieran á fondear cerca de la boca de la ría para desembarcar por ella los efectos pertenecientes á la division Rios y viveres para el ejército; mandé regresar á Algeciras á las fragatas y vapor *Isabel II* que llevó de remolque á la *Bilbao*; á sus cruceros á los guarda-costas, y á los cañoneros que entrasen en la ría, todo por la poca confianza que ofrecía el tiempo.

A las cinco tomó el general Rios las posiciones de la boca de la ría, haciéndole el jefe del destacamento que dejé en la torre, capitán D. Segundo Diaz de Herrera, entrega de ella. El general en jefe, que habia avanzado con direccion á la Aduana, poco distante de la citada torre, suspendió el movimiento, ocupando de nuevo las posiciones que tenía por la mañana al S. de cabo Negro en razon á haber encontrado un vado, sobre el que habia que formar un puente para el paso de la artillería.

Debo participar á V. E. que la torre de que se apoderó la marinería que eché en tierra, tiene recientemente reparada toda su parte del S. E., conociéndose por lo nuevo el gran destrozo que en ella hicieron nuestros buques el día 19 de diciembre.

Todo lo que tengo el honor de manifestar á V. E. para su superior y debido conocimiento. Dios guarde á V. E. muchos años. A bordo del vapor *Vulcano*, fondeadero de Tetuan 17 de enero de 1860.—Excmo. Sr.—José Maria de Bustillo.—Excmo. Sr. ministro de Marina.

Ejército de Africa.—Estado mayor general. Excmo. señor: El día 12 del actual á las dos de la tarde algunos grupos poco numerosos de moros se presentaron al frente de nuestro campo sobre el mismo terreno en que tuvo lugar el combate del día 10, de que V. E. tiene ya conocimiento. Aun cuando su escaso numero parecia indicar mas que un ataque formal, uno de esos alardes de osadía de que tan continuas pruebas nos presentan, el general conde de Reus, comandante en jefe del segundo cuerpo de ejército, al mismo tiempo que me daba conocimiento, hizo ocupar con prudente prevision los primeros cerros inmediatos á sus trincheras por los batallones de cazadores de Arapiles y Simancas, y formar en masas delante de ellas al resto de su primera division. Casi simultáneamente trasladándose yo al punto amenazado, hice avanzar desde su campo á la izquierda de aquellas á una compañía del tercer regimiento montado de artillería y una de montaña, que con las tres del segundo regimiento montado que seguían en la misma posicion que ocupaban el día 10, formaron una respetable batería, cuyos certeros disparos sembraron el estrago en el enemigo que cada vez mas numeroso y atrevido, habia convertido en ataque formal y vigoroso, lo que inició en un principio como ligera escaramuza. Su línea de fuegos cada vez mas nutrida, se fué sucesivamente extendiendo por todo el escabroso terreno que por el Sur de nuestro campo se prolongaba desde el flanco derecho del tercer cuerpo de ejército, por delante de todo el segundo hasta la division de reserva. Para rechazar su vigoroso ataque, hice avanzar por nuestra izquierda al batallon de cazadores de Llerena de la segunda division del tercer cuerpo; por la derecha cuatro compañías del segundo batallon del regimiento de Cuenca, perteneciente

á la reserva, mientras que el general conde de Reus disponia la marcha al frente de la division O'Donnell, que con energico empuje arrolló al enemigo delante de sí, envolviéndole por su derecha.

Cedió aquel; pero en su tenaz empeño trató de romper nuestro centro, frustrando su plan el general conde de Reus, que por sí mismo lo rechazó al frente de su cuartel general, mientras que la segunda division completaba su movimiento con completo éxito, adelantando su segunda brigada al mando del brigadier Hediger. Al mismo tiempo la division Orozco avanzaba por la izquierda sobre el enemigo, cada vez mas concentrado, á quien deshizo y puso en fuga una brillante carga dada por los batallones cazadores de Arapiles y Figueras. De esta manera las tropas seguían avanzando con tan resuelto brio, que en pocos instantes el campo quedó limpio de enemigos, que en muchedumbre confusa de infantes y ginetes, huían delante de las bayonetas de nuestra valiente infantería, que no se detuvo sino á tan corta distancia del campamento moro, que á haber tenido una hora mas el día, hubiera sido sin duda presa de nuestro ejército.

Despues de este impetuoso avance, la situacion de las tropas empeñadas en el combate, y que en su movimiento hacía el enemigo habian verificado sucesivamente un cambio de frente sobre la izquierda, era la siguiente: en la extrema izquierda el batallon cazadores de Llerena; á su derecha los de Arapiles, Simancas y Figueras; en reserva de estos los regimientos de Córdoba y Castilla: la segunda division del segundo cuerpo escalonado en masas, ocupaba el resto de la línea, cuya extrema derecha era cubierta por un batallon de la Princesa y el de cazadores de Alba de Tormes; á retaguardia del centro formaban la reserva general, el regimiento de San Fernando, un batallon del Infante y dos escuadrones de coraceros del Príncipe; la artillería montada continuaba en sus primeras posiciones, y la de montaña afecta al quinto regimiento de á pié, al mando de su capitán Lopez Dominguez, acompañaba desde el principio de su marcha á la segunda division del segundo cuerpo, contribuyendo con sus certeros fuegos al buen éxito de sus ataques.

La proximidad de la noche y lo lejos de las trincheras á que se encontraban las tropas, obligó al general conde de Reus á ordenar la retirada, que por escalones y sin sufrir la menor hostilidad por parte del enemigo, se verificó con el orden mas completo, quedando terminada á las siete y media de la tarde.

Las pérdidas del enemigo en este día fueron sumamente considerables: son pruebas de ello el no haberse atrevido á ostigar nuestra retirada, y que no obstante el terco empeño que siempre pone en ocultar sus pérdidas, dejó solo el campo 47 muertos, y en nuestro poder cuatro prisioneros. Las nuestras, aunque sensibles siempre, poco importantes, si se comparan con el resultado obtenido; consistieron en un oficial herido y dos contusos, y en un individuo de tropa muerto, 90 heridos y 41 contusos.

Este brillante hecho de armas ha corroborado nuevamente el alto concepto que merecen las tropas de mi mando por su valor, empuje y decision: en él, como siempre que se presenta en el combate el general conde de Reus, manifestó reunidas la pericia del general y el arrojo del soldado. Se distinguieron notablemente marchando siempre al frente de sus tropas los generales D. José Orozco y D. Enrique O'Donnell, y los brigadieres Paredes y Hediger. El citado general Prim me recomienda especialmente el comportamiento del coronel jefe de Estado Mayor del cuerpo de su mando, D. Gabriel de Torres y Jurado; de los individuos de este cuerpo que á él pertenecen y de todos los de su cuartel general, prontos siempre á su lado en los momentos de peligro, y en secundar sus órdenes con prontitud y arrojo, así como tambien el observado por su escolta de infantería, que compuesta de un corto puñado de valientes, hizo en mas de una ocasion retroceder á fuerzas enemigas considerablemente superiores.

Dios guarde á V. E. muchos años. Cuartel general del campamento del fuerte Martín 20 de enero de 1860.—Leopoldo O'Donnell.—Excmo. señor ministro de la Guerra.

Ejército de Africa.—Excmo. Sr.: El día 10 del actual, á la una de la tarde, volvió el enemigo á presentarse en grupos muy considerables que se aumentaban incessantemente sobre la tercera de las sucesivas estribaciones que, partiendo del monte Negron, vienen á terminar en las lagunas del Asmir, al Sur de nuestro campamento, y amagando en su dispersa formacion abrazar toda la serie de colinas escalonadas que constituyen la segunda de dichas estribaciones, cubierto al abrigo de los bosques y malezas, rompió un vivo fuego contra nuestras avanzadas, mientras que al notar su presencia, hacia avanzar el general conde de Reus, comandante en jefe interino del segundo cuerpo, al primer batallon del regimiento infantería de Saboya y otro de Córdoba á ocupar sin dilacion las primeras alturas de nuestro frente, estableciendo convenientemente en ellas sus guerrillas y reservas, prolongándose por la izquierda hasta los pantanos del Asmir y rompiendo en seguida un nutrido fuego en contestacion al del enemigo.

A los primeros tiros me habia yo trasladado al lado del ataque, cuyo frente, como el mas vulnerable de la posicion que ocupa el ejército, tenía con anticipacion guarnecido con 18 piezas de artillería de montaña, 12 del segundo regimiento montado y 4 de posicion. A mi llegada, el primer batallon del regimiento de Castilla marchaba á colocarse en la vertiente interior de la primera posicion, mientras que el enemigo, creyendo en audacia, adelantaba en esparcidos grupos su caballería, amenazando sucesivas cargas contra nuestras guerrillas; pero un vivo cañoneo de las 34 piezas, que no me fué preciso sostener mas que algunos minutos, esparciendo sus bien dirigidas granadas por los bosques y vertientes, hizo instantáneamente salir de aquellos abrigos á los desconcertados grupos de hombres y caballos.

En este momento el batallon de Castilla, apareciendo sobre la cumbre de la colina que lo resguardaba, se arrojó intrépidamente á la bayoneta, apoderándose al paso de carga de la segunda serie de alturas, donde se sostuvo con bizarría, secundado por las guerrillas de Saboya y Córdoba, seguidas de sus reservas y avanzando despues hasta la tercera línea, de donde desalojó con igual éxito al enemigo, resistiendo vigorosamente su empuje en las diferentes acometidas con que intentó recobrar aquella posicion.

Mientras la primera division, á la que pertenecen los cuerpos ya nombrados, obraba de esta suerte, por la izquierda al mando de su general D. José Orozco, el general D. Enrique O'Donnell, comandante general de la segunda, situó el primer batallon del regimiento infantería de Toledo en la extrema derecha del frente atacado, apoyado á retaguardia por el segundo, hasta que, generalizado el fuego, marchó á reunirse al primero, quedando en reserva el batallon cazadores de Chiclana, y escalonado mas á retaguardia uno de Navarra.

Engrosadas mientras tanto las fuerzas del enemigo, é insistiendo en avanzar con marcada audacia, acompañada de la mas salvaje gritaría, el general conde de Reus, juzgó llegado el momento de obrar energicamente: á su orden de ataque,

repetida en toda la línea, se dió un avance general á la bayoneta, lleno del brio y vigoroso empuje que tanto caracteriza á nuestra infantería, y arrollando los batallones al enemigo, ocuparon las terceras y últimas posiciones, donde se había visto poco antes su concentración, y por donde se notaba recibir sus refuerzos.

En este brillante ataque el regimiento de Toledo, el mas avanzado de todos sobre la derecha, al mando de su coronel D. Antonio Navazo, se vió obligado á cargar cinco veces á la bayoneta, dos de ellas á la caballería, con una energía y union dignas del mayor elogio, quedando por fin dueño de la posición disputada. El de Castilla avanzó con igual éxito por la extrema izquierda, distinguiéndose asimismo por el ánimo y empuje con que arrolló á cuantos enemigos se le presentaron, y las demas fuerzas del centro marcharon siempre con ventaja á dejar formada la nueva línea de batalla en las últimas posiciones conquistadas.

El general conde de Reus, siempre el primero en el lugar del peligro, marchaba al frente de sus tropas dirigiendo sus movimientos con su habitual serenidad y sangre fría.

Al notar el tesón del enemigo, había ya dispuesto que dos escuadrones del regimiento de coraceros del Principe marcharan á ponerse á las órdenes del mencionado general, y que la batería de montaña afectá al quinto regimiento á pié, y mandada por el capitán Lopez Dominguez, pasara á situarse en una de las posiciones avanzadas, continuando desde ella con acierto el fuego que había sido forzoso suspender en las baterías de nuestro campo por no causar bajas en las tropas avanzadas. Los escuadrones, situados convenientemente en cuanto lo permitía el áspero terreno teatro del combate, no tuvieron ocasión de ser empleadas.

No quedaba ya á los enemigos mas que la última línea de colinas; en ella se hicieron firmes; reunieron las fuerzas de infantería y su numerosa caballería al pié. Preciso era tomarlas, hacernos dueños de estas alturas para mandar el valle y para asegurar nuestra posición. Para efectuarlo hice que avanzase apresuradamente el general Ros con dos brigadas de su cuerpo de ejército, y previne al general conde de Reus que preparase sus batallones para un ataque general: mis disposiciones fueron pronto cumplidas, y el ataque se verificó. El general conde de Reus, con esa bravura serena que le hace siempre notable, se colocó al frente de sus tropas; y dirigiéndolas marchó al enemigo resueltamente, haciendo cargar á la vez un escuadrón del regimiento de Villaviciosa con buen éxito, así como lo hacían dos secciones del mismo cuerpo sostenidas por un escuadrón de húsares de la Princesa, que á su vez apoyaba un batallón de Navarra, y como lo verificaban el batallón cazadores de Figueras y cuatro compañías del de Córdoba, que precedidos de mi escolta de Carabineros ocuparon el reducto á tanta costa formado, y que para tan poco había de servirles.

Este fué el último esfuerzo de esta tarde; mi pensamiento se había llevado á cabo; mis deseos se hallaban cumplidos. Dueños de unas posiciones cuya fortaleza es difícil espresar, dominaba ya el valle de Tetuan, cuya población nos miraba como nosotros descubríamos las torres de las alturas que las circundan. El enemigo huía en todas direcciones, y no nos disputaba el que sentásemos nuestro campo donde mas nos convenia.

Entonces dispuse que el general Ros con el tercer cuerpo avanzase á cubrir todas las posiciones que había ganado y tenía el segundo, para que este, fatigado por un día completo de combate y exhausto de municiones, pudiese tomar algun reposo y algun alimento, puesto que llevaba ya 24 horas sin haber tomado nada.

Nuestra pérdida en este día, segun tengo á V. E. manifestado, ha consistido en un oficial y 24 individuos de tropa muertos; cuatro jefes, 26 oficiales y 363 individuos de tropa heridos; un jefe, 18 oficiales y 141 individuos de tropa contusos, con ocho caballos heridos; y aunque no puedo detallar con exactitud la del enemigo, que con gran presteza retiró sus muertos y heridos, por lo que manifestaron algunos de estos últimos recogidos por nuestros soldados, la calculo al menos en el doble á la nuestra. Muchas circunstancias han concurrido en este día para que no juzgue exagerado el cálculo. Tales son los certeros y multiplicados fuegos de nuestra artillería; los vivos de la infantería en un terreno, aunque quebrado, bastante limpio, y en donde el enemigo, que se empeñaba en arrojarnos de las posiciones, tenía que venir muchas veces á descubierto; y por último, las decididas cargas que se dieron, en las que siempre lograron alcanzar á los que mas audaces se empeñaban en resistir.

Prolifera sería si hubiese de enumerar en este parte los hechos de valor que tuvieron lugar en este día; algunos he recompensado sobre el campo de batalla, y de otros me prometo elevarlos á S. M. para su soberana resolución: no obstante, la justicia exige que nombre y coloque en primer lugar al teniente general conde de Reus, que desplegó durante todo el día tanta inteligencia en dirigir los ataques como energía en llevarlos á cabo; á los generales Orozco y O'Donnell, que como jefes de las divisiones empeñadas desde el principio del combate, dieron pruebas de lo que valen, distinguiéndose en esta jornada. A mi jefe de Estado Mayor el general García, que tan bien secundó mis disposiciones. Al general Ros de Olanco, que desplegó la mayor actividad para llegar con su cuerpo de ejército al sitio del combate, logrando, merced á ella, hacerlo á una hora en que todavía podía utilizar sus fuerzas con notable ventaja. A los brigadieres Serrano y Hediger, jefes de brigada, que nada dejaron que desear á su general. Los jefes de los regimientos y batallones que he citado y combatieron constantemente; el jefe de Estado Mayor del cuerpo de ejército, oficiales del mismo cuerpo y ayudantes de los generales, han debido al comandante en jefe y generales de divisione elogios que no puedo menos de consignar, aunque los estrechos límites de un parte no me permitan citarlos sino colectivamente.

Por último, Excmo. señor, me creo obligado á citar al general Makenna, segundo jefe de Estado Mayor general; los oficiales del cuerpo que sirven en el cuartel general y á mis ayudantes de campo, que tanto en esta ocasion como en todas las demas no han economizado peligro, encontrando obstáculos, ni visto dificultades al transmitir mis órdenes, haciéndose por ello dignos de una mención especial.

Dios guarde á V. E. muchos años. Cuartel general del campamento de Fuerte Martín 21 de enero de 1860.—Leopoldo O'Donnell.—Excmo. señor ministro de la Guerra.

Ejército de Africa.—Estado Mayor general.—Excmo. señor: El día 16 resolví descender de las posiciones que había ocupado el 14, segun espresé á V. E. al darle cuenta del combate de aquel día, para aproximarme á la playa, en donde debía desembarcar la division Rios, y por donde debía proveerme de todo lo necesario á la subsistencia del ejército.

Al toque de diana se abatieron las tiendas, se cargó el bagaje, y despues de cubrir nuestro flanco derecho, empezó á desfilar en aquella direccion el regimiento de artillería á ca-

ballo y el tercero montado de reserva; y como suponía que el enemigo no dejaría de hostilizarnos en este movimiento, dispuse que el segundo regimiento de artillería montada descendiese al llano y pusiese sus 12 piezas en batería, apoyadas á derecha é izquierda por los cuatro batallones de la primera brigada de reserva en columnas cerradas, todo á las órdenes del general Rubin, haciendo formar la division de caballería á las de su comandante general, el general Galiano, en dos líneas á retaguardia, la primera compuesta de dos escuadrones de coraceros y uno de húsares de la Princesa, y la segunda de los lanceros y el otro de aquel regimiento.

Mis cálculos no salieron fallidos, pues apenas el movimiento empezó á pronunciarse, cuando los moros que se hallaban colocados en los estribos de la Sierra Bermeja, empezaron á descender con grande algazara en fuertes grupos de infantería y caballería. Unas cuantas granadas de nuestros cañones rayados fueron bastantes, no solo para contenerlos, sino para que retrocediesen presurosos á las posiciones que habían abandonado. Visto este movimiento, traté de provocarlos al combate en un terreno en donde pudiera obrar toda su caballería, por lo que hice avanzar á aquellas fuerzas en su mismo orden al centro de la llanura, separadas del resto del ejército, que colocado en los puntos en que había acampado, miraba con orgullo este reto hecho á toda la fuerza marroquí por una pequeña parte de la nuestra. La línea avanzó, y haciendo un cambio de frente sobre el costado izquierdo, se colocó delante del enemigo que se mantuvo impasible sin dar un solo paso adelante. Pasada mas de una hora en esta disposición, y viendo que aquel no intentaba movimiento alguno, dispuse que las líneas avanzasen hasta ponerse á tiro de él, y que cañoneasen sus mismas posiciones para obligarles á admitir el combate ó abandonarlas. Así se efectuó: nuestras tropas, separadas del ejército en cerca de media legua, empezaron á cañonear á los marroquíes, que huyeron en la mas completa confusion y en todas direcciones hasta colocarse en una distancia inmensa de nuestros soldados, disponiendo yo entonces en su consecuencia que estos regresasen á sus campos: lo que efectuaron tranquilamente.

Esta operacion, Excmo. Sr., que no nos costó una sola gota de sangre, fué no obstante de una inmensa fuerza moral para nuestro ejército. Una bien corta parte de él se lanzaba arrogante á desafiar al enemigo en un terreno á propósito para su encomiada caballería, de que tanto alarde ha hecho siempre, sin que esta ni la numerosa infantería que la acompañaba se atreviesen á admitir el reto. En los rostros de nuestros soldados, así los que estaban en acción, como los que la contemplaban, se veía pintada la satisfaccion y el orgullo; y yo, Excmo. Sr., sentía una grande emocion en encontrarme á su frente. Debo manifestar á V. E. lo satisfecho que quedé de los generales Rubin y Galiano, que tan bien comprendieron y ejecutaron mis órdenes, de la actitud tranquila y resuelta de la infantería y caballería, y de la prevision, orden y certera puntería con que el segundo regimiento de artillería montada hizo todos sus movimientos y dirigió sus fuegos.

Dios guarde á E. E. muchos años. Cuartel general del campamento del fuerte Martín 22 de enero de 1860.—Leopoldo O'Donnell.—Excmo. Sr. ministro de la Guerra.

El general en jefe del ejército de Africa al Excmo. Sr. ministro interino de la Guerra.—Campamento de Guad-el-Jelé 23 de enero de 1860, á las siete y treinta minutos de la noche.

Con el objeto de proteger los trabajos en el reducto avanzado, situé esta mañana á vanguardia un batallón, dos escuadrones y cuatro piezas al mando del brigadier Villate.

El enemigo, en fuerza considerable, ha descendido de las posiciones que ocupaba y tratado de envolver las nuestras. Las tropas han tomado con este motivo las armas, y venciendo todas las dificultades de un terreno pantanoso, han marchado contra el enemigo con su acostumbrada bizarría, no habiendo sido, sin embargo, necesario mas que una pequeña parte de ellas para batir completamente y en todas direcciones las fuerzas enemigas.

Han sostenido mas especialmente el combate un batallón de infantería de la division Rios, que ha rechazado en cuadro á la caballería enemiga, y otro del tercer cuerpo, dos escuadrones de caballería que han cargado con la mayor bizarría, y la artillería, apoderándose de una bandera del ejército marroquí. Se han distinguido especialmente en esta jornada el general García, el general Rios que dispuso la formacion del cuadro del batallón á sus órdenes, encerrándose dentro de él el general Galiano; y el general Ustariz así como tambien el brigadier Romero Palomeque, que cargó con la caballería. La pérdida del enemigo ha sido considerable por el certero fuego de toda la artillería, la cual ha hecho sus disparos con una precision que honra la distinguida reputacion de este cuerpo; la nuestra no puede precisarse todavía; pero la calculo en tres ó cuatro muertos, y en veinte ó veinticinco heridos.

Ejército de Africa.—Estado Mayor general.—Excmo. señor: habiendo mandado construir un reducto sobre nuestro flanco derecho y como á media hora de distancia de la Aduana, que en union de esta debía proteger la comunicacion entre Tetuan y la embocadura del rio Martin, se trasladó ayer mañana á aquel punto la fuerza de trabajo, y para sostenerla, dispuse se situase un batallón de infantería, dos escuadrones de caballería y un escuadrón del regimiento artillería de á caballo á las órdenes del brigadier Villate. Como á las nueve de la mañana estuve allí, y solo vi grupos de infantería y caballería que á mas ó menos distancia se hallaban colocados en direccion á su campamento, y que disparaban alguno que otro tiro á que no se les contestaba. Despues de haber hecho mis prevenciones, regresé al campo en la inteligencia de que no intentarían nada importante sobre aquel punto.

Serian las doce cuando recibí un parte del brigadier Villate, en que me anunciaba que progresivamente se había aumentado la fuerza enemiga que tenía á su frente, y que venia mucha mas de infantería y caballería, de modo que le hacía temer un ataque serio. En el acto monté á caballo para trasladarme al punto amenazado, disponiendo al mismo tiempo que la caballería me siguiese y que avanzase el tercer cuerpo y dos escuadrones del regimiento de artillería á caballo y una compañía del tercero de posicion, y al general Rios que adelantase algunos batallones sobre mi izquierda para cubrirlos.

A mi llegada me encontré con que el enemigo había avanzado hasta tiro de fusil de la posición; que procuraba extenderse con un número crecido de caballería por nuestra derecha, y que la llamada al otro lado del rio Alcántara, estaba cubierta con varias bandas de caballos marroquíes. Mientras llegaban las fuerzas que había mandado venir hice que el general García, jefe de Estado Mayor general, contuviese al enemigo por la derecha, lo que efectuó con dos escuadrones de caballería y una compañía de infantería, que desplegada en guerrilla al pié de las lagunas que sobre todo el frente, alejaron bien pronto los caballos enemigos, que se colocaron á

distancia ó vinieron á reforzar el centro. El escuadrón del regimiento de á caballo, que desde la mañana se hallaba avanzado, cañoneaba al enemigo con buen éxito, y la llegada de los otros dos, con una compañía de posicion, me daban la seguridad de alejarlo sin empeñar un combate; pero el general Rios, que con un batallón del regimiento de Cantabria acababa de llegar á mi izquierda, impulsado por una guerrilla que había desplegado, y que se lanzó arrojadamente sobre el enemigo, empeñándose en perseguirlo, se vió precisado para sostenerla á atravesar las lagunas, saliendo á mi frente y á un terreno despejado, en donde todas las armas podían obrar, sin que las órdenes que mandé para que se detuvieran hubieran llegado á tiempo.

Este fué un momento critico, pero que demostró la serenidad y decision de nuestros soldados. El enemigo que vió este batallón solo, y que conoció bien la clase del terreno que nos separaba de él, se rehizo instantáneamente, y toda la infantería y caballería le atacó con grande empeño, lanzándose encima de él. El batallón formó instantáneamente el cuadro, en el que encerró á su general con su Estado Mayor, y esperó tranquilo el ataque que fué resuelto, pero impotente, pues todos se estrellaron ante sus fuegos y sus bayonetas.

Testigo yo de cuanto iba á suceder, pues preví el pensamiento del enemigo, me lancé en su apoyo con las cortas fuerzas que tenía á mi disposicion, entre las que se encontraban dos escuadrones de lanceros de Farnesio, á cuyo frente se hallaba el brigadier Romero Palomeque con el batallón de Baza, el de la Reina, cuatro compañías del de Zamora, Ciudad-Rodrigo y Segorve. El terreno de nuestro frente era un pantano cenagoso y profundo, un verdadero obstáculo en otras ocasiones; pero en las que nos halláramos, nada podía detenernos, y al salir á un terreno mas firme, ordené al general Galiano cargarse al enemigo. Instantáneamente salieron nuestros lanceros, una seccion del regimiento de la Albuera y la caballería de la Guardia civil del cuartel general sobre él, y arrollando cuanto se les presentó, siguieron sin detenerse hasta el pié del campamento enemigo, lanceando al que se detenía y al que trataba de defenderse, y cogiendo el estandarte de la caballería, despues de dar muerte al que lo llevaba.

El mal terreno que encontraron, imposibilitando la continuacion de la carga, obligó á nuestra caballería á detenerse, pero sin retroceder un paso, hasta que habiendo llegado el resto de la division de caballería y algunos batallones de infantería, y colocada convenientemente, dispuse que se replegase por escalones sobre la masa general.

Al mismo tiempo que yo atravesaba el pantano, llegaba el general Ros con su cuerpo de ejército. La tropa se arrojó sin vacilacion á las lagunas, las atravesó con agua á la cintura, sin que se viese en el soldado otro pensamiento que el de liberar su fusil de la humedad. La artillería no estuvo menos resuelta que la infantería y caballería: un escuadrón atravesó al trote las lagunas y se lanzó al galope para alcanzar nuestra primera línea, mientras las otras dos y la compañía de posicion cañoneaban al enemigo en sus mismas trincheras y hasta en sus tiendas, y dos baterías de montaña marchaban con los primeros batallones.

Yo encuentro espresiones con que manifestar la actitud resuelta, la abnegacion y entusiasmo de nuestros soldados en este día, condiciones que hubiera aprovechado á ser mas temprano para atacar y tomar su campamento, pero eran ya las cuatro de la tarde y no podia efectuarse antes del anochecer.

No pudiendo, pues, emprender nada á semejante hora, dispuse que las tropas regresasen al campo, operacion que encomendé al general García, jefe de Estado Mayor, á quien di mis instrucciones; y conforme á ellas, todo el mal terreno lo atravesaron las tropas con la luz del día, y al anochecer se hallaban todas en sus respectivos campos. El enemigo, aterrado por los ataques que acababa de sufrir, no se atrevió á inquietarnos; y aunque alguna vez pareció intentarlo, el orden y actitud de nuestros batallones, escuadrones y baterías les impuso de tal modo que renunció á ello, y solo hizo algun fuego á distancia que ni aun apenas mereció el honor de que contestasen nuestras guerrillas y hasta la nube de caballería que cubria la llanura al otro lado del rio Alcántara, retrocedió al galope sobre Tetuan al ver el empuje de nuestros soldados, aun cuando estuviesen á grande distancia para temer nada de ellos.

Nuestra pérdida ha sido bien corta, si bien harto sensible: consiste en un oficial y siete individuos de la clase de tropa muertos; dos jefes, dos oficiales y 45 de tropa heridos, y siete oficiales y 32 de la clase de tropa contusos. La del enemigo ha sido considerable, pues ademas de las muchas bajas que le causó el fuego de nuestra infantería y la impetuosa carga de nuestra caballería, sufrió por espacio de tres horas el vivo y certero fuego de nuestra artillería, cuyos proyectiles llegaron hasta su campamento y trincheras. El general jefe de Estado Mayor general D. Luis García, tanto al sostener el ataque de la derecha, como al dirigir las columnas en su vuelta del campo de batalla al campamento, ha acreditado una vez mas en este día las dotes que le distinguen para el importante cargo que desempeña. Debo citar con el elogio que merece al general Galiano, que puesto al frente de los escuadrones del regimiento de Farnesio, cargó con la mayor decision, arrollando cuanto encontró á su frente, y deteniéndose solo cuando el terreno le impidió continuar: al general Ustariz, que constantemente en las guerrillas, las dirigió con acierto, segun las instrucciones que de mí recibí: al brigadier Romero Palomeque, jefe de la brigada de lanceros, que conduciendo primero las fuerzas y unido despues á su general, marchó al frente, dando el ejemplo á sus soldados: al brigadier Villate que mandaba las fuerzas que protegían el reducto, y se sostuvo hasta mi llegada: al general Rios, que adelantando con el batallón de Cantabria con su valor y serenidad, lo reunió, formó el cuadro, y encerrándose dentro de él, donde tuvo herido su jefe de Estado Mayor coronel Puente y un oficial del mismo cuerpo, hizo un muro de fuego y hierro, que en vano procuró quebrantar el enemigo: al coronel Naneli que mandaba el batallón de Cantabria y mostró su sereno valor y resolution: brigadier Morales de Rada, que marchando con la vanguardia de su brigada, se unió á los escuadrones de Farnesio y cargó con ellos; y por último los jefes, oficiales y soldados que tomaron parte activa en el combate, pues que á todos sobró ardor y resolution.

Dios guarde á V. E. muchos años. Cuartel general del campamento del fuerte Martín 24 de enero de 1860.—Leopoldo O'Donnell.—Excmo. señor ministro de la Guerra.

El general en jefe del ejército de Africa al Excmo. señor ministro interino de la guerra:

Campamento de Guad-el-Jelé 31 de enero de 1860 á las ocho de la noche.

Nuevo combate y nueva victoria.—A las diez y cuarto tuve aviso de que fuerzas considerables descendían del campamento enemigo hácia nuestra derecha, y con este motivo mandé tomar las armas.



El ejército, puesto en movimiento, atacó con la mayor resolución las líneas enemigas, cuyas fuerzas rechazó, produciendo en ellas el mas completo desorden hasta sus lejanas posiciones, en los estrados de Sierra Bermeja, tomando todas las alturas de la derecha, en las cuales ha permanecido hasta la noche, que ha puesto fin al combate.

Las fuerzas enemigas, según el informe de uno de los prisioneros, estaban mandadas por los hermanos del emperador, Muley-Abbas y Sidi-Ameld.

Las tropas han rivalizado en ardor y entusiasmo; la artillería ha causado un estrago terrible en el enemigo, cuya pérdida gradúo en 2,000 hombres.

La nuestra no debe escender de 200; pero no puedo preciarla todavía en estos momentos. Todos los generales, en la parte que á cada uno ha tocado, han llenado de la manera mas cumplida los deberes de su posicion.

El general en jefe del ejército de Africa al Excmo. Sr. ministro de la Guerra:

Campamento enemigo 4 de febrero á las cuatro y treinta minutos de la tarde.

BATALLA Y COMPLETA VICTORIA.—El ejército, despues de un cañoneo en que la artillería ha jugado con su acierto de siempre, acaba de tomar las posiciones y campamento enemigo, con sus tiendas de campaña, siete piezas de artillería y otros varios efectos de guerra.

Ha sido un dia de gloria para la Reina, la patria y el ejército.

Todos los generales han cumplido mis órdenes con la mayor inteligencia y arrojo.

Las pérdidas del enemigo han debido ser considerables, habiéndose encontrado muchos muertos en sus trincheras.

La plaza de Teluan nos hace algunos disparos de artillería.

En nuestro número anterior dejamos de insertar por falta de espacio el pacto de union por el cual queda incorporada la provincia de Buenos-Aires á la Confederación argentina, y la proclama del general Urquiza al pueblo de Buenos-Aires. Hoy lo hacemos con el mayor gusto para que nuestros lectores tengan conocimiento de tan importantes documentos.

PACTO DE UNION.

El Excmo. gobierno de Buenos Aires y el Excmo. señor presidente de la Confederación Argentina, capitán general del ejército nacional en campaña, habiendo aceptado la mediación oficial en favor de la paz interna de la Confederación Argentina, ofrecida por el Excmo. gobierno de la república del Paraguay, dignamente representado por el Excmo. brigadier general D. Francisco Solano Lopez, ministro secretario de Estado en el departamento de Guerra y Marina de dicha república, decididos á poner término á la deplorable desunion en que ha permanecido la república Argentina desde 1852, y á resolver definitivamente la cuestion que ha mantenido á la provincia de Buenos Aires separada del gremio de las demas que constituyeron y aun constituyen la república Argentina, las cuales unidas por un vínculo federal reconocen por ley fundamental la Constitución sancionada por el congreso constituyente en 1.º de mayo de 1853, acordaron nombrar comisionados por ambas partes, plenamente autorizados, para que discutiendo entre si y ante el mediador con ánimo tranquilo y bajo la sola inspiracion de la paz y del decoro de cada una de las partes, todos y cada uno de los puntos en que hasta aquí hubiere disidencia entre Buenos Aires y las provincias confederadas hasta arribar á un convenio de perfecta y perpétua reconciliación quedase resuelta la incorporacion inmediata y definitiva de Buenos Aires á la Confederación Argentina, sin mengua de ninguno de los derechos de la soberanía local, reconocidos como inherentes á las provincias confederadas y declarados por la propia Constitución nacional; y al efecto nombraron, á saber: por parte del gobierno de Buenos Aires, á los señores Dr. D. Carlos Tejedor y D. Juan Bautista Peña, y por la del presidente de la Confederación Argentina, los señores brigadier general don Tomás Guido, ministro plenipotenciario de la Confederación Argentina cerca de S. M. el emperador del Brasil y del Estado Oriental, brigadier general D. Juan Estevan Pedernera, gobernador de la provincia de San Luis y comandante en jefe de la circunscripción militar del Sud, y doctor D. Daniel Araoz, diputado al congreso nacional por la provincia de Jujui, quienes, canjeados sus respectivos plenos poderes y hallados en forma, convinieron en los artículos siguientes:

Art. 1.º Buenos Aires se declara parte integrante de la Confederación Argentina, y verificará su incorporacion por la aceptación y jura solemne de la Constitución nacional.

2.º Dentro de veinte dias, despues de verificado el presente convenio, se convocará una convencion provincial, que examinará la Constitución sancionada en mayo de 1853, vigente en las demas provincias argentinas.

3.º La eleccion de los miembros que formarán la Convencion se hará libremente por el pueblo, y con sujecion á las leyes que rigen actualmente en Buenos Aires.

4.º Si la Convencion provincial, aceptase la Constitución sancionada en mayo de 1853 y vigente en las demas provincias argentinas, sin hablar nada que observe en ella, la jurará Buenos Aires solemnemente en el dia y en la forma que esa convencion provincial designare.

5.º En el caso que la convencion provincial manifieste que tiene que hacer reformas en la Constitución mencionada, estas reformas serán comunicadas al gobierno nacional, para que presentadas al Congreso federal legislativo, decida la convocacion de una convencion *ad hoc*, que las tome en consideracion, á la cual la provincia de Buenos Aires se obliga á enviar sus diputados, con arreglo á su poblacion, debiendo acatar lo que esta convencion, así integrada, decida definitivamente, salvándose la integridad del territorio de Buenos Aires, que no podrá ser dividido sin el consentimiento de su legislatura.

6.º Interin llega la mencionada época, Buenos Aires no mantendrá relaciones diplomáticas de ninguna clase.

7.º Todas las propiedades del Estado que le dan sus leyes particulares, como sus establecimientos públicos de cualquier clase y género que sean, seguirán correspondiendo á la provincia de Buenos Aires, y serán gobernados y legislados por la autoridad de la provincia.

8.º Se exceptúa del artículo anterior la aduana, que como por la Constitución federal, corresponden las aduanas exteriores á la nacion, queda convenido en razon de ser casi en su totalidad las que forman las rentas de Buenos Aires, que la nacion garantiza á la provincia de Buenos Aires, su presupuesto del año de 1859, hasta cinco años despues de su incorporacion, para cubrir sus gastos, inclusa la deuda interior y exterior.

9.º Las leyes actuales de aduana de Buenos Aires sobre comercio exterior, seguirán rigiendo hasta que el Congreso nacional, revisando las tarifas de aduanas de la Confederación y de Buenos Aires, establezca la que ha de regir para todas las aduanas exteriores.

10. Quedando establecido por el presente pacto un perpétuo olvido de todas las causas que han producido nuestra desgraciada desunion, ningun ciudadano argentino será molestado de modo alguno por hechos ó opiniones políticas durante la separacion temporal de la provincia de Buenos Aires, ni confiscados sus bienes por las mismas causas, conforme á las constituciones de ambas partes.

11. Despues de ratificado este convenio, el ejército de la Confedera-

cion evacuará el territorio de Buenos Aires, dentro de quince dias, y ambas partes reducirán sus armamentos al estado de paz.

12. Habiéndose hecho ya en las provincias confederadas la eleccion de presidente, la provincia de Buenos Aires procederá inmediatamente al nombramiento de electores para que verifiquen la eleccion de presidente, hasta el 1.º de enero próximo; debiendo ser enviadas las actas electorales, antes de vencido el tiempo señalado para el escrutinio general, si la provincia de Buenos Aires hubiese aceptado sin reserva la constitucion nacional.

13. Todos los generales, jefes y oficiales del ejército de Buenos Aires dados de baja desde 1852, y que estuviesen actualmente al servicio de la Confederación, serán restablecidos en su antigüedad, rango y goce de sus sueldos, pudiendo residir en la provincia ó en la Confederación, según les conviniere.

14. La república del Paraguay cuya garantía ha sido solicitada, tanto por el Excmo. señor presidente de la Confederación Argentina cuanto por el Excmo. gobierno de Buenos Aires garante el cumplimiento de lo estipulado en este convenio.

15. El presente convenio será sometido al Excmo. señor presidente de la República del Paraguay para ratificacion del artículo precedente, en el término de cuarenta dias ó antes si fuese posible.

16. El presente convenio será ratificado por el Excmo. señor presidente de la Confederación y por el Excmo. gobierno de Buenos Aires, dentro del término de enarenta y ocho horas ó antes si fuere posible.

En fé de lo cual, etc.
Francisco Solano Lopez.—Carlos Tejedor.—Juan Bautista Peña.—Tomás Guido.—Juan Pedernera.—Daniel Araoz.—(Hay tres sellos.)

EL PRESIDENTE DE LA CONFEDERACION ARGENTINA Y CAPITAN GENERAL DE SUS EJERCITOS.

Al pueblo de Buenos-Aires.

Compatriotas: Despues de la victoria de Cepeda os dije que venia á ofrecer os una paz duradera bajo la bandera de nuestros mayores y una ley comun, protectora y hermosa; que no venia á imponeros el dominio de un hombre ni de un partido. Paz, fraternidad y union nacional proclamaba mi ejército, y estos eran los fines de la victoria.

Yo habia procurado esos nobles fines por la discusion tranquila que evitase todo sacrificio al pais, aceptando la interposicion de gobiernos amigos. No queria que se derramase sangre argentina por una cuestion fraternal, fácil de resolverse por los esfuerzos generosos del patriotismo.

Yo queria la reunion de Buenos-Aires á la familia argentina á que pertenecia y á que debia y le convenia pertenecer, queria su tranquilidad y su dicha, queria que sus hijos dejaran de estar divididos, para trabajar hermanos en la felicidad comun. Era este mi deseo, y este era tambien el deber que la nacion me habia impuesto. ¿Y podia resistirse esto con las armas en la mano por el pueblo de Buenos-Aires? Sin injusticia y sin error, no. Sabéis vosotros que no se ha vertido por mi culpa la sangre de Cepeda, y con indécito dolor contemplé los cadáveres de ambos ejércitos, víctimas argentinas en una lucha tan evitable como atroz.

La campaña entera de Buenos-Aires aplaudió esta victoria, y es pontáneo pronunciamiento de adhesion á la causa nacional se celebraban sucesivamente en sus poblaciones.

Llegado á las inmediaciones de la ciudad con un ejército cada vez mas entusiasta y numeroso, y cuando el gobierno de Buenos-Aires se preparaba á una última resistencia, no creí que el triunfo de Cepeda, ni las probabilidades de una nueva victoria, debian volverme difícil á los esfuerzos por una transacion, que hacia el representante de una potencia hermana, redoblados con ahinco, con un interés que ha ilustrado su nombre, mereciendo el reconocimiento de la nacion argentina, y el aplauso y simpatía de la humanidad entera.

Cuando la gran mayoría del pueblo de Buenos-Aires seguia la bandera nacional, la bandera de paz y fraternidad que traia en mis manos, debia esperar que la poblacion de la ciudad de Buenos-Aires, desengañada del estravio de cierto número de hombres, mirase por su suerte, y haciendo justicia á mis sentimientos hacia ella, oyese la voz de la razon, levantara la de su propio derecho, y me ayudase á un arreglo honroso y fácil que la salvase de una batalla.

Yo interpelé los sentimientos de los patriotas, de todos los hombres sensatos, de todos los partidos, de todos los hijos de la tierra y de los extranjeros tambien, porque deseaba evitarme un triunfo que pudiese costar mas sangre.

He seguido con mas empeño el curso de la negociacion pacífica bajo la mediacion del inteligente y distinguido diplomático del Paraguay el brigadier general D. Francisco Solano Lopez, hijo de mi ilustre amigo el presidente de aquella república, y las exigencias de la guerra. Pongo á todos por testigos de esta verdad.

Es lleno de gozo, de noble orgullo, de dulce gloria, que proclamo la paz al pueblo de Buenos-Aires, seguro del voto nacional y de las simpatías de la humanidad entera.

La integridad nacional está salvada. La fusion, la libertad, la fraternidad, la tranquilidad del importante pueblo de Buenos-Aires cuentan con bases convenientes que la sensatez y el patriotismo de sus hijos puede hacer fecundas.

Jamás he sentido mas dulce emocion que en este momento en que puedo holgarme de haber ofrecido un ejemplo de moralidad política, poco comun en la historia de nuestras guerras, pero que la civilizacion actual reclama.

En una lucha de familia debe preferirse toda transacion á una batalla; aquella funda la paz é inspira nobles sentimientos para el porvenir; la sangre que se vierte en esta, fermenta odios.

¿Qué nos han dado mas de cuarenta años de lucha? Arruinar el pais y cosechar horrores.

Basta ¡por Dios! de sangre inocente sacrificada al capricho de bastardas ambiciones. Basta de guerra entre los hijos de la nacion argentina, que sin ella, sería hoy la mas grande y poderosa nacion del continente!

Puede ser que en la transacion honorable que se ha hecho, muchas aspiraciones individuales no estén satisfechas, pero el interés del pais lo está; lo están los altos principios que han armado á la nacion, lo está el derecho, la civilizacion, la humanidad. Gloria á todos los que han contribuido á fundar la nueva era que se abre hoy para la hermosa provincia de Buenos-Aires y para toda la nacion!

Conozco la virtud y el patriotismo de los hijos de Buenos-Aires que me han acompañado, para esperar que se hagan con su conducta ulterior, dignos de la honra que han adquirido; y que sacrifiquen á la paz todo lo que debe sacrificar el ciudadano honrado.

Vuelven á su patria con honor: consérvense en ella lo mismo. La nacion les reconoce como á sus leales servidores. Están en la plenitud de su derecho.

No mas unitarios ni federales, hermanos todos, la patria dolorida espera su ventura de los esfuerzos de todos. No mas bandos. ¡La nacion argentina necesita de todos sus hijos para su felicidad y su grandeza!

Cada dia que durase esta situacion, era un dia de calamidad; el dia del ataque á la ciudad, hubiera sido quizá un dia de horrores. ¿Qué hijo de Buenos-Aires, que argentino no aplaudirá una paz que acaba con la incertidumbre de un destino fatal, que protege los intereses de la industria, que seca las lágrimas de la esposa y de la madre, que garante el hogar, que tranquiliza la familia, que ennoblece y glorifica la tierra donde tal hecho, grande y humanitario, se establece?

Al retroceder mis armas de la populosa ciudad y al poner mi firma en el tratado de paz, creo borrar todas las calumnias que se han lanzado contra mi nombre, y probar al pueblo de Buenos Aires, que amo y celo sus intereses y sus derechos de pueblo argentino.

La conciencia propia de superioridad de la fuerza, fácil á todos de estimar, es lo que hace para mí mas consolador y satisfactorio de este momento.

No creo sacrificar un laurel como no me engrie el recogido en Cepeda; sino porque como leccion ha servido para reconocernos y abrazarnos los hijos de una misma madre, la hermosa república de mayo.

Pero si era un laurel, lo cedo á la madre, á la esposa, á la hija de los que iban á esponer su vida en esa batalla; lo dedico á esa juventud brillante de Buenos Aires, de cuyo entusiasmo se ha abusado y que el honor militar debía comprometer en la lucha; al extranjero pacífico y laborioso, cuyos intereses iban á ser perjudicados —al vecindario de Buenos Aires, libertado de ser actor y victima de un sangriento combate.

La fortuna privada, el honor del hogar, la familia se ha salvado, al mismo tiempo que se han echado las bases de una paz permanente y de la union y felicidad de una nacion.

Ha triunfado la nacion, y ha triunfado la campaña y la ciudad de Buenos Aires.

Esta paz es para mí el mayor de los triunfos, porque es el triunfo de todos los argentinos.

De ningun campo militar me he retirado con el corazon mas satisfecho.

Despues de largos sacrificios y de crudas fatigas, mi ambicion la labro en ser testigo de la grandeza, de la union y de la felicidad de la patria, retirándome al hogar sin odio alguno personal. No quiero otro premio que la estimacion de mis conciudadanos.

El pueblo de Buenos Aires me responde de la conquista que acaba de hacer para asegurar su porvenir.

La época que acaba de pasar de cruda zozobra, sea una leccion fecunda para evitar las discusiones civiles y para no dejar arrebatarse el poder por los especuladores de la política.

¡Argentinos de Buenos Aires! Amaos unos á otros, uníos; estrechao con sinceridad, con el abrazo fraternal que funde la nueva era para la libertad y las instituciones.

La nacion, llena de regocijo, os estrecha en su seno con amor.

Jurad su ley hermosa como el mejor resultado de la paz que acabamos de establecer, como lo que puede hacerla verdaderamente fecunda en bienes.

Respetad la autoridad emanada de esta situacion, y en el ejercicio de los derechos del pueblo, proceded con cordura. De vosotros todos depende ahora la felicidad y el honor de vuestra patria. Sed ciudadanos y dejad las armas para cuando la honra, la libertad y la independencia del pais lo exijan.

Pronto dejaré este suelo donde dos veces he traído mis armas. Llevo el consuelo de que por mi culpa no se ha vertido en él ni una gota de sangre, ni una lágrima. No quiero palmas al vencedor: me bastan simpatías al amigo y al hermano.

Antes de concluir debo recomendar nuevamente á la mas elevada estimacion, los esfuerzos por la paz del ilustre mediador del Paraguay. A él se debe en gran parte tan fausto resultado. Ninguna demostracion de gratitud por parte de la nacion será demasiada para honrar su amistad. La ciudad de Buenos Aires le debe una palma! Ante la nacion recomendaré la noble conducta observada por los ministros de Francia é Inglaterra, muy particularmente, por los cónsules de las demás naciones, así como por toda la poblacion extranjera que prescindiendo en la lucha ha mostrado sus simpatías ó sus esfuerzos por la paz.

Conciudadanos de Buenos Aires! los que os habeis adherido á la causa nacional, que ha triunfado; debido á vosotros tambien, y aun de los que me han combatido.—¡Os saludo á todos como hermanos!... Sedlo vosotros de buena fé, y se habrá levantado para siempre á la faz de la tierra la grande y gloriosa nacion.

JUSTO JOSÉ DE URQUIZA.

Cuartel general de San José de Flores, á 11 de noviembre de 1859.

SILVA AMERICANA

Á LA AGRICULTURA DE LA ZONA TÓRRIDA.

¡Salve, fecunda zona
Que al sol enamorado circunseribes
El vago curso y cuanto ser anima
En cada vario clima,
Acariciado de su luz concibe!
Tú tejes al verano su guirnalda
De granadas espigas; tú la uva
Das á la hirviente euvia:
No de purpúrea fruta, ó roja ó gualda
A tus florestas bellas
Falta matiz alguno; y bebe en ellas
Aromas mil el viento;
Y greyes van sin cuento
Paciendo tu verdura desde el llano
Que tiene por lindero el horizonte,
Hasta el erguido monte
De inaccesible nieve siempre cano.
Tú das la caña hermosa
De dó la miel se acendra,
Por quien desdeña el mundo los panales:
Tú en urnas de coral cuajas la almendra
Que en la espumante jicara rebosa:
Bulle carmin viviente en tus nopales
Que afrenta fuera al múrice de Tiro;
Y de tu añil la tinta generosa,
Émula es de la lumbré del zafiro;
El vino es tuyo, que la herida agave (1)
Para los hijos vierte
Del Anahuac feliz; y la hoja es tuya,
Que cuando de suave
Humo en espiras vagorosas huya,
Solazará el fastidio al ocio inerte.
Tú vistes de jazmines
El arbusto sabéo, (2)
Y el perfume le das, que en los festines
La fiebre insana templará á Lieo.
Para tus hijos la procerca palma (3)
Su vario feudo cria,
Y el ananás sazón su ambrosía:
Su blanco pan la yuca (4)
Sus rubias pomas la patata educa,
Y el algodón despliega al aura leve
Las rosas de oro y el vellon de nieve.
Tendida para tí la fresca parcha (5)
En enramadas de verdor lozano;

(1) Magueí ó pita (agave americana) que dá el pulque.
(2) El café es originario de Arabia, y el mas estimado en el comercio viene todavía de aquella parte del Yémen en que estuvo el reino de Sabá, que es cabalmente donde hoy está Moka.
(3) Ninguna familia de vegetales puede competir con las palmas en la variedad de productos útiles al hombre; pan, leche, vino, aceite, fruta, hortaliza, cera, leña, cuerdas, vestido, etc., etc.
(4) No se debe confundir (como se ha hecho en un Diccionario de grande y merecida autoridad) la planta de cuya raíz se hace el pan de casave (que es la *fatropha manihot*, Linneo, conocida ya generalmente en castellano bajo el nombre de yuca) con la yuca de los botánicos.
(5) Este nombre se dá en Venezuela á las pasifloras ó pasionarias, género abundantísimo en especies, todas bellas y algunas de suavísimos frutos.

Cuelga de sus sarmientos trepadores
Nectáreos globos y franjadas flores;
Y para ti el maíz, jefe altanero
De la espigada tribu, hincha su grano;
Y para ti el banano (1)
Desmaya al peso de su dulce carga;
El banano, primero
De cuantos concedió bellos presentes,
Providencia á las gentes
Del Ecuador feliz, con mano larga.
No ya de humanas artes obligado
El premio rinde opimo:
No es á la podadera, no al arado,
Dendur de su racimo:
Escasa industria bástale, cual puede
Hurtar á sus fatigas mano esclava;
Crece veloz y cuando exhausto acaba,
Adulta prole en torno le sucede.
Mas oh! si cual no cede
El tuyo, fértil zona, á suelo alguno,
Y como de natura esmero ha sido
De tu indolente habitador lo fuera!
Oh! si al falaz ruido
La dicha al fin supiese verdadera
Anteponer, que del umbral le llama
Del labrador sencillo,
Lejos del necio y vano
Falso, el mentido brillo,
El ocio pestilente ciudadano!
¿Por qué ilusión funesta
Aquellos que fortuna hizo señores
De tan dichosa tierra y pingüe y varia,
Al cuidado abandonan
Y á la fé mercenaria,
Las patrias heredades,
Y en el ciego tumulto se aprisionan
De miserables ciudades,
Do la ambición proterva
Sopla la llama de civiles bandos,
O al patriotismo la desidia enerva;
Do el lujo las costumbres atosiga,
Y combaten los vicios
De incauta edad en poderosa liga?
No allí con varoniles ejercicios
Se endurece el mancebo en la fatiga;
Ya la salud estraga en el abrazo
De pérdida hermosa
Que pone en almoneda los favores;
Ya pasatiempo estima
Prender alevé en casto seno el fuego
De ilícitos amores;
O embebecido le hallará la aurora
En mesa infame de ruinoso juego.
En tanto á la lisonja seductora
Del asiduo amor, fácil oído
Dá la consorte: crece
En la proterva escuela
De la disipación y el galanteo
La tierna virgen, y al delito espuela
Es antes el ejemplo que el deseo.
¿Y será que se formen de ese modo
Los ánimos heroicos, denodados
Que fundan y sustentan los estados?
¿De la algazara del festín beodo
Ó de los coros de liviana danza,
La dura juventud saldrá modesta,
Orgullo de la patria y esperanza?
¿Sabrá con firme pulso
De la severa ley regir el freno;
Brillar en torno aceros homicidas
En la dudosa lid verá sereno;
Ó animoso hará frente al genio altivo
Del engreído mando en la tribuna,
Aquel que ya en la cuna
Durmíó al arrullo del cantar lascivo,
Que riza el pelo, y se unge, y se atavía
Con femineo esmero,
Y en indolente ociosidad el día,
Ó en criminal lujuria pasa entero?
No así trató la triunfadora Roma
Las artes de la paz y de la guerra;
Antes fió las riendas del estado
A la mano robusta
Que tostó el sol y encalleció el arado,
Y bajo el techo humoso campesino
Los hijos educó, que el conjurado
Mundo allanaron al valor latino.
¿Oh, los que afortunados poseedores
Habeis nacido de la tierra hermosa
En que reseña hacer de sus favores,
Como para ganaros y atraeros,
Quiso naturaleza bondadosa!
Romped el duro encanto
Que os tiene entre murallas prisioneros,
El vulgo de las artes laborioso;
El mercader que necesario al lujo
Al lujo necesita;
Los que anhelando van tras el señuelo
Del alto cargo y del honor ruidoso,
La grey de aduladores parasita,
Gustosos pueblen ese infecto caos;
El campo es vuestra herencia: en él gozáos.
¿Amáis la libertad! el campo habita,
No allá donde el magnate
Entre armados satélites se mueve,
Y donde vá de moda seductora
Al triunfal carro la razón atada;
Ya á la fortuna la insensata plebe,
Y el noble al aura popular adora.
¿O la virtud amáis? ¿Ah, que el retiro,
La solitaria calma
En que juez de sí misma para el alma
A las acciones muestra,
Es de la vida la mejor maestra!
¿Buscáis durables gozos,
Felicidad cuanta es al hombre dada
Y á su terreno asiento, en que vecina
Está la risa al llanto, y siempre, ¡ah! siempre
Donde halaga la flor punza la espina?
Id á gozar la suerte campesina,

(1) El banano es el vegetal que principalmente cultivan para sí los esclavos de las plantaciones ó haciendas y de que sacan mediana ó inmediatamente su subsistencia, y casi todas las cosas que les hacen tolerables la vida. Sabido es que el bananal no sólo dá á proporcion del terreno que ocupa, mas cantidad de alimento que ninguna otra siembra ó plantío, sino que de todos los vegetales alimenticios, este es el que pide menos trabajo y menos cuidado.

La regalada paz, que ni rencores
Al labrador, ni envidias acibaran:
La cama que mullida le preparan
El contento, el trabajo, el aire puro;
Y el sabor de los fáciles manjares
Que dispendiosa gula no le aceda;
Y el asilo seguro
De sus patrios hogares
Que á la salud y al regocijo hospeda.
El aura respirad de la montaña,
Que vuelve al cuerpo laso
El perdido vigor, que á la enojosa
Vejez restaura el paso,
Y el rostro á la beldad tiñe de rosa.
¿Es allí menos blanda por ventura
De amor la llama, que templó el recato,
O menos oficiosa la hermosura
Que de extranjero ornato
Y aceites impostores no se cura?
¿O el corazón escucha indiferente
El lenguaje inocente
Que los afectos sin disfraz espresa,
Y á la intención ajusta la promesa?
No del espejo al importuno ensayo
La risa se compone, el paso, el gesto,
Ni falta allí carmin al rostro honesto
Que la modestia y la salud colora;
Ni la mirada que lanzó al soslayo
Timido amor, la senda al alma ignora.
¿Esperareis que forme
Mas venturosos lazos himeneo,
Dó el interés barata,
Tirano del deseo,
Ajena mano y fé, por nombre ó plata;
Que dó conforme gusto, edad conforme,
Y elección libre y mútuo ardor los ata?
¿Allí tambien deberes
Hay que llenar; cerrad, cerrad las hondas
Heridas de la guerra; el fértil suelo,
Aspero ahora y bravo
Al desacostumbrado yugo torne
Del arte humana y le tribute esclavo;
Del obstruido estanque y del molino
Recuerden ya las aguas el camino:
El intrincado bosque el hacha rompa,
Consuma el fuego; abrid en luengas calles
La oscuridad de su infructuosa pompa.
Abrigo den los valles
A la sedienta caña;
La manzana y la pera
En la fresca montaña
El cielo olviden de su madre España;
Adorne la ladera
El cafetal: ampare
A la tierna teobroma en la ribera
La sombra maternal de su bucare. (1)
Aquí el vergel, allá la huerta via...
¿Es ciego error de ilusa fantasía?
Ya dócil á tu voz, agricultura,
Nodriz de las gentes, la caterva
Servil armada vá de corvas hoces:
Mírola ya que invade la espesura
De la floresta opaca: oigo las voces,
Siento el rumor confuso: el hierro suena;
Los golpes el lejano
Eco redobla: gime el ceibo anciano,
Que á numerosa tropa
Largo tiempo fatiga:
Batido de cien hachas, se estremece,
Estalla al fin, y rinde el ancha copa.
Huye la fiera; deja el caro nido,
Deja la prole implume
El ave, y otro bosque no sabido
De los humanos vá á buscar doliente...
¿Qué miro? alto torrente
De sonora llama
Corre y sobre las áridas ruinas
De la postrada selva se derrama:
El raudo incendio á gran distancia brama
Y el humo en negro remolino sube.
Aglomerando nube sobre nube,
Ya de lo que antes era
Verdor hermoso y fresca lozania,
Solo difuntos troncos,
Solo cenizas quedan, monumento
De la dicha mortal, burla del viento;
Mas al vulgo bravo
De las tupidas plantas montaraces
Sucede ya el fructífero plantío
En muestra ufana de ordenadas haces.
Ya ramo á ramo alcanza,
Ya los rollizos tallos hurta el día:
Ya la primera flor desvuelve el seno,
Bello á la vista, alegre á la esperanza:
A la esperanza, que riendo enjuga
Del fatigado agricultor la frente,
Y allá á lo lejos el opimo fruto.
Y la cosecha apañadora pinta,
Que lleva de los campos el tributo,
Colmado el cesto y con la falda en cinta
Y bajo el peso de los largos bienes
Con que al colono acude,
Hace crugir los vastos almacenes.
¿Buen Dios! no en vano sude,
Mas á merced y á compasión te mueva
La gente agricultora
Del Ecuador, que del desmayo triste,
Con renovado aliento vuelve ahora.
Y tras tanta zozobra, ansia, tumulto,
Tantos años de fiera
Devastación y militar insulto,
Aun mas que tu clemencia antigua implora.
Su rústica piedad, pero sincera,
Halle á tus ojos gracia: no el risueño
Porvenir que las penas le aligera,
Cual devorado sueño
Vision falaz desvanecido llore:
Y tempestiva lluvia no maltrate
El delicado embrión: el diente impío
De insecto roedor no lo devore;
Sañudo vendaval no lo arrebathe
Ni agote al árbol el materno jugo,
La calorosa sed de largo estío.
Y pues, al fin te plugo,

(1) El cacao (Theobroma cacao, L.) suele plantarse en Venezuela á la sombra de árboles corpulentos llamados bucares.

Árbitro de la suerte soberano,
Que suelto el cuello de extranjero yugo,
Írguese al cielo el hombre americano,
Benedicida de ti se arraigue y medre
Su libertad: en el mas hondo encierra
De los abismos la malvada guerra,
Y el miedo de la espada asoladora
Al suspicaz cultivador no arrede
Del arte bienhechora
Que las familias nutre y los estados:
La azorada inquietud deje las almas,
Deje la triste herrumbre los arados;
Asaz de nuestros padres malhadados
Espiamos la bárbara conquista.
¿Cuántas do quier la vista
No asombran erizadas soledades,
Do cultos campos fueron, do ciudades?
De muertes, proscripciones,
Suplicios, horfandades,
¿Quién contará la pavorosa suma?
Saciadas duermen ya de sangre ibera
Las sombras de Atahualpa y Motezuma.
¡Ah! desde el alto asiento,
En que escabel te son alados coros
Que velan en pasmado acatamiento
La faz, ante la lumbre de tu frente
(Si merece por dicha una mirada
Tuya la sin ventura humana gente),
El ángel nos envía
El ángel de la paz, que al crudo ibero
Haga olvidar la antigua tiranía,
Y acatar reverente al que á los hombres
Sagrado diste, imprescriptible fuero;
Que alargar le haga al injuriado hermano,
(Ensangrentóla asaz!) la diestra inerme:
Y si la innata mansedumbre duerme,
La despierte en el pecho americano.
El corazón lozano
Que una feliz oscuridad desdeña,
Que en el azar sangriento del combate
Alborozado late,
Y codicioso de poder ó fama,
Nobles peligros ama;
Baldon estime solo y vituperio
El prez que de la patria no reciba
La libertad mas dulce que el imperio,
Y mas hermosa que el laurel la oliva.
Ciudadano el soldado,
Deponga de la guerra la librea:
El ramo de victoria
Colgado al ara de la patria sea,
Que solo adorne al mérito la gloria,
Y de su triunfo entonces, patria mia,
Verá la paz el suspirado día;
La paz, á cuya vista el mundo llena
Alma, serenidad y regocijo;
Vuelve alentado el hombre á la faena,
Alza el ancla la nave á las amigas
Auras encomendándose animosa;
Enjámbrase el taller, hierbe el cortijo,
Y no basta la hoz á las espigas.
¿Oh! jóvenes naciones, que ceñida
Alzais sobre el atónito Occidente
De tempranos laureles la cabeza,
Honrad el campo, honrad la simple vida
Del labrador y su frugal llaneza.
Así tendrán en vos perpetuamente
La libertad morada,
Y freno la ambición, y la ley templo.
Las gentes á la senda
De la inmortalidad, árdua y fragosa,
Se animarán citando vuestro ejemplo.
Lo emulará celosa
Vuestra posteridad, y nuevos nombres
Añadiendo la fama
A los que ahora aclama,
«Hijos son estos, hijos,
(Pregonará á los hombres)
De los que vencedores superaron
De los Andes la cima:
De los que en Boyacá, los que en la arena
De Maipó, y en Junín, y en la campaña
Gloriosa de Apurima,
Rendir supieron al león de España.

ANDRÉS BELLO.

Trasladamos á continuación el siguiente episodio que demuestra una vez mas la bravura de nuestros soldados en Africa:

«Habiendo hecho alto la division del general O'Donnell (don Enrique) en la acción del 31, un ginete árabe que habia estado dirigiendo los moros de caballería ó infantería enemiga durante todo el combate, se adelantó algun tanto hácia nuestros batallones con cuatro ó seis ginetes. Iba vestido todo de grana, y se le habia visto siempre en los sitios de mayor peligro. El general O'Donnell (D. Enrique), hizo adelantar por su parte á su ayudante señor Maturana, con ocho guardias civiles y cuatro ordenanzas, no con objeto de cargar, sino para observar los movimientos del enemigo; pero al llegar al punto que se le habia señalado, se encontró en frente á dicho extraño ginete con sus cuatro ayudantes, y á cada lado una docena de ginetes árabes mas. Sin inmutarse, sin temor alguno, con una bizarría heroica, cargó el señor Maturana con los ocho valientes que le acompañaban sobre el ejército marroquí y se mezclaron todos moros y cristianos. Habiendo caído de su caballo uno de los guardias civiles, ocho ó diez moros, dirigidos por el jefe, quisieron hacerle prisionero, y entonces el señor Maturana, viendo que era inútil el sable, acudió á su revolver y mató al jefe é hirió á otros dos moros. El enemigo se pronunció en retirada, mucho mas cuando dos compañías de la Princesa y una de Toledo, desplegadas en línea de tiradores, se aproximaban para apoyar á sus hermanos de peligro.

Segun la declaración de los prisioneros que se han hecho, el muerto era el jefe de mayor graduación y de mayor prestigio en el imperio despues de las personas reales. Su traje consistía en un riquísimo jaique de grana forrado de seda y con madura de seda tambien; llevaba debajo una túnica azul y una botocamisa muy fina. Estas prendas están en poder del general D. Enrique O'Donnell, y el caballo que montaba dicho ginete en el del señor conde de Reus, que se habia quedado con, esta division de su cuerpo de ejército.»

BOLETIN DE ULTRAMAR.

COLONIZACION

de las posesiones españolas en el golfo de Guinea.

Trabajos estensos, meditados y profundos, que han visto la luz pública en este mismo periódico, contienen sobre la historia y descripción física de las islas, cuantos datos puede desear el curioso. Una serie de artículos publicados hace algun tiempo en LA AMÉRICA por el actual director de Ultramar, llamaron la atención del público y del gobierno sobre la urgente necesidad de colonizar aquellas posesiones. Preparados luego con actividad y celo los trabajos para una expedición que realizase el pensamiento, tuvo esta lugar en el verano último, con aplauso general y bajo los mejores auspicios. ¿Cuál es hoy el estado de aquellas islas? ¿Qué ventajas ha reportado la expedición colonizadora? Procuraremos satisfacer, en cuanto sea posible, á estas preguntas.

El principal objeto que se propone el gobierno en la colonización de las islas de Fernando Póo, Annobon y Corisco, es convertirlas, y principalmente á la primera, en un vasto depósito comercial para el tráfico de aquellas costas. Nadie ignora que este se ejecuta en la actualidad adquiriendo los cargadores cortas partidas en diferentes lugares, por medio de pequeñas embarcaciones que las conducen al punto de esportación. Allí las esperan otros buques mayores que las recojen y esportan definitivamente. Fernando Póo puede llegar á convertirse en depósito central de este comercio de cabotaje, para lo cual está recomendado á aquel gobernador que dispense la mayor protección á el comercio nacional y extranjero.

Para este objeto es uno de los medios mas eficaces tener la isla completamente surtida de artículos de primera necesidad.—Si el interés particular comprendiese desde luego los grandes beneficios que le ofrece aquel tráfico, el gobierno podría abstenerse de toda gestión confiando en la actividad de los individuos; pero si esta falta, ó no cubre las necesidades generales, el gobernador está encargado de llenarlas, en la medida que corresponde á las elevadas miras que escluyen toda idea de acaparamiento ó monopolio.

Como preferente medio de civilización y cultura puesto á la disposición de un gobierno católico, el de España ha confiado al celo de los misioneros jesuitas el cuidado de propagar y fomentar la doctrina cristiana. Urge dispar en aquellos atrasados países los errores sembrados por los misioneros anabaptistas que el abandono y descuido de nuestros gobiernos ha permitido establecerse en varios puntos de las islas.

El gobernador está encargado además de utilizar las fuerzas militares de la guarnición en trabajos, que, sin comprometer su salud, contribuyan al desarrollo del establecimiento colonial. Retribuidos, como es justo y conveniente, alejarán los peligros de la ociosidad y molición, favoreciendo al propio tiempo la aclimatación para las eventualidades que pueda reclamar el servicio.

La propagación del idioma castellano es otro de los medios que han de favorecer nuestro dominio, y á este fin se ha ordenado la publicación en aquel idioma de todas las órdenes y disposiciones oficiales, aunque por ahora se den traducidas al inglés para su mas fácil ejecución é inteligencia. Pero se recomienda la enseñanza del español en las escuelas que existan y en las que se vayan creando.

Tales fueron las principales instrucciones que el gobierno comunicó á la autoridad superior de aquellas islas, fiando á su discreción y reconocido celo la aplicación de aquellos cánones administrativos. Hoy que han transcurrido mas de cuatro meses desde la llegada de la expedición á su destino, puede decirse algo de sus adelantos y de lo que un porvenir inmediato nos promete.

Comenzaremos esponiendo algunas ideas sobre la situación física y moral de las islas.

Fernando Póo es una especie de monte cuya base, arrancando de lo profundo del Océano, indica á las claras su procedencia volcánica. Levántase hasta 12,000 pies sobre el nivel del mar, que es una de las mayores alturas en aquella península. Formando parte de la gran cordillera que tiene origen en los montes de la Luna, se prolonga despues por los de Camaronés y viene al fin á sumergirse en las aguas. Los puntos salientes de esta parte sumergida, que se elevan de trecho en trecho sobre el mar, forman las islas del Principe, Santo Tomé, Annobon hasta llegar á la isla de Santa Elena, donde termina en su dirección de Norte á Sur, para tomar un rumbo diferente.

Comprendida así en sus lineamientos principales la topografía de aquellas grandes cordilleras, diremos algo, aunque en muy breves palabras, sobre la disposición general de aquellas islas. Fernando Póo tiene, por su forma cónica, la variedad de climas que corresponde á las montañas y valles, ofreciendo, para el día en que la haya fertilizado el cultivo, la rica producción de los mas diversos frutos.

La combinación del calor y la humedad, producto de los rayos del sol y las abundantes lluvias, mantienen allí esa exuberante vegetación de que no se tiene idea en el occidente de Europa. Las lluvias son copiosas en la mayor parte del año, especialmente en los meses de diciembre, enero y febrero, durante los cuales se aumenta el ardor de los rayos solares.— El aspecto de las islas es pintoresco desde el mar y se asemeja al de las lindas

montañas de Suiza. Fernando Póo tiene magníficos valles: el mas estenso es el que forma la estensa llanura donde está situada la ciudad de Santa Isabel: estiéndose desde el distrito Yspel en el Este hasta el de Basile en el Oeste, variando su anchura segun la prolongación de algunas puntas.

La temperatura es templada en la mayor parte del año, no pasando el termómetro de Fahrenheit de los 90 grados ni bajando de 72. Las brlsas del mar, que refrescan además suavemente las costas, hacen mas agradable el clima de las islas y aumentan la salubridad de sus condiciones. Así que ha habido no poca exageración en las relaciones que suponen lo contrario; pues aunque existan allí con carácter endémico las fiebres intermitentes propias de los terrenos calientes y húmedos, son, por lo general, bastante benignas, y desaparecerán tan pronto como se haya desmontado el terreno. Recuérdense sino las primeras relaciones que nos vinieron de los Estados-Unidos de América, y se hallarán los mismos temores sobre la insalubridad del clima que hoy nos llegan tan abultados de nuestras posesiones de Guinea. El tiempo ha hecho justicia á aquella falsa alarma, y la cultura ha trasformado aquellas vastas arboledas. Lo mismo sucedería en Fernando Póo con la ventaja de sus mejores condiciones.

Son estas inmejorables por su situación y su clima, como lo prueba la espontaneidad y variedad de sus frutos. Las maderas son abundantes y preciosas, compitiendo en frondosidad y corpulencia el roble blanco y negro, el caobo fino y basto, el cedro, el moral de India, el zeck, el aceitillo, el sabien, el guacaco, el cocotero, el mango, el igueron: el guazumo, el árbol del pan, el aguacate, el guanábano, el zapote, el guayabo, el ébano, el algodonero, el limonero, el naranjo, y otra infinidad de árboles mas ó menos conocidos. Dánse también allí, con facilidad y abundancia, el cacao, el café, la caña de azúcar y cuantas plantas se crian en las Antillas. A todo se presta aquel clima escepcional, donde solo falta el arte y la mano del hombre. Aquí es donde comienza la dificultad que el gobierno está llamado á vencer con su perseverancia.

Es necesario construir habitaciones, abrir caminos, desmontar y roturar los terrenos; todo esto exige brazos, capitales y tiempo. Un gobierno no puede apresurar este ni improvisar los primeros: puede y debe con su inteligente dirección allanar las dificultades y dar estímulos al trabajo, premiando el celo y sacrificios de los nuevos pobladores con recompensas y exenciones que los alienten, atrayendo á los industriales y comerciantes de todos los países con eficaces garantías y medidas protectoras, y sembrando en el ánimo de los indígenas la fecunda semilla de una religión civilizadora.

Esto es lo que ha hecho y sigue haciendo el gobierno con el buen éxito que acompaña á todas las medidas útiles. Se ha dado principio á la construcción de casas que ofrecen cómodo y sano albergue á los colonos: se estudia el país y se hacen ensayos de cultivo que ofrecen hasta el día excelentes resultados; se explora y examina lo interior de la isla estrechando las relaciones con sus habitantes, y propagando entre ellos la doctrina católica, fuente perenne de moralidad y virtudes. Estos trabajos, de efecto seguro aunque lento, nos atraerán insensiblemente el cariño de aquellos indígenas, asociándonoslos con el fuerte vínculo de la gratitud que es muy poderoso en aquellas gentes sencillas.

Hasta aquí no se ha tropezado con mas obstáculos que los inseparables en este género de empresas; pero vencidos con fortuna y sana intención, la autoridad está mas desembarazada en su ejercicio, y es de esperar que no pase mucho tiempo sin que los resultados lleguen á conocimiento del público que aplaudirá, sin curarse de los ataques de *El Reino* y atento solo á la voz del patriotismo, los esfuerzos de inteligencia y perseverancia que nos han adquirido una preciosa conquista.

RICARDO DE FEDERICO.

MINISTERIO DE LA GUERRA Y DE ULTRAMAR.

Resoluciones adoptadas en las fechas que se expresan.

SECCION DE GOBIERNO.

Islas Filipinas.

1.º Diciembre 1859. Mandando que el gobernador capitán general no disponga gasto alguno de los fondos de propios y arbitrios sino para obras de absoluta necesidad, y que remita el presupuesto de ingresos y gastos para ser examinado y aprobado.

Id. id. Aprobando el gasto de 249 pesos 6 cént. para el alumbrado del paseo de Bagumbayan, con cargo á los fondos municipales de aquella capital.

Id. id. Aprobando el gasto para la compra de un retrato, un aparador y un globo para el tribunal del pueblo de Pidig, con cargo al sobrante de los fondos de arbitrios del mismo.

2 id. Negando la aprobación del gasto de 4,000 pesos para el riego de las calles de Manila, y disponiendo que este se verifique por los vecinos, y en los edificios públicos por los dependientes encargados de su custodia.

Id. id. Aprobando el gasto de 21,238 pesos 70 céntimos

para las obras de ensanche del Cementerio de Paco, de Manila, con cargo á los fondos municipales.

Id. id. Autorizando el gasto de 210 pesos para la recomposición del camino de Carballo en Nueva-Eeija, con cargo á los fondos de propios y arbitrios.

Id. id. Aprobando el gasto de 615 pesos á que asciende la recomposición del tribunal de la Cabecera de la provincia de Surigao, con cargo á los fondos de arbitrios de la misma.

Id. id. Aprobando el gasto de 40 pesos que ocasionó la expedición contra la ranchería Macupoll en Nueva-Vizcaya, con cargo á los fondos de arbitrios de la misma.

Id. id. Aprobando el gasto de 5,230 pesos 75 cént. para la construcción de ocho casas tribunales y reparación de varios edificios en la provincia de Antique, con cargo al sobrante de arbitrios de la misma.

Id. id. Aprobando la pensión de medio real diario á Juan Cantona Leon, natural del pueblo de Siloni, inutilizado en un combate sostenido contra malhechores, con cargo al sobrante de fondos de arbitrios.

Id. id. Aprobando el gasto de 581 pesos para el ensanche del puente que conduce desde el pueblo de Santa Cruz al de Quiapo, con cargo á los fondos municipales.

Id. id. Aprobando el gasto de ocho pesos mensuales que ha de originar el aumento de cuatro sacristanes, para el servicio de la iglesia de Balambau (Cebú), con cargo á los fondos de comunidad.

Id. id. Aprobando el gasto de 948 pesos para la recomposición de los caminos de Santa María y San José de Bucalan, con cargo al sobrante de arbitrios.

Id. id. Aprobando el aumento hecho á los presos para reparar la cárcel de Tabayes, de 10 cuartos, y el de un alcaide para la misma con 10 pesos mensuales, con cargo á los fondos generales de arbitrios.

Id. id. Aprobando el gasto de 522 pesos para reparar varios edificios del pueblo de Placer, en la provincia de Surigao, con cargo al sobrante de arbitrios.

Id. id. Aprobando el gasto de 21 pesos para el sostenimiento del alumbrado en varios pueblos, con cargo al sobrante de los fondos de arbitrios.

Id. id. Aprobando el gasto de 200 pesos para la construcción de una casa tribunal en Mamigal, provincia de Ilocos, con cargo al fondo general de arbitrios y en calidad de reintegro por los fondos que en su día tenga dicho pueblo.

Id. id. Aprobando el gasto de 337 pesos para construcción y reparación de varios barangayanes en los pueblos de la provincia de la isla de Negros, con cargo al sobrante de cajas de comunidad.

Id. id. Aprobando el gasto de 2,056 pesos para hacer un camino desde el pueblo de Ermitas á la Calzada de Paco y un puente sobre el Estero de Santa Mónica, con cargo al sobrante de cajas de comunidad.

Id. id. Aprobando el gasto de 1,279 pesos 4 cént. para la adquisición y recomposición de dos falúas para los pueblos de Butuan y Guingoy y algunos otros, con cargo al fondo de arbitrios.

Id. id. Aprobando el gasto de 15 pesos mensuales para el pago de tres boyadores en el pueblo de Pasig y Malapatuerto, con cargo al sobrante de fondos de arbitrios.

Id. id. Aprobando el gasto que ocasione la compra de cinco y media resmas de papel de Europa para los tribunales de los pueblos de Bataan, con cargo al sobrante de fondos de arbitrios.

Id. id. Declarando de cuenta de los fondos de arbitrios de Macabele (Pampanga) la pérdida de 514 pesos robados á la caja de los mismos, sin perjuicio de exigir la responsabilidad á la persona ó funcionarios que apareciesen culpables en lo sucesivo.

Id. id. Disponiendo se forme un proyecto y presupuesto de las obras para la conducción de aguas potables á Manila, con el fin de dar cumplimiento al legado de D. Francisco Carriedo.

Id. id. Disponiendo que en lo sucesivo no se autoricen los gastos que se hacen con cargo á los sobrantes de propios y arbitrios y cajas de comunidad que existan antes de la creación de la Junta directiva de administración local.

Id. id. Al gobernador capitán general, declarando que en ausencia del superintendente de la Hacienda pública, presida la Junta directiva de administración local, el fiscal del crimen, ó el oidor vocal, segun la antigüedad que cada uno tenga.

Id. id. Declarando estinguida la condena impuesta al confinado José Marco, que fué hecho cautivo por los moros, de conformidad con lo informado por la real Audiencia chancillería.

Id. id. Aprobando la pensión de 6 pesos mensuales á Francisca Llanto, viuda del cuadrillero Esteban Guerrero, con cargo á los fondos de propios y arbitrios.

Id. id. Aprobando el gasto de 2,107 pesos para la construcción de un puente de piedra en la jurisdicción del pueblo de México, provincia de Pampanga, con cargo á los sobrantes de fondos de propios y arbitrios.

Id. id. Aprobando la pensión de 12 pesos mensuales á

D. Francisco Aquin, capitán de cuadrilleros del pueblo de San Pablo (Batangas), con cargo á los sobrantes de fondos de propios y arbitrios.

Id. id. Aprobando el gasto de 15,190 pesos 2 cént. para el ensanche de una cárcel pública en la cabecera de la provincia de Pangasinan, con cargo al fondo de sobrantes de arbitrios.

Id. id. Aprobando la asignación de 2,000 pesos de cajas de comunidad para alivio de las deudas causadas en el distrito del Príncipe (provincia de Nueva Ecija), por el Baguio sufrido el 3 de mayo último, con cargo al sobrante de fondos de propios y arbitrios.

Isla de Cuba.

2 id. Al gobernador capitán general, negando la subvención que solicita D. José Toribio de Azarosa, para la publicación de una colección de disposiciones administrativas.

3 id. Al gobernador capitán general, denegando la rebaja de la tercera parte de la condena solicitada por el presidiario Félix Cárdenas Echevarría, de conformidad con lo informado dar la Sala de Indias del supremo tribunal de Justicia.

Id. id. Al gobernador capitán general, disponiendo que los trabajos de los confinados empleados en las obras del canal de Isabel II, se tengan en cuenta al solicitar estos la rebaja de sus condenas.

Id. id. Al gobernador capitán general, que no se haga variación en la planta de la sección de Hacienda de la secretaría del gobierno superior civil de la isla.

Id. id. Al gobernador capitán general, aprobando la creación de ocho plazas de escribientes en la secretaría del gobierno superior civil y supresión de otras dos.

5 id. Al gobernador capitán general, aprobando las alteraciones hechas en el servicio de correos desde la capital á Hoyo-Colorado, y asignando al conductor nombrado por la Administración el haber de 900 pesos.

6 id. Al gobernador capitán general, concediendo rebaja de tercera parte de su condena al presidiario Juan Bautista Fernández Eugenes, de conformidad con lo informado por la Sala de Indias del supremo tribunal de Justicia.

Id. id. Al gobernador capitán general, concediendo rebaja de la tercera parte de su condena al presidiario Domingo González, de conformidad con lo informado por la Sala de Indias del supremo tribunal de Justicia.

Id. id. Al gobernador capitán general, denegando al presidiario Nicolás Rivero y Estrada la rebaja que solicita de su condena, de conformidad con lo informado por la Sala de Indias del supremo tribunal de Justicia.

7 id. Al gobernador capitán general, aprobando la separación de D. Francisco de Orta y D. Jorge Ledo, médicos primero y segundo de la visita de Sanidad del puerto de la Habana, y nombrando á D. Juan Arrastia.

Puerto Rico.

3 id. Al gobernador capitán general, desestimando una exposición de varios hacendados de la villa de Ponce sobre el sistema de prestaciones personales, administración de los fondos de caminos, construcción de estos y otros particulares.

REALES ÓRDENES.

Excmo. Sr.: La Reina (Q. D. G.), en vista de la carta de V. E. núm. 2,885, fecha 24 de setiembre último, y en atención á ser ya un hecho consumado la emisión de 30,000 billetes en cada uno de los sorteos de la lotería de esa Isla; y hallándose esta emisión justificada por la demanda de aquellos, ha tenido á bien aprobar la medida de que da cuenta V. E. en la propia comunicación. Al propio tiempo es la voluntad de S. M. se encargue á V. E., como de su real orden lo ejecuto, que siguiendo el espíritu de la de 5 de agosto último, cuide de que la administración general de la renta, en vista del resultado del juego en cada año, prevea en tiempo para el siguiente las necesidades que deban satisfacerse, y se tenga en consecuencia un presupuesto tan exacto como sea posible.

Dios guarde á V. E. muchos años. Madrid 6 de diciembre de 1859.—El director general de Ultramar, encargado interinamente del despacho, Augusto Ulloa.—Señor superintendente delegado de Hacienda de la Isla de Cuba.

Excmo. Sr.: La Reina (Q. D. G.), vistas las cartas de esa superintendencia, números 546 y 1,708, fechas 28 de setiembre de 1855 y 8 de noviembre de 1857, relativas á que se exima del pago de los derechos de tonelada á los buques que entren en el puerto de Baracoa y salgan cargados de frutos, con objeto de sacar de su decadencia al distrito á que aquella población da nombre, y cuya situación geográfica es tan importante, de conformidad con lo consultado por la sección de Ultramar del extinguido Consejo Real, se ha servido resolver:

1.º Que disfrute el puerto de Baracoa por 20 años la franquicia de que todos los buques que entren en lastre y salgan completamente cargados de frutos del país no paguen derecho alguno de tonelada.

2.º Que V. E., en su doble carácter de superintendente y gobernador capitán general, disponga inmediatamente se cumpla en todas sus partes la real orden de 6 de abril de 1847, dando cuenta de lo que de ella se hubiere ejecutado, y activando la persecución y extinción de los palenques de cimarones.

3.º Otorgar al ayuntamiento de Baracoa los terrenos realengos que tiene solicitados.

4.º Que para facilitar la colonización, se estimule á los co-

lonos que tuvieren pocos recursos con alguna subvención para su establecimiento y comienzo del cultivo.

5.º Que si transcurridos los 20 años de la franquicia no se hubiesen obtenido los resultados que se buscan, ó por el contrario, hubiere Baracoa salido de su actual postración, sea retirada la concesión; quedando sujeto su puerto al pago de los derechos que satisfacen los demás de la Isla.

6.º Que para llevar á debido cumplimiento los preceptos tercero y cuarto proponga V. E. las disposiciones y medios que juzgue más propios y conducentes, y participe al gobierno los resultados que se vayan obteniendo á consecuencia de las anteriores prevenciones.

De real orden lo digo á V. E. para su conocimiento y efectos correspondientes. Dios guarde á V. E. muchos años. Madrid 6 de diciembre de 1859.—El director general de Ultramar, encargado interinamente del despacho, Augusto Ulloa.—Señor superintendente delegado de Hacienda de la Isla de Cuba.

Excmo. Sr.: La Reina (Q. D. G.) se ha dignado aprobar las medidas propuestas por esa superintendencia en carta número 2,754, fecha 9 de julio último, relativas á los funcionarios que habian de autorizar las hojas de adeudo que se despachen en el muelle y sus departamentos de la aduana de esa capital, á saber:

1.º Que en lo relativo á entradas se considere dividido el despacho del muelle para los efectos de la autorización de las hojas de adeudo en tres puntos; tinglado del muelle, almacén de víveres y almacén de voluminosos con el repeso del tasajo.

2.º Las hojas del tinglado del muelle serán firmadas por el inspector, ó el nombrado para auxiliarle, y por dos vistas, que deberán formar parte de la visita.

3.º Las hojas de adeudo del almacén de víveres serán firmadas por el guarda-almacén del mismo y el pesador más antiguo del ramo, autorizándolas además el inspector.

4.º Las hojas de adeudo del almacén de voluminoso y repeso del tasajo serán firmadas por el guarda-almacén y por el pesador más antiguo de turno, autorizándolas también el inspector.

5.º Se deberá entender que el guarda-almacén y el pesador firmante funcionarán como vistas para los efectos de contabilidad y para los propios del repartimiento de los productos de comisos.

De real orden lo digo á V. E. para su conocimiento y efectos correspondientes. Dios guarde á V. E. muchos años. Madrid 6 de diciembre de 1859.—El director general de Ultramar, encargado interinamente del despacho, Augusto Ulloa.—Señor superintendente delegado de Hacienda de la Isla de Cuba.

Excmo. Sr.: La Reina (Q. D. G.), conformándose con lo propuesto por V. E. en carta núm. 2,940, fecha 22 de octubre último, ha tenido á bien disponer que en las hojas de adeudo á que alude la regla 3.ª de las contenidas en la adición á la vigente instrucción de aduanas, deberán especificar los dueños ó consignatarios del cargamento, además del número, peso ó medida de la totalidad, el de cada envase, bulto ó cabo.

De real orden lo digo á V. E. para su conocimiento y efectos correspondientes. Dios guarde á V. E. muchos años. Madrid 20 de diciembre de 1859.—El director general de Ultramar, encargado interinamente del despacho, Augusto Ulloa.—Señor superintendente delegado de Hacienda de la Isla de Cuba.

Excmo. Sr.: La Reina (Q. D. G.), en vista de la carta documentada de esa superintendencia, núm. 2,943, fecha 25 de octubre último, relativa á la conveniencia de permitir en esa isla la introducción de casas de madera, y la consecuente precisión de consignarlo así en el arancel vigente, ha tenido á bien disponer:

1.º Que se abra en el arancel de aduanas que rige en esa isla una partida para el establecimiento del derecho fiscal que han de devengar las que se introduzcan.

2.º Que el derecho de introducción que se cobre sea el de 2 por 100 si el buque es español, procedente de puerto extranjero; 4 si el buque y la procedencia son extranjeras; 2 si siendo extranjero el buque procede de puerto español, y ningún derecho si el buque es nacional y procede de puerto también nacional; exigiéndose estos derechos sobre el valor en que la aduana justiprecie las casas, con presencia de sus respectivas facturas.

3.º Que estas casas, desarmadas como lleguen, se depositen íntegras en el lugar que se determine y que no puedan sacarse de la aduana sin previo reconocimiento del arquitecto del ayuntamiento.

4.º Estas disposiciones regirán hasta tanto que en el nuevo arancel se armonicen los derechos fiscales que hayan de devengar á su introducción las casas de madera, con los señalados á los demás efectos de comercio; según los principios que han de presidir en él.

De real orden lo digo á V. E. para su conocimiento y efectos correspondientes. Dios guarde á V. E. muchos años. Madrid 20 de diciembre de 1859.—El director general de Ultramar, encargado interinamente del despacho, Augusto Ulloa.—Señor superintendente delegado de Hacienda de la Isla de Cuba.

Excmo. Sr.: La reina (Q. D. G.), en vista de la carta de V. E., núm. 2,995, fecha 5 de noviembre último, y en atención á lo que se halla dispuesto para la maquina de los ingenios del cultivo del azúcar, ha tenido á bien declarar libres de derechos arancelarios á su introducción en esa isla las máquinas de vapor y demás artefactos, especialmente destinados á la producción y preparación del café.

De real orden lo digo á V. E. para su conocimiento y efectos correspondientes. Dios guarde á V. E. muchos años. Madrid 28 de diciembre de 1859.—El director general de Ultramar, encargado interinamente del despacho, Augusto Ulloa.—Señor superintendente delegado de Hacienda de la Isla de Cuba.

Excmo. Sr.: La reina (Q. D. G.), en vista de la carta documentada de V. E., núm. 996, fecha 26 de octubre último, ha tenido á bien disponer que á la introducción del guano en esa isla, se aplique la advertencia 9.ª del arancel vigente de aduanas, adeudando por consiguiente aquel abono el derecho de 1 por 100 si procediese del extranjero, y siendo libre su introducción si su procedencia y bandera fuesen nacionales.

De real orden lo digo á V. E. para su conocimiento y efectos correspondientes. Dios guarde á V. E. muchos años. Madrid 28 de diciembre de 1859.—El director general de Ultramar, encargado interinamente del despacho, Augusto Ulloa.—Señor superintendente delegado de Hacienda de la Isla de Puerto-Rico.

Excmo. Sr.: La reina (Q. D. G.), en vista de la comunicación del presidente del tribunal de Cuentas de esa isla, fecha 11 de agosto último, en la que al dar conocimiento de haber dispuesto esa superintendencia, que las sustituciones de los contadores D. Rafael Arango y D. Pedro Rodríguez, se hicieran por orden de escala, conforme á lo acordado por punto general en real orden de 15 de febrero de 1858, consulta si ha de entenderse derogada la de 5 de octubre de 1855, previniendo se cumplieran las prescripciones de la ordenanza y reglamento en punto á sustituciones, ha tenido á bien resolver, de conformidad con lo informado por el tribunal de Cuentas del Reino, que las vacantes que ocurran de contadores se provean interinamente con los oficiales de primera clase, pero sin guardar en su elección un orden estricto de escala, sino eligiendo, entre todos los de la clase, el que el tribunal en pleno crea más capaz para ocuparse con utilidad del servicio del exámen y censura de las cuentas, participando el nombramiento al superintendente. Y que si por efecto de la falta de algunos contadores y su consiguiente reemplazo por los oficiales de primera clase, se pudiera retrasar el curso regular de sus trabajos por la relativa disminución de brazos auxiliares, se proceda al nombramiento de aspirantes, á que se contrae el art. 13 del reglamento de 30 de abril de 1855.

De real orden lo digo á V. E. para su conocimiento y efectos correspondientes. Dios guarde á V. E. muchos años. Madrid 28 de diciembre de 1859.—El director general de Ultramar, encargado interinamente del despacho, Augusto Ulloa.—Señor superintendente delegado de Hacienda de la Isla de Cuba.

Excmo. Sr.: La reina (Q. D. G.), enterada de la carta documentada de V. E., núm. 2,914, fecha 8 de octubre último, se ha servido aprobar la resolución preventiva de esa superintendencia, declarando indefinido el término de las franquicias concedidas á la importación en esa isla, de carnes vivas de todas clases y huevos de gallina, y el de la habilitación del puerto de Batabanó para solo el comercio de dichos artículos, así como también el señalamiento como minimum del término de cuatro meses para que cesen los efectos de ambas concesiones, cuando llegare el caso de acordar su fincamiento, todo dispuesto por V. E. en vista y dentro de la autorización concedida por real orden de 29 de julio próximo pasado. Y solicita siempre S. M. por el bien de los leales habitantes de esa isla, se ha servido igualmente llevar á su complemento las facilidades del enunciado comercio, disponiendo, según V. E. ha consultado á petición de la municipalidad de esa capital, que para los efectos del pago del derecho de toneladas, sean considerados en lastre los buques que lleguen á esos puertos exclusivamente cargados de las espresadas carnes vivas y huevos de gallina.

De real orden lo digo á V. E. para su conocimiento y efectos correspondientes. Dios guarde á V. E. muchos años. Madrid 7 de enero de 1860.—El director general de Ultramar, encargado interinamente del despacho, Augusto Ulloa.—Señor superintendente delegado de Hacienda de la Isla de Cuba.

El gobernador de Fernando Póo participa con fecha 29 de noviembre último, que desde mediados del mismo mes habían cesado las lluvias y empezado la buena estación, habiendo mejorado en consecuencia el estado sanitario.

EDITOR, Francisco Serra y Madirolas.

MADRID

IMPRESA DE LA AMERICA, A CARGO DE F. S. MADIROLAS.

1, calle del Baño.

1860.

